

estados

• w de Souza sul

de Ballesteros

6568

~~Señalada~~ LA
6568
HEROINA.

HISTORIA ESCRITA EN FRANCES

POR MADAMA DE GENLIS,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

D. * * *

MADRID 1818

IMPRESA DE D. M. DE BURGOS.

Se hallará en la librería de Hurtado, calle de Carretas.

Handwritten signature or scribble at the top of the page.

HEROÏNE

HISTOIRE DE LA VIE EN FRANCE

PAR MADAME DE GENÈVE

PAR M. DE GENÈVE

1788

D.

M. DE GENÈVE

PAR M. DE GENÈVE

PAR M. DE GENÈVE

(v)

PROLOGO.

Tenemos en nuestro idioma un prodigioso número de novelas históricas, por ser el gusto dominante en el siglo de Luis XIV, en que los grandes nombres despertando ideas sublimes merecian el aprecio general. Esta clase de obras, como todas las demas, tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Los personajes principales de una relacion histórica interesan mas que los héroes imaginarios; porque en ella, así como en la tragedia, la historia da valor á la fábula; y la ficcion hermosea la verdad, pero sin excitar la curiosidad, puesto que el lec-

tor conoce desde luego los sucesos mas interesantes, la mayor parte de los pormenores y el desenlace. En fin, en la composicion de una obra de este género se halla siempre sujeta la imaginacion del autor, porque no le es permitido pintar escenas y situaciones nuevas, que la historia habria debido recoger necesariamente: y así no puede inventar sino cosas conformes á los caracteres conocidos de los personajes. Yo he seguido principalmente esta regla, procurando conservar la verdad histórica mas interesante, qual es la de los caracteres de todas las personas de quienes hablo, porque he leído con gran cuidado todas las memorias de aquel tiempo, y no pinto á madama de la Valliere, Luis XIV, madama Enriqueta de Inglaterra, madama de Montespan &c. sino conforme al

unánime testimonio de sus contemporáneos.

Si no hubiera consultado sobre esto mas que á los autores del siglo último, no habria trazado sino quadros muy infieles; en su *Ensayo sobre los elogios*, dice Mr. Tomas: *Luis XIV tuvo en su carácter no sé qué de exágerado, que se difundió en su persona y en su reynado; excedió (por decirlo así) los límites de la naturaleza. En su reynado todo era magestuoso: el soberano causaba respeto por su dignidad; y la admiracion pública debia expresarse con grandeza.*

Se debe convenir en que el autor que así escribe se sale fuera de los límites de la naturaleza. Porque este no fue por cierto el defecto de Luis el Grande, ni el de su siglo. Las obras inmortales de aquel tiempo estan todas

escritas con una sencillez magestuosa, y con mucha naturalidad, como son las de Bossuét, Fenelón, Pascál, Boileau &c.; y en otro género, las fábulas de La Fontaine, las Cartas de madama de Sevigné, los Pensamientos de Caylús, y las obras de Hamilton (*) son particularmente dignas de atención por su naturalidad. En nuestros dias sí que se puede censurar á la mayor parte de los autores *cierta pompa, y no sé qué de exâgerado*, que destierran absolutamente de sus obras lo natural, las gracias y la verdad. Voltaire escribió con mucha naturalidad; pero en sentir de sus mas apasionados admiradores era mas fácil adoptar sus principios, que imitar su estilo; y como escrito-

(*) Sus divertidos Cuentos, y las Memorias del caballero de Grammont.

res no han tomado por maestro sino á Diderot, Tomas y Raynal.

Luis XIV tuvo sin duda un porte noble y respetuoso; pero en su trato familiar tenia todas las gracias de un particular amable. Gustaba de las personas de talento y aborrecia la pedantería, y toda especie de afectacion, porque en su tiempo nada agradaba que no fuera natural; y así madama de Caylús refiere, hablando de Mathá: *era éste un jóven de talento sobremanera natural, y por lo mismo el mas sociable del mundo.* En esta obra, escrita despues de la muerte de Luis XIV, dice madama de Caylús de este príncipe: *si se chanceaba ó contaba algun cuento, lo hacia con tanta gracia y con una finura tan noble, que solo en él la he visto.*

Las memorias de la señorita

de Montpensier lo representan con los mismos rasgos, y le pintan además de una bondad grandísima. Quando las turbulencias de la Fronda se disiparon, volvió á ella la señorita de Montpensier despues de seis años de ausencia y de revolucion: recibéndola el rey con la mayor atencion, le dixo la reyna-madre: *aquí os presento una señorita que está arrepentida de sus desvios, y promete enmendarse en adelante.* El rey se echó á reir diciéndola algunas chanzas llenas de gracia y de dulzura. La Montpensier le dixo que debia ponerse de rodillas para pedirle perdon de lo pasado: *yo soy* (la respondió el rey) *quien debia estarlo oyéndoos hablar así.* Hizola una visita; y á pesar suyo, la Montpensier le acompañó hasta su misma carroza: entonces la dixo el rey: *si vos no me lo man-*

dáseis, no me atreveria á subir en vuestra presencia ().*

Con tantas qualidades amables, dignas de admiracion, y la aplicacion constante al trabajo, se ve aun en los diarios manuscritos del marques de Dangeau, que este gran príncipe fue el rey mas paternal que ha honrado el trono de Francia; incesantemente se ocupaba en cosas útiles; era el árbitro y confidente de las disputas que se suscitaban en las familias, no solamente de las personas de corte, sino de las que nunca le rodeaban, reconciliando frecuentemente á los hermanos ó parientes desunidos; evitando muchos pleitos, y restableciendo la paz en no pocas familias. Unidos todos estos hechos, y otros mu-

(*) Memorias de la señorita de Montpensier.

chos poco conocidos, insertados en esta relacion, y que el autor del siglo de Luis XIV debió recoger, no puede concebirse por qué los escritores del siglo último nos representan á este buen príncipe como un rey imperioso, adusto, altanero y orgulloso. Le critican haber sido alabado excesivamente, habiéndolo merecido, y siendo este un homenaje que el reconocimiento prodiga siempre á los grandes monarcas. Con la mayor injusticia le culpan de haber tenido parte en la fastuosa divisa que le pusieron, porque esto se hizo sin su conocimiento, y por lo mismo no la adoptó ni llevó jamas en los torneos ni en otras fiestas. Fuera de esto se sabe que siempre repugnó los elogios exâgerados, y que no permitió que la academia francesa propusiese por asunto de premio de

un discurso en prosa esta cuestion: *¿Qual es entre las virtudes del rey la que merece la preferencia?* La historia misma dice, que esta idea lo avergonzó, y que en un primer movimiento manifestó quanto le desagradaba, porque siempre observó en todo la mayor modestia. Despues de la toma de Mons y de Namur supo que la academia debia ir en cuerpo á ofrecerle coronas de laurel; y la hizo decir que no las recibiría, pues lo que deseaba era que no hicieran semejante cosa, respondiendo al discurso que le hicieron estas palabras: *Veo con reconocimiento el gusto con que realzais el poco bien que he podido hacer.* En fin, él suprimió varias etiquetas que el mismo Enrique IV no habia podido reformar, y fue el mas afable y accesible de todos los reyes. Los escritores modernos no

han podido dar una idea tan falsa de este príncipe sino confundiendo la dignidad con la soberbia, y la grandeza con la altanería. También han gritado mucho contra la austeridad de sus costumbres durante los últimos veinte años de su reynado; esto es, despues de su intimidad desinteresada con madama de Maintenon; siendo esta acusacion tan infundada como las demas. Luis XIV, que siempre amó la decencia y respetó la religion, exigió sin dudas mas regularidad todavía quando la devocion mas sincera acabó de perfeccionar todas sus virtudes naturales; pero siempre fue el soberano, el padre, la cabeza de la casa, y el amigo mas indulgente y mas amable. Se declamó mucho contra la revocacion del edicto de Nantes; pero los que saben la historia no ignoran que Enrique IV

no habria sido mas tolerante si lo hubiera intentado, pues conocia mejor que nadie el carácter inquieto y revoltoso de los calvinistas: por otra parte debió tener consideracion con los que le sirvieron con tanto celo en la adversidad. Luis XIV, monarca poderoso y firme sobre un trono rodeado de gloria, debió creer que hacía el mayor servicio á sus sucesores destruyendo con este golpe de autoridad una semilla de rebelion que se reproducia incesantemente hasta entonces. En esto se unió la política á la religion para determinarlo á dar un paso semejante, y es difícil criticárselo, considerando las horribles turbulencias tantas veces excitadas por los protestantes. Es verosimil que sin esta severa providencia, en la menor edad del sucesor de este reyno hubiera habido tantas tempestades como

hubo bonanza. No se pretende por cierto disculpar los excesos cometidos en algunas provincias contra los protestantes; pero estas violencias se executaron contra las expresas órdenes del rey, que se estremeció al oirlas, castigando á sus autores, y reparándolas en quanto le fue posible. Todas las memorias, y particularmente las de Dangeau, estan llenas de rasgos que prueban su bondad con respecto á los protestantes á quienes le era indispensable desterrar. Todo lo que directamente provenia de este príncipe era grande, generoso y razonable.

He hablado de Luis XIV conforme á lo que he leído en todas las obras capaces de instruir y guiar á los historiadores; y no he intentado pintarle en bosquejo, sino presentar el retrato mas fiel de su noble carácter.

A madama de la Valliere la he representado mas circunstanciadamente escribiendo su historia: toda ella está comprendida en esta obra con puntual exactitud, porque cuantos hechos aquí se encuentran son históricos. El carácter de madama de la Valliere es bien conocido de todo el mundo, como el mas interesante; pues una *favorita* que jamas tuvo ambicion, y que á los veinte y ocho años se sepultó para siempre en un claustro, no ha podido ser aborrecida ni calumniada de sus contemporáneos. Varios motivos secretos, fáciles de penetrar, han empeñado á los escritores modernos á abatir la gloria de Luis XIV coligándose contra la memoria de este gran príncipe; pero ningun interes tenian en obscurecer y afear el carácter de una humilde carmelita: la perdonaron

su conversion, porque solo la atribuyeron á la desgracia de no verse ya amada: su profesion religiosa la graduaron de un suicidio causado por la desesperacion, quando debieron aplaudírsela. Todos los historiadores la representan con los mismos rasgos. El abad de Choisi, que la conocia desde su infancia, alaba en extremo la dulzura de su carácter aplicando á su figura este verso de La Fontaine:

Su gracia mas que su hermosura es bella.

Quando madama de Sevigné habla de ella, la llama siempre *la humilde violeta*. "Madama de la Valliere (dice el duque de san Simon) modesta, desinteresada, apacible, buena hasta el último punto, combatiendo sin cesar consigo misma, y victoriosa en fin de su descarrío, acabó huyendo

de la corte y consagrándose á la mas santa y rígida penitencia: tuvo gran respeto á la reyna, que siempre la quiso." Segun este carácter tan generalmente conocido, he procurado pintar sus sentimientos. Conozco que muchas gentes dirán, que no estaba apasionada; pero yo les suplico se acuerden de que las *heroínas* del siglo XVII en nada se parecian á las nuestras. Quando se extraviaban era sin descaro ni desenfreno: eran tímidas y sufridas en el vicio, y solo tenían energía en el arrepentimiento: en fin, en vez de quitarse la vida se arrepentian. No me era pues posible hallar mas *filosofía* en una muger que en lo mas florido de la juventud y de la hermosura supo desprenderse de la corte para consagrarse á Dios. No soy yo, sino la historia quien la representa, en medio mismo de su ex-

travío, y en tiempo de su favor, humilde, piadosa y arrepentida. ¿Pues por qué se han de admirar sus sentimientos religiosos? Aun nuestras abominables deistas ¿no invocan sin cesar al *Ser Supremo*, dirigiéndole largas oraciones? La gran diferencia que hay entre estas y las verdaderas devotas cristianas, es que las primeras se alaban con satisfaccion y descaro en sus oraciones, y las segundas agoviadas de remordimientos y justos temores, se acusan sin adularse, llenas de confusion. Puede ser tambien que se me note no haber representado á madama de la Valliere moribunda y desesperada en el acto de dejar para siempre á Luis XIV; sin embargo, lo que mas he meditado en esta obra es su desprendimiento, y creo que en él está todo pintado con verdad. Este ha

sido mi objeto al escribir esta historia, aunque sé muy bien que una pomposa representacion teatral hace mucho mas efecto que la escena verdadera mas tierna; porque, como lo ha dicho muy bien un poeta famoso:

Lo blanco cede del afeite al brillo,
 Porque lo natural deslumbra menos
 Que no lo artificial.

Es preciso confesar, y convengo en ello, que si sola la razon puede triunfar de las pasiones, no tiene poder para templar la vehemencia del dolor causado por los sacrificios que exige, porque no sabe llenar el vacío de un corazon que acaba de renunciar lo que ama. Pero la religion preserva del abatimiento, ocupando, exáltando la imaginacion, y elevando el alma; y es mas que suficiente para reemplazar las in-

clinaciones que reprueba: hace gozar una prodigiosa abundancia de consuelos puros, y de sentimientos deliciosos, que jamas se hallan ni conocen sin ella. Quando la religion no tuviera sino esta ventaja sobre la filosofia, era preciso reverenciarla todavia, y amarla como manantial inagotable y sagrado de todos los consuelos, y de todas las recompensas de la desgracia.

La historia de madama de la Valliere es tan interesante, y el tiempo que nos recuerda de tanto brillo, que es de extrañar no se haya publicado hasta ahora una obra acerca de sus sucesos. Sin embargo este asunto ofrece grandes dificultades, y yo no me li-songeo de haberlas superado, contentándome solo con manifestar que las he conocido. Cosa bien difícil era motivar y disculpar la

vuelta á la corte de madama de la Valliere despues de su segunda huida; y lo era mas todavía hacerla permanecer tan largo tiempo espectadora desgraciada del triunfo de su rival, y conciliar sus sentimientos religiosos, su arrepentimiento, su amor y sus celos, con su larga detencion en la corte, y aquella complacencia extraña que la hizo recibir siempre en su casa á su rival, siendo estos hechos demasiado conocidos para suprimirlos. Finalmente, despues de quatro años de pesadumbres, de humillaciones y desgracias, su resolucion no ofrecia ya nada interesante, porque la historia es muda sobre estas particularidades. Era preciso que madama de la Valliere se separase de la corte, y no que la dejase sin fruto; era menester un sacrificio, y no un destierro; y así lo hizo. He hallado en

su carácter, y en el de Luis XIV casi todo lo que he suplido para justificar su conducta. Creo no haber inventado nada, pero sí adivinado. En lo que estoy muy cierta, es en que esta obra no contiene cosa alguna perjudicial ni peligrosa, porque su moral es pura, como tomada de un verdadero origen; y aunque este mérito no es el que puede asegurar mejor la buena suerte de una historia, me procurará á lo menos lo único que ambiciono.



LA HEROINA.



Léjos pues, honores de la tierra: mal encubre todo vuestro brillo nuestras flaquezas y delitos: solo á nosotros nos las oculta, y las descubre á todos los de mas.

BOSSUET, sermon para la profesion de madama de la Valliere (1).

Quiero pintar las flaquezas de un amor desgraciado, y la funesta influencia de una pasion culpable, sobre el destino de una muger tierna y nacida para la virtud. ¡Qué

(1) Como ya se ha dicho en el prólogo, la historia se ha seguido fielmente en esta obra; se ha añadido mucho, pero nada se ha omitido. Si todos los hechos verdaderos se hubieran puesto en notas, este libro, despues de la presentacion de la heroina en la Corte, habria sido recargado de ellas á cada página: y así se ha tenido por conveniente no insertar sino un pequeño número sobre algunas particularidades que pudieran parecer inverosimiles ó de una invencion demasiado comun, si no fueran históricas.

moral será este quadro siendo verdaderos sus coloridos! En él se verán los zelos, los temores las inquietudes y la amargura de los remordimientos, aniquilar y desvanecer las ilusiones y todos los atractivos del amor: se verá cuan difícil es romper los sagrados vínculos de la religion sin caer en la esclavitud mas vergonzosa y deplorable; en fin se conocerá cuan cruel es la tiranía de las pasiones, y que la virtud léjos de ser un yugo pesado y gravoso, es el apoyo mas suave y necesario. Todos los rasgos de semejante pintura deben hallarse en la historia de esta víctima interesante, que jamas se perdonó á sí misma su debilidad; que todo lo sacrificó sin esperar un momento de ventura; que se vió agoviada baxo el peso de la vergüenza en medio de la pompa de la corte, y que no recobró el sosiego sino en la austeridad de un obscuro retiro. ¡Ojala pudiera yo explicar cuanto ella sintió y sufrió! Su historiador no necesita mas que exponer escrupulosamente la verdad. ¿Podrá por ventura como sea fiel, dexar de interesar y de instruir?

La tierra de la Valliere situada en una

de las provincias mas hermosas de la Francia á algunas leguas de Tours , pertenecia á la marquesa de San-Remy , viuda. Su antiguo castillo construido sobre la pendiente de una montaña , dominaba del lado del mediodia las márgenes deliciosas del Loira ; y las umbrías magestuosas de una dilatada floresta formaban una bóveda soberbia y melancólica al rededor de la fachada del norte. Lo interior del castillo presentaba por todas partes las reliquias de una magnificencia destruida por el tiempo: veíase allí la sábia economía y la noble sencillez de sus poseedores , recordando á la imaginacion el luxo ostentoso de sus antepasados. Nosotros no miramos sino á lo presente: no tenemos ya sino recuerdos personales , limitados como la vida , y muchas veces como la juventud compuesta de un corto número de años. Nuestros padres los extendian tanto quanto lo permiten la imaginacion y la memoria ; se acordaban con ternura de las acciones de sus mayores ; trabajaban con ardor para su posteridad ; lo pasado y lo porvenir tenian para ellos toda su extension , y formaba el ob-

jeto de su memoria y de su cariño, de sus proyectos y de sus esperanzas. En tanto que amaron la patria y amaron á sus reyes quisieron perpetuar los hechos que les podian ilustrar. La parte mas preciosa de la historia nacional llegó á ser una tradicion de familia, y la gloria de sus progenitores fue entonces la herencia mejor y mas apreciable. En los castillos se conservaban con un respeto filial, y con cierta vanidad los muebles góticos de los padres: se manifestaba la tapicería desgastada que alguno de los laboriosos abuelos habia tejido con sus propias manos: se paseaban los descendientes en dilatadas galerías llenas de retratos que reverenciaban de sus parientes y de sus reyes; cada sala tenia su embléma, y conservaba los nombres de los príncipes y grandes personajes á quienes en ella habian hospedado. En estos respetables monumentos nada anunciaba el gusto frívolo de la novedad: el olvido, el ingrato olvido jamas se manifestaba allí, porque todo respiraba solidez, gloria y reconocimiento.

La marquesa de San-Remy vivia en este

castillo hacia mas de veinte años: allí aplicaba todos sus cuidados á la educacion de una hija única y amada que tenia, sin ser lo que en nuestros dias se llama una *madre indulgente*; porque entonces habia en las familias una naturalidad y una discrecion tan sencilla, que no permitian compararse con las pasiones impetuosas. Luisa de la Valliere acababa de entrar en los diez y siete años: su fisonomía no llamaba la atencion, pero parecia formada mas bien para enternecer el corazon que para deslumbrar los ojos: la expresion de la modestia, del candor y de la sensibilidad herloseaban todas sus facciones; y aunque se la veía sin admiracion, jamás se la exâminaba con indiferencia. Tenia ojos grandes de un azul subido cubiertos con largas pestañas; y la blancura mas limpia sin mezcla de afeite, prestaban á su semblante una dulzura encantadora: su mirar tímido parecia que inspiraba indulgencia; y su sonrisa llena de atractivo era á un mismo tiempo ingénua, expresiva é interesante: su figura era perfecta, aunque un accidente que la sucedió en su niñez la dexó algo coja;

pero aun este defecto tenía en ella cierta gracia, porque podia disimularlo cuando andaba despacio, y entonces su aire tímido y poco sentado parecia convenir á aquella persona delicada, modesta y apacible: todo esto decia muy bien con su porte, el cual realzaba mas y mas lo interesante de su persona: su alma era pura, noble y estremadamente sensible: unia á un caracter grave la moderacion mas candorosa; y se creía tan inferior á las personas de mérito que no podia vanagloriarse de sus propias cualidades; porque el orgullo no proviene sino del amor propio y de la sequedad del alma, que nos dexan la triste facultad de mirar á los demas sin ilusion, quitándonos el útil poder de juzgarnos á nosotros mismos sin parcialidad.

La marquesa de San-Remy habia recogido en su casa á una jóven húerfana parienta suya, de seis años mas que su hija, á quien ésta se inclinó desde luego, y profesó el mayor cariño toda su vida. Eudisia (este era el nombre de la muchacha) era linda, y digna de toda atencion porque habia contribuido mucho á perfeccionar el caracter y

los sentimientos de madamisela de la Valliere con sus consejos y su exemplo. El baron de la Baume padre de la marquesa poseía un corto terreno en aquellas inmediaciones, pero habia fixado su residencia en el castillo de su hija. Era este un anciano venerable cubierto de honrosas heridas, que habia servido al estado con distincion durante cincuenta años. La memoria de Henrique IV era el embeleso de su vejez: sabia todas las anécdotas de la vida de este príncipe; y el gusto con que las contaba añadia cierto realce á la narracion: su pasion dominante habia sido siempre la fidelidad y amor á sus reyes.

Madamisela de la Valliere aprendió desde sus tiernos años á reverenciar á su monarca. Paseándose frecuentemente su abuelo con ella en la galería del castillo la enseñaba los retratos de los reyes de Francia, diciéndola: "Ve aquí los bienhechores de nuestra familia!" El retrato del rey faltaba á esta coleccion; pero el baron se proponia hacerlo traer de Paris. Madamisela de la Valliere fue educada con tanta sencillez como recato

y cuidado, enseñándola á pensar bien y á conducirse segun estos principios. La Escritura Sagrada meditada sin cesar, algunos libros devotos, la historia de Francia y otros varios de esta clase formaban toda su instruccion; y así sus máximas saludables se grabaron indeleblemente en su memoria y en su corazon. Lo mas noble y sublime de la religion elevaba su alma pura y sencilla, y esto la habia preservado hasta entonces de aquellas ideas extravagantes y extravíos de imaginacion que en nuestros dias tienen tan funesta influencia en el destino de los jóvenes.

En todas las estaciones veían llegar con frecuencia cerca de la noche varios pobres religiosos fatigados de un largo camino, y allí encontraban siempre todo el refrigerio que necesitaban. Uno de ellos nombrado el padre Anselmo iba mas á menudo al castillo. Dedicado mas habia de cuarenta años á la religion y á la humanidad, salia á predicar en aquellas inmediaciones, y á socorrer todos los desgraciados que necesitaban de sus ausilios. Mas de una vez expuso su vida

en los incendios, y despues pedia limosna para los pobres desgraciados: asistia á los enfermos é instruía á los párvulos. Madamisela de la Valliere le conocia y respetaba desde su niñez, y conservaba todos los presentes que de él habia recibido, entre otros, un rosario de coral que el santo religioso habia traído de Roma; y un dia que entró en una choza y la encontró leyendo una oracion piadosa á una pobre muger paralítica se lo regaló, diciéndola al ver esta buena accion: *perseverad*: expresion que en su boca era un estímulo y un elogio. Este dia hizo época en la vida de madamisela de la Valliere, y otro ninguno en lo sucesivo fue capaz de borrar su dulce memoria.

Una novedad interesante reunió en el castillo de la Valliere un concurso numeroso. Eudosia se casó con el conde de Themine, caballero de aquellas inmediaciones, y la boda se celebró en el castillo á donde concurrieron los parientes del conde: entre estos se distinguió el jóven marques de Bragelone, que acababa de llegar para asistir al casamiento de su primohermano. El mar-

ques que tenia veinte años, hacia ya bastante tiempo que habia dexado su provincia para entrar en el servicio del rey; baxo un exterior tímido ocultaba una imaginacion viva, gran talento, y un corazon sumamente sensible. Al mirar éste á madamisela de la Valliere sintió un atractivo irresistible: esta vista despertaba en él la memoria de sus mas agradables sueños, realizaba las ideas confusas pero agradables de su imagicion; y con los ojos fixos en ella esperaba con impaciencia que rompiese el silencio, y se estremeció al oír aquella voz dulce, afectuosa y tímida que penetró hasta lo íntimo de su alma. Ella hablaba con el padre Anselmo, y su preciosa fisonomía excitaba la mas tierna veneracion. El marques se arrimó al padre, y no se apartó de él en todo el dia, porque el buen religioso hacia los mayores elogios de madamisela. "Es un ángel (decia): en mirándola se la conoce al instante, porque el candor, la inocencia y la bondad estan pintados en su semblante. ¡Qué porte aquel tan noble y modesto! ¡Qué aire tan humilde, sumiso y afable con

su madre y su abuelo! ¡cómo cuida de su amiga, y con qué gracia y sencillez hace los honores de la fiesta! Ah! esto no debe extrañarse, porque ha sido la misma desde su niñez." Aquí se detuvo el buen padre contemplando con ternura á madamisela de la Valliere. "¡Padre mio, proseguid (dixo el marques), porque os escucho con mucho gusto!" "Ah! (volvió á decir el venerable Anselmo); los criados del caserío y los pobres de la vecindad la alabarán mucho mejor todavía!" Estas últimas palabras conmovieron infinito al marques: en aquel momento acababa de salir del salon madamisela de la Valliere, y luego que volvió la miró con mayor interes.

La condesa de Themine fue la confidenta de esta inclinacion del marques pocos dias despues de su boda: este descubrimiento la regocijó, y de resultas habló de ello á la marquesa de san Remí, quedando desde entonces proyectado el casamiento de madamisela de la Valliere con el marques de Bragelone, aunque vagamente, porque la poca edad de ambos no permitía todavía formar tan sérias obligaciones. El marques se fue á

su regimiento, y ella no supo sino despues de su ausencia las intenciones de su familia, en las cuales consintió sin alegría ni repugnancia, porque no conocia bien al que la destinaban para esposo; pero confiaba sin inquietud su felicidad y su destino á la prudencia maternal.

Pocos meses despues del casamiento de Eudisia, el baron de la Beaume agoviado de los achaques de su mucha edad acabó su larga carrera en los brazos de su hija y de madamisela de la Valliere. La salud de la marquesa, quebrantada mucho tiempo hacia, empezó desde esta época á debilitarse visiblemente mas y mas, y su indisposicion hizo tan rápidos progresos, que conoció se acercaba el fin de sus dias: vió la muerte sin espanto, pero no sin dolor: era madre, y su hija necesitaba todavía sus cuidados. La muerte es mas sensible cuando llega sin haber colocado los hijos: entonces son justos los sentimientos, porque no se han completado los deseos.

El padre y el abuelo de madamisela de la Valliere habian gastado casi toda su ha-

cienda en el servicio de sus soberanos. La marquesa no podia dejar á su hija sino unas tierras que producian corta renta, y cargadas de censos, por cuya causa la solicitó una colocacion en palacio, y obtuvo la de camarista de madama Enriqueta de Inglaterra, cuñada del rey. Entonces menos inquieta sobre el futuro destino de su hija, empezó á mirar el suyo, no solo sin terror, sino con la dulce serenidad que pueden inspirar la religion y una conciencia pura.

Llegando la marquesa al último instante y período de su enfermedad, hizo llamar al padre Anselmo, que poseía toda su confianza. La condesa de Themine acudió al punto, y la marquesa la recomendó su hija. Madamisela de la Valliere estaba inmovil á la cabecera de la cama, oprimida de un terrible desmayo, descolorida y desolada sin poder llorar, y sin fuerzas para proferir ni una palabra. Así se mantuvo hasta el momento en que su madre moribunda la echó su última benediction; y entonces fue cuando un ay doloroso se oyó salir del interior de su corazon. Anegada en llanto se arrimó mas á la cama,

y su madre entonces la dió una cruz de cristal de roca, diciéndola: "¡Que esta prenda sagrada te haga siempre acordar de mí!" Al pronunciar estas palabras se apoyó en los trémulos brazos de su hija, y en esta postura exhaló el último suspiro.

Madama de Themine separó al instante á su amiga de aquella casa de dolor y de luto, y la llevó á su castillo. Algunos dias despues recibió madamisela de la Valliere una carta del marques de Bragelone declarándola su amor. La condesa le respondió en nombre de su amiga; y él quedó satisfecho de la respuesta, pues le dejaban la esperanza, si el no negarla es concederla. Madamisela de la Valliere no podia olvidar que su madre habia autorizado las ideas del marques; pero teniendo libre su corazon no estaba decidida aún á formalizar un contrato de tanta gravedad, y por lo menos se habia propuesto dejar pasar algunos años antes de pensar en ello.

Despues de haber llorado á su madre por espacio de tres ó cuatro meses, se vió en precision de ir á la corte á ocupar su plaza de

camarista; y la condesa de Themine lo dispuso todo para acompañarla en su viaje. Las dos amigas partieron en efecto, y fueron á dormir á Tours á una posada que tenia el nombre del Rey. Madamisela de la Valliere encontró sobre la chimenea de su cuarto una gaceta, y leyó un párrafo que elogiaba sobremanera la grandeza y bondad del monarca. La mañana siguiente bajó temprano á desayunarse antes de ponerse en camino; y entrando en el salon donde madama de Themine la esperaba, vió el retrato del rey de cuerpo entero, con todas las insignias de la magestad; y aunque la pintura no era buena, tenia no obstante mucha gracia, y sobre todo grande semejanza. Hacia mucho tiempo que madamisela de la Valliere deseaba conocer al soberano: entonces trajo á la memoria el párrafo de la gaceta, y este recuerdo daba á su curiosidad el mas vivo interes. Acercóse al retrato, y contempló con alguna alteracion aquella figura tan buena, tan magestuosa, y en todo el brillo de la juventud; como que el rey tenia entonces veinte y tres años. Inmovil delante de este

cuadro olvidaba á madama de Themine y el desayuno : esta fue la primera vez que en su vida fijó los ojos en el rostro de un hombre ; mas ella exâminaba solamente la expresion de aquella fisonomía llena de dulzura y dignidad : buscaba el alma de aquella figura , y creía encontrarla.

El resto del viaje no ofreció cosa particular , y llegaron á París á fines de cuaresma. Madama de Themine debia entregar su amiga á la mariscala de Bellefonds , parienta de la madre de madamisela de la Valliere , y dispuso que esta última estuviese ocho dias en casa de la mariscala , á fin de recibir de ella algunas instrucciones preliminares ; pero la mariscala habia ido al convento de Chaillot , y debia permanecer en él retirada (segun se usaba en aquel tiempo) toda la semana Santa , y la de Pascua ; y así hizo decir á madamisela de la Valliere que la admitiría y recibiría en su retiro , si gustaba de ello ; y á los dos dias la condesa condujo á su amiga á Chaillot , la presentó á la mariscala , se despidió de ella , y la dejó para volverse á su provincia. Esta separacion su-

mergió á madamisela de la Valliere en la mas profunda tristeza, como que perdia la única amiga que tenia en el mundo; y la nueva parienta que debia ser su mentor no podia ni consolarla, ni aun aliviar su pesadumbre.

La mariscala la recibió con una política fria, sin manifestar siquiera al mirarla aquella especie de interes ó curiosidad que inspira siempre la vista de una persona joven y bien parecida. Una mirada indiferente desagrade mas que una extremada curiosidad. Mas se quiere, sobre todo en la juventud, sufrir un exámen riguroso, que un menosprecio disimulado. El amor propio de madamisela de la Valliere no se resintió; pero esta absoluta indiferencia hería su sensible corazon: venia á buscar una protectora, y solo encontró una extraña la mas despegada. La mariscala la hizo no obstante como distraida algunas preguntas, y no escuchó la respuesta: luego la dió por ceremonia algunos consejos generales acerca del modo con que debia portarse en la corte; esto es, sobre lo que importaba conservar cierta circunspeccion, y guardar las etiquetas, pero sin entrar

en su pormenor, porque aseguró con gravedad que solo el tiempo y un estudio cuidadoso podian enseñarla á conocerlos; y se ciñó á encargarla mucho, que por largo tiempo observára un riguroso silencio. Madamisela de la Valliere se aprovechó cuidadosa de esta prevencion, y quedó callada y pensativa. La mariscala que trabajaba al bastidor, y la habia dicho cuanto la ocurrió guardó silencio; y de allí á una hora, que por casualidad levantó la cabeza, fue cuando vió que aun estaba allí madamisela de la Vallere, y sin echar de ver ni extrañar su silencio, la propuso fuese á visitar á la priora del convento, lo que al punto executó con el mayor gusto, por verse libre de tal sujecion. Esta fue la primera vez de su vida que se vió en lo interior de un convento. El silencio y tranquilidad de aquella casa religiosa convenian á su caracter, y el acogimiento lleno de dulzura y de candor que la hicieron las religiosas la acabó de conmover. Al salir de la celda de la priora volvió á la iglesia, donde habia hecho ya oracion cuando entró en el convento: necesitaba de recogimiento, y despues de

haber pasado una media hora en el templo, se fue á un espacioso claustro, cuyos arcos abiertos conducian á un cementerio, en medio del cual habia una fuente de marmol blanco, y un caño de agua limpia y cristalina cayendo sobre la yerba blandamente serpenteaba al rededor de los sepulcros: su movimiento y su ruido producian un cierto horror en el mudo asilo de la muerte: era de noche, y el resplandor de la luna hermoseaba aquel cuadro melancólico, que madamisela de la Valliere contemplaba con interes paseándose en el claustro. "Aquí es ciertamente (decia) donde agrada el pensamiento de la muerte, á la vista de estos sepulcros que nos traen á la memoria la idea de una dichosa inmortalidad! ¡Las que yacen bajo estas losas frias supieron asegurarse durante su vida un reposo inalterable! ¡Su destino fue uniforme, porque fijaron su incertidumbre espantosa, haciéndole constante é invariable para ellas! En este respetable recinto todo es durable y eterno como la virtud y la verdad: aquí pasa el tiempo como si no se moviera: no trae vicisitudes, y no produce

sucesos imprevistos, porque ha perdido el poder de sorprender é inquietar; no se le teme; conduce al fin; no trastorna vanos proyectos; realiza sublimes esperanzas; termina la existencia sin abreviar los destinos: la duracion de un dia es aquí la imagen de la vida entera; en cualquier momento que la muerte llegue se está prevenido; nada mas hay que hacer; se posee la ciencia que basta, y se cumplió el destino. A nosotros nos parece el tiempo homicida y fugitivo; aquí se lo representan bajo mas nobles rasgos: lo ven magestuoso, inmutable, y se le confunde con la eternidad.

» ¿Pero me serán inútiles estas reflexiones? (se decia). ¿Las habré hecho sin fruto alguno? ¡Yo iba á la peligrosa mansion de la vanidad, la agitacion y el bullicio; y la providencia me conduce al modesto asilo de la paz! Tengo diez y ocho años: todavía está en mi mano lo futuro; puedo (así como estas castas vírgenes) componerlo yo misma, asegurarlo, conocerlo de antemano en toda su extension; si yo lo quiero dejará de serme impenetrable: podré abrazarle y conocerle de una mi-

rada, y le veré siempre (con la ayuda de la gracia) tranquilo, puro y virtuoso. ¿Qué debilidad me haría vacilar? ¿Qué sacrificaría yo? No la amistad, ah! sino una frívola curiosidad: la muerte y la ausencia me han separado sin remedio de cuanto me era grato! Léjos de sentir los placeres que no satisfacen el corazón, me aplaudiría de no haber jamás probado los falsos gustos del orgullo: ¿pueden acaso gustarse sin corromperse? y si se desdennan, ¿cómo se ha de soportar la sujecion y la privacion de los usos del mundo y de la etiqueta? ¿Por qué, pues, al abrigo de los peligros y de las tempestades, como ahora lo estoy, saldré de este dichoso puerto pera embarcarme con temor, sin guia y sin ambicion, en un mar proceloso? Ah! quedémonos aquí. Una voz divina me dice secretamente que aquí soy llamada. ¿Deberé resistirme á esta repentina inspiracion?... Pero la voluntad de mi madre... este destino que obtuvo para mí.... el proyecto que formó de mi casamiento, y sobre el cual me mandó hiciera maduras reflexiones.... y en fin la sorpresa que esta pronta

résolucion causaría á mi familia!... Ah! no nos precipitemos facilmente; y aunque con disgusto, meditemos mucho tiempo este nuevo proyécto antes de pensar en executarlo.”

Ocupada fuertemente de esta idea, tuvo de ella un sueño aquella noche, cuya memoria conservó siempre, y cuya relacion se halla en sus cartas (1). Soñó que llorosa y huyendo de un objeto peligroso se refugió á una iglesia: que aun creyéndose allí poco segura, y mirando con inquietud al rededor de ella, fijó los ojos en una tribuna enrejada, que abriéndose de golpe, y apareciendo en la sombra una figura magestuosa, levantó ésta una mano manifestando un velo, y oyéndose al mismo tiempo una voz celestial que hizo entender estas palabras: *ocúltate bajo de este velo, y en él hallarás la paz y la seguridad*. Despertóse bañada en lágrimas; y aunque las reflexiones que habia hecho el dia antes pudieron producir naturalmente aquel sueño, hizo no obstante tanta impresion en su ánimo, que lo miró co-

(1) Sermon de Bossuet en su profesion.

mo una profecía, y aquel mismo dia lo escribió circunstanciadamente.

Al cabo de ocho ó diez dias dejó la mariscala á Chaillot para conducir á san German á madamisela de la Valliere, que se enterneció al separarse de aquellas buenas religiosas, que ya apreciaba mucho. El menor consejo, la mas leve insinuacion hubieran bastado para quedarse siempre entre ellas: y aunque entonces el mundo corrompido habría llamado á esta virtuosa accion una locura, lo cierto es que semejante resolucion tan heroica la hubiera escusado diez años de extravíos, de crueles penas y de justas reconvenciones.

En el camino empezó á experimentar mil inquietudes, tanto mas sensibles, quanto menos comunicables. La idea de presentarse en la corte la era bien desagradable; y aunque la habian alabado mucho el talento y los atractivos de Madama, á cuyo cuarto iba destinada, la temia con extremo. La joven menos afectada y con menos experiencia sabe siempre confusamente que el juicio de las mugeres es el mas temible. Por otra parte,

se representaba á Luis XIV bajo los rasgos mas magestuosos y respetables; y aunque tenia un vivo deseo de conocerle, sin embargo no la causaba inquietud.

En fin, llegaron á san German; y despues de haberse peinado y vestido como convenia, fue presentada á Madama y á toda la familia real, á excepcion del rey que se hallaba cazando en Compiègne, y no volvió hasta de allí á dos dias por la noche.

Madamisela de la Valliere tuvo mucha fortuna en su presentacion: la reyna y las princesas la hicieron una acogida que la regocijó: llegó precisamente en la ocasion mas favorable, porque ausente el rey, estaban desocupadas; y la vista de una joven preciosa y modesta proporcionó motivo á la conversacion, y esto solo podia ser causa de su benevolencia. La timidez en la corte y en una edad madura se tiene por torpeza; pero aprovecha mucho en la juventud.

Madamisela de la Valliere quedó muy prendada de Madama, y ésta lo merecia, porque en efecto Enriqueta de Inglaterra era una de las personas que mas se distinguian

en aquella corte tan brillante. Era de hermosas carnes, linda, graciosa y seductora por su buen talento, alegría y franqueza. Todos la concedian mucha modestia y amor á la verdad, pues hablaba ingénuamente de sus defectos, confesándolos de buena fe; pero hasta entonces nada habia ofendido todavía su vanidad: generalmente aplaudida y rodeada de adoradores entusiastas, gozaba aun de otra ventaja mas gloriosa, pues poseía la confianza y la amistad del rey. Todo el mundo hacía justicia á la pureza de esta intimidad, bien que era grande; y el rey parecia que tenia cierta complacencia en llamar la atencion sobre ello con la afabilidad mas galante. Pero conocian todos la inclinacion de Madama al conde de Guiche, y veían al mismo tiempo que el rey, léjos de tener celos de él, le dispensaba todas las distinciones que dispensa el favor. Sin embargo, persuadian á Madama á que la pasion declarada que el rey la tenia, le preservaría siempre de empeñarse con otro objeto: ella lo creía, y esta ilusion la lisonjeaba vivamente para que la perdiese sin un violento despecho.

Madamisela de la Valliere trasplantada á un teatro tan brillante y nuevo para ella, se hizo notable, no solo por las gracias de su figura, sino por un aire melancólico esparcido sobre toda su persona, al cual hacía mas tétrico el luto que llevaba todavía; el sentimiento de la muerte de su madre y su tristeza interior en vez de disminuirse se habían exáltado desde que se hallaba en la corte. El dolor puede encontrar alguna distraccion en cierta novedad de objetos, cuando estan en armonía con él; pero este se irrita mas sin esta circunstancia. A madamisela de la Valliere no la alucinaba la benevolencia que la manifestaban, y solo tenia por sincera la de las religiosas de Chaillot, porque siempre hay una cierta simpatía entre los solitarios y los afligidos; pero la alegría tan viva que madamisela de la Valliere veía esparcida á su rededor, la hacia conocer demasiado que estaba fuera de su verdadero centro. No habiendo vivido hasta entonces sino entre personas que participaban de sus sentimientos, se encontraba sola en medio de aquella corte fastuosa, y así incomodada echa-

ba de menos en su amargura las delicias y consuelos de la tierna y compasiva amistad.

Toda la corte esperaba al rey, y al fin llegó. Inmediatamente fue á ver á la reyna-madre, y media hora despues á Madama. Madamisela de la Valliere, que estaba detras de algunas compañeras suyas, se levantó precipitadamente, y se adelantó para verle: Madama advirtió aquel movimiento; se sonrió, llamó á Madamisela de la Valliere, y la presentó al rey. Esta, mas conmovida que inmutada, se atrevió á levantar sus bellos ojos: su mirada expresiva y dulce se encontró con la del rey; se avergonzó, y se retiró prontamente.

Luis XIV, fuera de su gerarquía, era el personage mas visible de la corte, porque tenia mucha nobleza en su aire y en su porte, y su fisionomía magestuosa causaba respeto, aunque todos sus movimientos eran graciosos: una mirada penetrante, y una sonrisa llena de dulzura daban á todas sus facciones una expresion interesante; y aunque su educacion fue un poco descuidada, tenia un entendimiento sólido y claro, no-

bles ideas, y la prevision mas fina: escribia mal, porque casi no lo ejercitaba; pero nadie hablaba tan bien como él, y amaba la conversacion de las gentes de talento, como no fuesen afectadas. La grandeza y la rectitud fueron las cualidades que le distinguieron eminentemente. En el consejo admiraba con su sagacidad y elevadas ideas: dejaba aturridos á los extrangeros con su magestad y representacion en las audiencias públicas y en los festines; y arrebatava en su trato familiar con su agradable conversacion y modo inimitable de contar las cosas (1). Su alma grande conocia profundamente la sublimidad de la religion, y cuán necesaria es para la pública felicidad y utilidad de los que gobiernan.

No obstante el ardor de sus pasiones é inclinacion á los placeres, jamas dejó de emplear ocho horas á lo menos cada dia en el trabajo (2). A los veinte años quiso reemplazar á un primer ministro instruido y laborioso, aunque tuvo que superar todo el

(1) Memorias de madama de Caylús.

(2) Véase á Choisi, y todas las memorias de aquel tiempo.

disgusto y trabajo que la ignorancia puede añadir á lo molesto de los negocios; y su perseverancia sobre este punto no desmayó jamas durante medio siglo. ¿Qué acciones buenas pueden sobrepajar á sus piadosos establecimientos de los Inválidos y de San-Cyr? En fin, él fue sensible, y gozó una felicidad poco comun, pues fue amado por sus bellas prendas. Le critican no obstante de orgulloso, porque ningun soberano fue tan alabado como él: esto es culparle de haber inspirado el mas vivo entusiasmo: un rey que reyna con brillantez no podrá impedir que los literatos celebren sus beneficios y su gloria, sino recibiendo con desden sus homenajes. ¿Puede, ni debe hacerlo? Enrique IV, lejos de desechar las alabanzas de Malherbe, aplaudió sus versos: ¿pues por qué se pretende imponer silencio á los grandes poetas de su siglo, ó que hubiera recibido con indiferencia los elogios de Corneille, de Moliere, de Quinault, de Racine y de Boileau? Todos saben que jamas autorizó á ninguno de los que le rodeaban para que le alabase en su presencia, y que en la socie-

dad privada manifestó siempre el mas alto desprecio á la lisonja y adulacion.

Volviendo á su primer puesto detras de sus compañeras madamisela de la Valliere, estuvo distraida toda la noche sin atender á otra cosa sino á lo que decia el rey. Luego que éste se retiró, trajo ella á la memoria todo lo que habia oido, y sobre todo su mirada. ¿Podia acaso olvidar aquella mirada simpática, la primera que sus ojos habian encontrado despues de la ausencia de su amiga? El rey por su parte quedó prendado de la figura noble y apacible de madamisela, y al dia siguiente la buscaba con la vista, mas no la hallaba, porque se ponía siempre detras de sus compañeras, y se mantenía callada y oculta, sin pretender mas que ver al rey y escucharle. Un nuevo sentimiento, enteramente desconocido de ella hasta entonces, la tenia distraida, y ninguna reflexion la daba un rayo de luz: su mismo pensamiento casto y misterioso no la representaba la imagen del rey distintamente; pero desde la mañana deseaba la noche para hallarse en la tertulia de Madama, sobre to-

do los días que ésta dedicaba á su tertulia privada, en los cuales pasaba el rey una gran parte de la noche en su compañía.

Sin ningun interes particular se podia estar gustosamente en una concurrencia donde frecuentemente se hallaban reunidos el conde de Guiche, sugeto el mas brillante de la corte; el marques de Vardés su amigo, que unia á la finura de caracter el mas despejado talento; el duque de Roquelaure, célebre por sus agudezas; el duque de la Rochefoucauld, que en el estrépito de la guerra, y en medio de las astucias de la corte supo observar siempre con destreza, y meditar muchas veces con profundidad; Benserade, poeta amable; el conde de Bússy-Rabutin, escritor satírico, y cortesano tan enredador como lisonjero (1); el conde de Grammont, que por lo original de sus locuras, y por una ligereza llena de gracias logró se le perdonasen sus extravíos; el duque de Lauzun, cuyo caracter y aventuras fueron igualmente singulares; el gran Con-

(1) Madama lo trataba, aunque el rey no le queria.

dé, que reuniendo á todas las cualidades de un héroe la instruccion mas completa, podia embelesar con sus gracias á los sabios y á las damas; la condesa de Soissons, embolismadora ambiciosa, pero seductora por sus atractivos; madamisela de Montpensier, digna nieta de Enrique IV por su espíritu y su valor, y la única princesa que acaso haya unido las costumbres mas austeras á todo el ánimo y bizarría de una amazona; la princesa Palatina, á quien el mayor orador nuestro ha elogiado de un modo sublime por su desmedido talento y sus virtudes; la bella condesa de Brégi, que nos ha dejado tan lindos versos; madama de Sevigné; madama de La Fayette, y madamisela de Scudery, frecuentemente admitida de Madama.

Madamisela de la Valliere decia entre sí que la conversacion de personas tan distinguidas no podia menos de inspirar un vivo interés, sobre todo hallándose animadas con la presencia del rey, y el deseo de agradarle. Una noche que el rey cazaba en el bosque de San German, la tertulia de Madama fue poco numerosa, pero compuesta de las personas

mas amables. No obstante, madamisela de la Valliere no escuchaba y cavilaba; pero cuando Benserade dijo que San German era ciertamente un sitio encantado; *sí, seguramente* (respondió madamisela Scudery) *como esté en él* EL ENCANTADOR (1). Esta expresion estremeció á madamisela de la Valliere, haciéndola descubrir sus mas íntimos pensamientos; mas queriendo persuadirse de que aquel sentimiento que la ocupaba solo era una opinion (se decia): *todo el mundo piensa como yo*. Sin embargo, desde aquel dia una inquietud y una tristeza indefinibles se mezclaron con su admiracion hácia el rey. En ausencia de éste se hallaba desocupada, porque no se atrevia á fijar en él su imaginacion: su presencia la abatía en una melancolía profunda, y en dejándole de ver, temia hallarse sola. Como si tuviera que hacerse algunas reconvenciones, experimentaba un miedo y una especie de estremecimiento interior semejante á los remordimientos de la conciencia: de este modo el amor que de-

(1) Cita verdadera.

bia costarla tantas lágrimas se anunciaba en su corazón.

El rey no habria jamas producido en su alma esta peligrosa y profunda impresion, si no se hubiera distinguido de los demas hombres sino por su brillantez, por las gracias y la superioridad de su talento; pero ella observaba en él una bondad activa y delicada que jamas la desmentia, y recogia cuidadosamente con delicia todos sus rasgos: nada se le escapa en este género al amor observador: ¡si ciega sobre los defectos, qué lince no es para descubrir hasta la semilla de las virtudes para justificarse! Madamisela de la Valliere admiraba conmovida la ternura respetuosa del rey para con la reyna-madre, su amistad y sus procederes siempre indulgentes con Monsieur (1), su deferencia y sus cuidados con la joven reyna, sus consideraciones con los príncipes de la sangre, su deseo de agradar, su gracia con sus amigos, su afabilidad inalterable con

(1) Título que se da en Francia al hermano único del rey.

sus domésticos, y su benevolencia con todo el mundo (1).

Despues del rey era la joven reyna entre toda la familia real la que mas fijaba la atencion de madamisela de la Valliere, porque aunque nada particular tenia en su exterior, estaba pintada no obstante en su rostro la bondad mas interesante, y este sello augusto es en una reyna el primero y mayor atractivo. Esposa tímida y tierna, interesaba igualmente á madamisela de la Valliere por su caracter y por sus sentimientos. No hay simpatía mas verdadera que la que se encuentra entre las personas que son á un mismo tiempo tímidas y sensibles. La reyna distinguió á madamisela de la Valliere ; pero esta era demasiado reservada y prudente para buscar el modo de acercarse á aquella ; y aunque observó su benevolencia, no se atrevió á aprovecharse de ella.

Madama amaba la literatura, y es bien sabido el mucho aplauso que tuvieron en la

(1) Véanse todas las memorias de aquel tiempo.

corte las obras de madamisela de Scudery: estas no ofrecian sino pinturas ideales; no pintaban el amor, pero siempre hablaban de él: el estilo era noble y puro, hallándose en ellas grandes sentimientos é ideas ingeniosas; por cuya razon, y por su novedad debian agradar á las almas sublimes y á los talentos delicados. Madamisela de la Valliere quiso leer estas novelas que incesantemente eran el objeto de la conversacion: esta lectura no la dió mas que una idea falsa, pero fue la mas peligrosa que puede tener una joven, porque creyó que una *gran passion* es un sentimiento inevitable é invencible, y que subyugando el corazon no puede extraviarlo.

Sin embargo, sus sentimientos religiosos grabados en su alma combatian estas ideas tan contrarias á la sana moral: era mucho en su edad no adoptar enteramente un sistema corrompido tan seductor y tan cómodo; pero en su situacion era una gran desgracia no conocer su falsedad.

— Entre las jóvenes distinguidas por su belleza que componian la corte de Madama,

sobresalian madamisela de Charente y madamisela de Pons (1); esta última, viva y presumida pretendia captarse la benevolencia y amistad del rey. Madamisela de la Valliere, no obstante su corta experiencia, fue la única que lo conoció, y no correspondió á las expresiones de ella, que al parecer deseaba su amistad; y lo hizo con otra persona mucho mas peligrosa, la cual era madamisela d'Artigni, una de sus compañeras: esta, desprovista de todas las gracias exteriores, tenia todos los vicios que en la sociedad y particularmente en la corte pueden pasar por cualidades amables, á lo menos por algun tiempo. Esta preferencia fue un error cuyas consecuencias fueron muy funestas. Las jóvenes que como madamisela de la Valliere no quieren contraer sino amistades virtuosas, deben unirse á personas de una edad madura, porque de ellas puede hacerse juicio sin conocerlas, por la reputacion adquirida de mucho tiempo, que casi siempre es fundada.

(1) Despues condesa de Heudicourt, y amiga de madama de Maintenon.

Durante el viage de Fontainebleau, en una de las mas serenas noches del verano, se paseaba el rey en el terraplen del palacio, y vió cuatro señoritas que despues de haber atravesado el cuadro del Tiber se apresuraban á entrar en el bosque: la obscuridad de la noche no permitia conocerlas: el rey experimentó entonces aquella especie de curiosidad que frecuentemente entre los príncipes proviene del disgusto y ociosidad. Dijo en voz baja á Beringhen le siguiera, y tomó el camino del bosque. Las jóvenes estaban sentadas en el suelo, hablando de la funcion que habia habido la víspera en el cuarto de Madama, y del baile en que el rey y algunas personas de la corte habian danzado. El rey y Beringhen, escondidos en la espesura escuchaban esta conversacion. Preguntábanse cuál era el que mejor habia bailado: la una se declaró por el marques d'Alincourt (despues mariscal de Villeroy), la otra por M. d'Armagnac, la tercera por el conde de Guiche, y la cuarta callaba: obligáronla á explicarse, y entonces se oyó la voz mas dulce y penetrante: "¿es posible (dixo) que pueda

ponerse la atención en los sujetos de quienes habláis, cuando están junto al rey?" "Luego es menester ser rey para agradaos" (dijeron las otras). "No (replicó la Valliere); su corona no añade nada al encanto de su persona; antes bien disminuye el peligro. Sería muy de temer, si no fuera rey; pero á lo menos él preserva de toda otra seducción."

A estas palabras, muy conmovido el rey, se retiró prohibiendo á Beringhen el hablar de esta aventura, y se volvió á palacio. Toda la noche la pasó cavilando en el secreto que habia descubierto, y que tan vivamente lisonjeaba su amor propio. ¿Pero quién era aquella que se explicaba con tanta franqueza y sinceridad? Si era una de las camaristas de Madama, ¿cómo no la habia distinguido? Él se aseguraba en que jamas la habia oido hablar, porque su voz encantadora no se le habria despintado. "Cuando menos, esta voz no dejará de descubrirse por sí misma" (se decía el rey); y con esto se resuelve á no mirar, sino á oír á todas las señoras de la corte, esperando á que solo su oído le descubriría este misterio.

Al día siguiente fue á la tertulia de Madama ; recorrió con la vista todas sus camaristas , y divisó un semblante hermoso escondido detras de madamisela d' Artigní : se acordó de que aquella era la joven enlutada que le presentaron dos meses hacia , cuya figura noble y melancólica le pareció tan interesante , y que despues se habia mantenido tan oculta que no la habia visto mas. *Si fuera ella* (decia entre sí): él lo querría, y aun lo creía, y esta idea le causó una turbacion inexplicable. Dispusieron las partidas de juego , y entre tanto se acerca á las camaristas , dirige la palabra á madamisela de Pons , pero con los ojos fijos en la Valliere: ésta baja los suyos y se avergüenza ; el rey se adelanta y la habla ; ella tiembla , pierde el color , y responde con voz trémula , pero que no pudo desconocerse : entonces conoció el rey que era ella , y desde aquel momento no miró ya en la estancia de madama sino á madamisela de la Valliere ; y el cuidado de ocultar su inclinacion aumentaba sus quilates. Tomó seguros informes de ella , y todo lo que supo acabó de embelesarlo.

Alababan su talento y su candor, aplaudian su modestia y su caracter, y todo hasta la sencillez de su educacion concurría á hacerla preciosa á los ojos del rey. ¡Cuánto mas joven que todas sus compañeras de la misma edad le parecia con su inocencia y su ingenuidad! La sencillez será siempre la mas fresca flor de la juventud.

La corte volvió el dia siguiente á San German; y al inmediato propuso el rey un paseo al bosque de Vincennes, al cual fueron en calesas: Luis conducía la de Madama, y y madamisela de la Valliere iba en otro carruage. Hallaron en el bosque una tienda hecha de hojas de árboles llena de refrescos: se apearon de las calesas, y toda la corte se reunió bajo de este pavellon de verdor y de flores. Oyeron una música campestre, las ninfas, los silvanos y los pastores del bosque llegan de todas partes, y cantan coplas conceptuosas, compuestas por Benserade: las pastoras presentaban flores á las damas, y madamisela de la Valliere escogió un lirio en sus canastillos: al hacer esta accion levantó los ojos, y se encontró con una mi-

rada del rey, que en aquel momento se hallaba á su lado, y ella le dice saliéndola los colores: *esta flor es tambien el símbolo de la inocencia*. Esta expresion tan sencilla hizo reir al rey, y al mismo tiempo le causó el mas dulce enagenamiento. ¡*La inocencia!* dijo, *ah! qué realce la dais vos!* No pudo decir mas, porque Madama se acercaba; madamisela de la Valliere por un movimiento pronto y no reflexionado dejó caer en el canastillo el lirio, y cogió una tuberosa. Ella no conoció tan presto su imprudencia; mas luego que la advirtió, su arrepentimiento la amargó el placer de aquel dia. Hasta la caída del sol permanecieron en la tienda, y quisieron pasearse todavía en el bosque. Al cabo de media hora se obscureció el cielo, y una lluvia tempestuosa sobrevino de repente: cada cual corrió á buscar donde guarecerse: madamisela de la Valliere, que andaba despacio, se quedó detras sola, y el rey se llegó á ella, ofreciéndola el brazo, y este apoyo, lejos de asegurar el paso tímido de la que sostenia, como que lo hacia mas vacilante. Luis promete conducirla por

el camino mas corto , y este camino no tenia fin. Madamisela de la Valliere inquieta y temblando callaba , y su turbacion y su sorpresa llegaron al extremo cuando el rey, queriendo aprovechar una ocasion tan favorable , la habló de sus sentimientos : su penoso embarazo era igual á su alteracion ; pero varias personas que buscaban al rey parecieron á la vuelta de una alameda: en vano pidió el rey una respuesta , pues no la obtuvo. Si no hubiera sido tan joven , ó si hubiera amado menos , no le habria sido tan terrible este silencio, el cual lo tuvo triste el resto de aquel dia.

El rey tenia una cortesía tan fina que nadie extrañó se hubiese quedado para conducir á madamisela de la Valliere , ni que por espacio de una hora , y á pesar de la lluvia , que era mucha, dejase (dando el brazo á una dama) de ponerse el sombrero (1). Tal era el respeto que entonces se tenia á las mugeres en tiempo que los franceses eran, por confesion de sus mismos enemigos , el

(1) Relacion verídica.

pueblo mas amable de la Europa. La declaracion respetuosa y apasionada del rey penetró profundamente un corazon sensible y combatido, que ya se habia entregado. Pero el movimiento de alegría que experimentó madamisela al descubrir la pasion del rey la hizo conocer tambien toda la violencia de sus propios sentimientos, que hasta entonces no habia mirado sino como una simple preferencia. "¡Cómo (se decia ella) me aplaudo del triunfo mas funesto y mas criminal! Un amor adúltero es el que yo inspiro! ¡Y mientras me lo declaraban, una alegría insensata inundaba mi corazon! ¡He podido yo olvidar de este modo la dignidad de mi sexô, y todos los principios que me eran tan amables! ¡y yo callé, y no le quité una esperanza injuriosa! ¿Qué pensará de mí? ¡Sin duda me desprecia como lo merezco! Yo sabré reparar aquel momento de error y de imprudencia. ¡Ay de mí! ¡cuánto no debo apreciar mi estimacion! ¡este es el único sentimiento suyo al cual me es permitido corresponder!" Las resoluciones mas virtuosas fueron el fruto de estas reflexiones. Los dias

siguientes acercándose mas madamisela de la Valliere á Madama, y á la joven reyna, no dejó arbitrio de poderla hablar, y el rey se decide á escribirla; pero le dicen que ella escribia perfectamente: él ignora que una carta amorosa no necesita de arte, y que la mas ingeniosa rara vez es la mas persuasiva: cree que necesita un confidente en aquella ocasion, y echa mano de Benserade. Éste enmendó la carta del rey, ó por mejor decir, la echó á perder añadiéndola varias frases discretas que obscurecian aquella verdad de sentimientos tan preferible á los pensamientos mas brillantes. El rey no se descubrió enteramente con Benserade: le confesó su amor, pero sin nombrar el objeto, y Benserade no lo sospechó creyendo que esta carta se dirigia á madamisela de Pons.

Benserade, aunque tenia ya cuarenta y cinco años, era galan, amable, y estaba enamorado de madamisela de la Valliere que lo conocia; y mirándole casi como un viejo, y obligada de los cuidados que le debia le profesaba amistad y confianza. Sin embargo madamisela de la Valliere recibió la

carta del rey. Ella amaba, y este escrito la pareció un portento de amor y de talento. El rey pedía una respuesta; ¿pero cómo había de responder á una carta semejante? Quería quitarle la esperanza, y no obstante quería también inspirar una opinión favorable de su entendimiento. La carta que iba á escribir era la primera, y debía ser la última; esto era lo más importante. En este apuro determina consultar á Benserade, ocultándole el nombre del amante cuyos rendimientos pretendía desechar. En efecto, aquella noche en el cuarto de Madama le dixo en secreto "fuese al otro día á verla á cosa del medio día. Gozoso Benserade de obtener lo que tanto deseaba, y no se había atrevido á solicitar, esperaba con impaciencia el día siguiente. A la hora señalada fue al cuarto de madamisela de la Valliere; la halló sola, y adelantándose puso una rodilla en tierra delante de ella, y creyendo simplemente que la daba gracias por su confianza, se sonrió por aquella demostración exâgerada de reconocimiento. "Yo quería (dijo ella) consultaros sobre la respuesta que

debo dar á una carta que he recibido. Necesito un consejo paternal, y yo lo espero de vos." Estas palabras helaron á Benserade; se levantó y se sentó en una silla. Entonces madamisela no queriendo manifestar la letra del rey, se vió precisada ella misma á leer en alto la carta. Benserade conoció desde las primeras palabras aquella carta que casi enteramente habia enmendado. Como este era mucho mas cortesano que amante, se consoló prontamente pensando en el partido que podia sacar de esta doble confianza. Luego que madamisela acabó con una voz baja y trémula la lectura de la carta, dijo Benserade: "ahora adivino yo enteramente vuestro secreto: no hay quien tenga tanto talento sino el rey." Madamisela lo negó débilmente, y bien presto convino en ello (1). Costó á Benserade mucho trabajo escribir una carta al gusto de ella, porque esta hallaba siempre las expresiones equívocas; en fin, Benserade que conocia bien no contendria la carta *la última palabra* de es-

(1) Todas estas particularidades son históricas.

ta correspondencia, se dedicó y decidió á dictar la respuesta mas áspera y rigorosa.

Luego que madamisela se halló sola, volvió á leer esta respuesta, y en el fondo de su alma la parecia que su tono era muy seco y desabrido, y acabó diciéndose que ella no debia enviar una carta que no habia dictado. Esta reflexion, que era tan propia de su caracter, la habria decidido, fuera del motivo secreto que no osaba confesar; y así escribió otra carta, y la envió á Benserade, que se habia encargado de entregarla al rey. Confidente ya de madamisela de la Valliere obtuvo facilmente toda la confianza del rey, que se dejó guiar de él, y así no le costó trabajo persuadirlo á que no lograria jamas una respuesta favorable por escrito, ni conseguiria tampoco que la Valliere se abo- case con él. Benserade prometió ganar á madamisela d'Artigní, cuyo alojamiento tenia comunicacion con el de la Valliere. Los cuartos de las camaristas estaban situados en lo mas alto del palacio, y era facil entrar en ellos por las ventanas que caían á una especie de azotea. Quedó resuelto que madami-

sela d'Artigní abriría su ventana, y que por su cuarto pasaría el rey al de madamisela de la Valliere.

Las diligencias de Benserade tuvieron todo el efecto que habia anunciado. Madamisela d'Artigní era ambiciosa, y cuando esta pasion no se halla reprimida por principios religiosos, dá segun las circunstancias el ánimo, la audacia ó la bajeza y doblez que pueden conducir al fin que quiere alcanzarse. A la media noche de aquel mismo dia, el rey inquieto y agitado sube á la azotea, encuentra abierta la ventana, y entra en el cuarto de la vil d'Artigní, quien le conduce á la habitacion de madamisela de la Valliere (1): ésta, que apenas habia un cuarto de hora que habia entrado, estaba sentada en una silla poltrona volviendo á leer la carta del rey. Oye abrir la puerta; vuelve la cabeza; conoce al rey, grita, se levanta, y cae desmayada en una silla. El rey se echa á sus pies, y conoce la carta que leía: se enternece, y procura sosegarla, protestándola que sus intenciones

(1) Hecho histórico.

eran las mas puras. Madamisela de la Valliere no respondió sino con un torrente de lágrimas, y luego se atrevió á afear al rey una temeridad como aquella, que podia deshonrarla: el rey la responde que se ignorará siempre aquel paso, y la da su palabra de no hacer gestion alguna en adelante sin su consentimiento: en fin, la pregunta sobre los sentimientos que él inspira; pero se le niega con firmeza la confesion que solicita: entonces la declara el rey que él mismo oyó la conversacion del bosque. Madamisela se cubre el rostro con las manos, y las lágrimas corrieron de nuevo de sus ojos. Luis la manifiesta entonces tanto respeto y delicadeza, que consigue sosegarla algun tanto. Madamisela d'Artigní vino á avisar que empezaba á clarear el dia, y marchó el rey.

A la mañana siguiente, luego que se levantó la duquesa de Navailles, gobernadora de las camaristas, la dieron parte de que habian visto un hombre en la azotea de los cuartos de madamisilas de la Valliere y d'Artigní. Al instante envió la duquesa á buscar herreros, á quienes dió orden de ir á

poner rejas en las dos ventanas indicadas. La duquesa habia tenido siempre unas costumbres austéras; pero pagada de su reputacion mezclaba en ella tanto amor propio, que hacia de la virtud una especie de oficio, queriendo granjearse de este modo una consideracion personal que no se pudiera comparar con otra alguna. Esta señora no habia consultado en su juventud sino á la religion y á su conciencia, y el fruto que recogia quitaba á sus acciones una gran parte de mérito, pues no obraba sino para que la viesen: vanidad casi inevitable hallándose colocados en un teatro brillante; y así es que en la corte la virtud misma pierde comunmente su mérito, pues olvida su verdadero objeto, y no es mas que una exterioridad, y muchas veces un cálculo de ambicion.

Madamisela de la Valliere quedó sobre-
cogida viendo poner rejas en sus ventanas,
y en las de su compañera: bien conocia que
las sospechas no caerian sino sobre ella, por-
que la fealdad de la d'Artigné ponia á cubierto
en este punto su reputacion. Afligida por lo
mismo escribió pintando á Benserade su do-

lor, quien fue al instante á ver al rey, y le contó lo que pasaba: entonces el rey sin perder tiempo mandó á la duquesa de Navailles que hiciera poner luego, luego, rejas á todas las ventanas de las camaristas, sin excepcion, prohibiendo expresamente se dijera que él habia dado esta orden (1). Fue preciso obedecer; mas la duquesa se consoló con el ruido prodigioso que produjo esta novedad, que honraba siempre su vigilancia y rigidez; pero esta precaucion que salvaba el honor de madamisela de la Valliere, esparció sospechas poco favorables sobre todas sus compañeras: ella oyó sus quejas, vió sus lágrimas, se creyó culpable de sus penas, y de la injusticia que sufrían, y se afligió sobremanera. Para distraer á la corte de este suceso, que era el principal objeto de todas las conversaciones, anunció el rey que daría una fiesta á Madama la noche siguiente en los jardines despues de cenar.

Madama con toda su corte bajó al parque á las once; el rey la condujo al bosque donde habia escuchado la conversacion

(1) Históric o.

nocturna de madamisela de la Valliere con sus compañeras. Prevenida ésta secretamente por Benserade no podia ignorar que ella sola era el objeto de aquella fiesta, y por otra parte lo habria podido adivinar al entrar en el bosque, porque estaba iluminado y decorado de guirnaldas de lirios, flores raras en aquella estacion; y se avergonzó con este espectáculo acordándose del lirio que habia escogido imprudentemente en el bosque de Vincennes. Sobre el tapiz de frondosos céspedes estaban sentadas las Gracias, que figuraban hablar entre sí: á su lado se veía una soberbia decoracion representando un templo misterioso sin inscripciones ni atributos: las Gracias se levantaron y ofrecieron á las princesas y á todas las damas ramos de lirios: entonces se medio entreabrió una de las puertas del templo, y salió de él una voz melodiosa que cantó los versos siguientes:

Coroné el mirto á otro amante,
pues quien ama como yo,
necesita un nuevo emblema
que explique mas bien su amor.

Todos tienen esperanza
de contentar su pasión;
pero amando la inocencia
yo espero premio mejor.

Noble lirio, que en belleza
excedes á toda flor,
símbolo tierno y amable
de un cándido corazón:

Dele á la hermosura misma
la tuya aumento mayor,
y el pudor sea el adorno
del objeto de mi amor.

Madama aplaudió mucho estos versos creyendo que se habían compuesto para ella, y así jamás su vanidad se halló tan satisfecha, ni un triunfo imaginario ó verdadero causó mas regocijo. En tanto que ella se envane-
cia de un error, el objeto verdadero de la fiesta procuraba ocultarse entre las gentes, y temblaba de que adivinasen la verdad: enternecida, confusa é inquieta recibia con una profunda sensibilidad aquellos homenajes ingeniosos y delicados; y al mismo tiempo que se reprendia su excesivo reconocimiento, como que conocia demasiado su peligro, tembla-

ba viéndose en medio de tantos observadores perspicaces y curiosos, porque la parecía que su secreto era muy fácil de penetrar.

Cuando se halló sola y mas despejada en su cuarto, se acordó con horror de cuanto habia pasado de ocho dias á aquel punto: "*Es menester huir* (dixo), *es preciso huir!* Rodeada de seducciones, no recibiendo sino consejos perniciosos, yo debo alejarme de esta mansion peligrosa, á lo menos por algun tiempo á fin de recogerme y tranquilizarme, si es posible, haciendo serias y cristianas meditaciones sobre mi crítica situacion."

La mariscalca de Bellefonds estaba en San German, y madamisela de la Valliere obtuvo permiso de Madama para ir con ella á París por unos quince dias. Luis, al paso que lo admiraban los cortesanos, era amado de todo París, y lo merecía. En el hambre que se experimentó en 1662 dió pan al pueblo, haciendo traer una cantidad enorme de granos que se repartian á familias pobres á la puerta del Louvre (1): habia perdonado al

(1) Siglo de Luis XIV.

pueblo tres millones de contribucion: habia adquirido á Dunkerque, restablecido las rentas, tranquilizado todas las facciones manifestando tanta clemencia como firmeza: su gobierno era respetado fuera, y tranquilo dentro: en fin todas sus providencias desde que tenia las riendas del estado habian sido útiles, nobles y benéficas.

Madamisela de la Valliere, lejos de hallar en París la distraccion que buscaba, fue allí perseguida de la memoria que queria desechar de su imaginacion. El retrato mas parecido del rey estaba colocado en el salon de la mariscala: encontraba esta imagen en todas partes: en los monumentos públicos, en las plazas, en las tiendas, y hasta en las monedas la veía continuamente. La escultura, la pintura, el grabado y todas las artes se disputaban la gloria de multiplicarla: el nombre de Luis resonaba sin cesar en sus oídos: estaba estampado en todos los libros (1), y repetido por todas partes: en todas las conversaciones se hablaba del rey,

(1) La aprobacion con que concluyen.

y siempre con entusiasmo; en los teatros se oían tambien sus elogios, y se veía al pueblo mas amable del universo aplaudir con enagenamiento los versos que celebraban á este soberano adorado: ¿pues cómo era posible huirle y olvidarle, no pudiendo conseguirlo ni aun en el santuario de la religion, porque en él se pedia, y se hacian votos públicos por su prosperidad, su conservacion y su gloria? Todo este concierto de amor y de alabanzas era el testimonio menos equívoco de su merecida y justa fama. Obtener semejantes homenajes es lo mismo que merecerlos. Un rey sabe reinar cuando sabe ganar los corazones, y su verdadera gloria es ser amado.

Madamisela de la Valliere mas turbada que nunca escribió á su amiga la condesa de Themine, sin descubrirla el secreto de su corazon; pero la decia que sufría mucho, y que se hallaba en una situacion muy peligrosa: que necesitaba la aconsejasen, y que viniese á socorrerla. Un poco tranquila con este paso la inquietaba ya menos su situacion, pensando que la habia puesto en ma-

nos de una amiga tan fiel, porque estaba decidida á dejarse conducir de ella.

Sin embargo, Benserade enviado por el rey dió priesa á madamisela de la Valliere para que volviese á la corte: éste ponderó la pureza de los sentimientos del rey. "Ah! (dixo aquella suspirando); yo tengo pocas luces; pero la religion me enseña que una passion adúltera no puede hermanarse con esa pureza que decís." = "Quiere sacrificarla á vuestro reposo (la respondió): quiere, si vos consentís en ello, ocuparse en vuestro establecimiento. Se sabe que el duque de Longueville os ama; y el rey piensa proponérslo por esposo." = "*Yo no lo aceptaré* (le dijo alterada). Mi madre habia formado para mí otra alianza: yo no me he comprometido; pero si me decidiése á sacrificar mi libertad, preferiría siempre al esposo que mis padres me habian elegido." Dió esta respuesta con una especie de sequedad, que no la era natural: observacion que no se le escapó á Benserade. Pero fingiendo que no habia advertido su alteracion, prosiguió estrechándola á que volviese á San German; y ella

le prometió que lo haria dentro de pocos dias.

La proposicion de casamiento no era artificiosa, porque el rey despues de su sesion con madamisela de la Valliere, la habia cobrado tanto aprecio y causado tanta admiracion, que formó de buena fé la virtuosa resolucion de respetar sus principios y sacrificar su amor á su tranquilidad. Este proyecto hirió desde el principio á madamisela de la Valliere; pero reflexionándolo, conoció quanto honraba al caracter del rey semejante idea: y así creyó que ya no debia temer á aquel que adquiria tantos derechos en su estimacion y reconocimiento. Esta seguridad, que no habia tenido todavia, acabó de perderla. De vuelta de san German volvió á ver al rey con mas ternura y gusto que alteracion, porque ya no le temia. Siempre la habian inquietado menos sus propios sentimientos que los que ella inspiraba.

El amor en el corazon de una muger pura y virtuosa no excita aquellos movimientos impetuosos, que solo provienen de una imaginacion desarreglada; se insinúa en el al-

ma sin apoderarse de ella con violencia: no inflama pero penetra: es tan tímido y tan encubierto que parece sosegado: tan generoso que se parece á la amistad; y no se manifiesta, pero arrastra. Madamisela de la Valliere mudó de aposento luego que llegó á san German: habia uno desocupado é inmediato al de Madama, y se lo dieron. En él habia una antesala medio arruinada, cuya pared tenia algunas rendijas que dejaban ver por varias partes el interior de una especie de galería que servia de paso á la familia real para ir á la habitacion de Madama. El rey hizo decir por Benserade á madamisela de la Valliere que le oyese por detras de aquella pared (1), en lo que convino al instante, porque habria creido hacerse culpable de la mas negra ingratitud manifestando al rey la menor desconfianza. Para autorizar nuestra imprudencia hallamos siempre pretextos ingeniosos: á fin de poder faltar á los verdaderos deberes nos los formamos imaginarios:

(1) Hecho histórico.

cuando ni aun somos capaces de querer alucinar á los otros, buscamos el modo de engañarnos á nosotros mismos: una especie de doblez se mezcla siempre en las pasiones: la franqueza y la rectitud inalterables, solo pertenecen á la virtud.

La hora de la cita del rey con madamisela de la Valliere se fijó al amanecer para evitar toda sorpresa: el rey habló de un modo tan noble como sincero; renovó la proposicion del casamiento con el duque de Longueville, y ella la desechó enteramente: el rey no insintió, pero concibió esperanzas, y solo habló de sus sentimientos: lo escucharon gimiendo, y se tuvo la debilidad de prometer volver al mismo sitio los dias siguientes. No convino sin remordimientos en estas citas madamisela de la Valliere: ya no habia pretextos para hablar, porque no se trataba mas de casamiento; pero el rey manifestaba sentimientos tan generosos, un respeto tan sensible, y hablaba tan bien de la virtud que no parecia justo ofenderle ni afligirle. Dos veces se vieron del mismo modo; pero la vigilante duquesa de Navailles

que habia observado las hendeduras de la pared, las hizo tapar: el rey explicó su pena en varios billetes, y pide en vano nuevas audiencias, porque madamisela de la Valliere rehusó con firmeza recibirle en su cuarto. Las continuas visitas del rey á Madama se observaron mas que nunca; pero se conducia con tal prudencia con la que amaba, y con una galantería tan amable con Madama, que las personas mas discretas de la corte que componian aquella tertulia, no tuvieron la menor sospecha de sus verdaderos sentimientos; pero percibieron los de madamisela de la Valliere. El duque de Longueville (jóven amable, virtuoso, y señor de muchas rentas) estaba apasionado de ella, y ella rehusaba un establecimiento tan brillante. Esta repulsa los sorprendió á todos y llamó mucho la atencion: no era difícil leer en el corazon sin artificio de madamisela de la Valliere. El conde de Guiche tuvo las primeras sospechas, y hubo muchas chanzas sobre esta pasion quijotesca. Madama que creía firmemente ser incapaz el rey de corresponderla, la compadeció. "Madama la

compadece en efecto (decia el conde de Guiche), porque ella es quien la condena al tormento de una pasion desgraciada; pues el rey no verá jamas aquí sino el objeto que obscurece á todas las demas." Madama escuchaba estos discursos lisonjeros con complacencia, y aseguraba sonriéndose que se engañaban, porque el rey no tenia para con ella sino amistad; pero soportaba sin disgusto la contradiccion sobre este punto. Madamisela de la Valliere tenia sobrado entendimiento para no ver hasta que extremo se lisonjeaba Madama de los sentimientos del rey; y así era facil prever que su despecho seria extremado si llegaba á desengañarse de su error. Esta idea la causaba un terror insuperable, porque se representaba vivamente todo lo que el orgullo irritado debia hacerla sufrir.

Un frívolo accidente acabó de venderla, y de descubrir enteramente la inclinacion de su corazon. Una noche en el cuarto de Madama, y presente el rey, despues de haber hablado de una novela de madamisela Scudery, concertaron dar á todos los que com-

ponian la tertulia, segun sus caracteres, los nombres de los personajes de aquella obra. Madama, como era de creer, recibió el nombre de la principal heroína: la condesa de Soisons, su amiga, tomó el de la confidenta; y confesaron que el rey solamente debía guardar el nombre que immortalizaba: todo el mundo, por otro lado, elegia el suyo: cada uno prometió substituirle á su verdadero nombre, y firmarlo en los billetes de concurrencia que se escribiesen en lo sucesivo. Olvidaron á madamisela de la Valliere en esta distribucion, y el marques de Vardes, que lo notó al momento, la propuso el nombre de una jóven princesa insípida, que nadie habia querido tomar. Ella respondió ingénuamente que hallándose bien con su verdadero nombre no queria otro. Preguntáronla qué nombre era: esta pregunta tan simple la confundió, causándola esta turbacion una rápida reflexion. Madama admirada de ella, reiteró la pregunta que acababan de hacerla. Madamisela conoció cuán ridiculo era detenerse tanto en la respuesta, y esta idea aumentó su alteracion. Las perso-

nas tímidas y sensibles jamas tienen resolucion: el apuro cuando es grande las aturde siempre. Madamisela mudaba de color á cada instante, bajaba los ojos llenos de lágrimas, y no tenia valor para articular aquel terrible nombre. El rey quiso mudar de conversacion; pero insistiendo Madama con una especie de autoridad sobre ello, se resignó madamisela, se sometió, y con voz trémula y una sencillez encantadora dijo, que se llamaba *Luisa*. A esta expresion empezó á oirse en toda la tertulia un susurro malicioso: Madama se sonrió con un aire de compasion, asegurando que su intencion no habia sido incomodarla. "Yo lo creo (replicó el rey): ¿qué crueldad no era menester tener para formar el designio de intimidar tanta ingenuidad, tanta dulzura y modestia?" Estas palabras, pronunciadas con un tono severo y una alteracion visible, causaron una sorpresa que mudó súbitamente la expresion de todos los semblantes. Ya no se veia ni señal siquiera de sonrisas maliciosas, y cada uno volvió á tomar un aire comedido de benevolencia, á excepcion de Madama que no pudo

disimular su mal humor. Sin embargo, volviendo el rey despues á dispensarla toda su gracia acostumbrada, Madama se persuadió á que solo la compasion habia producido aquel interes tan vivo; pero conservó contra madamisela de la Valliere una especie de rencor, aunque sin causarla todavía el menor recelo.

La reyna-madre disponia á menudo loterías ó rifas de alhajas, cuyos billetes daba á las personas de la familia real, y á sus favorecidas. Un dia que la corte era numerosa en su cuarto, y que madamisela de la Valliere entre el acompañamiento de Madama se hallaba allí, hizo la reyna-madre una de estas rifas, y el rey ganó el primer lote: era éste de unos magníficos brazaletes de brillantes, cuya hermosura celebraron todos: particularmente Madama los alabó con exceso; ¡pero qué valor no aumentarán cuando sean regalados! ¿á quién los ofrecerá Luis? La jóven reyna los desea sin esperanza de obtenerlos; y Madama se cree ya segura de su posesion. Alguno, admirándolos, dice que no tienen precio: "Todavía no (dijo Madama),

pero ahora lo tendrán." Sin embargo, el rey toma la caja, busca con la vista lo que queria descubrir: atraviesa la sala, no solo sin embarazo, sino con un aire de triunfo: se arrima á madamisela de la Valliere, la presenta los brazaletes, añadiendo á esta accion no la gracia de la galantería, sino toda la expresion del respeto. Nunca homenaje tan señalado se hizo con tanta franqueza; ni nunca la compostura de Luis XIV fue tan serena y magestuosa. Madamisela de la Valliere sobrecogida, llena de inquietud, de temor y de reconocimiento, creyó que el rey no hacia mas que enseñarla los brazaletes: "Son hermosísimos" dijo ella con voz cortada al volvérselos. "Aceptadlos, madamisela (repu-so el rey): la estimacion mas justa y sincera os los ofrece." Madamisela respondió con una profunda cortesía, y empezó á sentirse desazonada: apartándose el rey, se apresuró ella á guardar los brazaletes en la almohadilla de la labor, y á ocultarse detras de las personas que la rodeaban. La admiracion general fue extremada, y el despecho de Madama tan violento que no pudo dejar de

manifestar al rey mismo un desabrimiento que llamó la atención del concurso, aunque procuraba disimularlo con una aparente jocosidad; pero sus chistes eran tan forzados, y se mezclaba en sus ironías tanta hiel, que no era posible dejar de conocer claramente el enojo que interiormente la devoraba. El rey no opuso á sus burlas sino una frescura inalterable; y el aire mas distraido del mundo. Esta conducta exaltó al colmo la cólera de Madama, y veinte veces estuvo á pique de presentar una escena ridícula. Observó que la miraban con sorpresa: que muchas personas la examinaban con malignidad, penetraban sus zelos, y se alegraban de su agitación: conoció que cuanto decia era violento: se creyó caída y humillada á los ojos de toda la corte: perdida para siempre en el ánimo del rey, y juró un aborrecimiento irreconciliable á madamisela de la Valliere. Por una causa tan frívola se trastornó el caracter mas amable: las pasiones extravían siempre y á veces no pervierten; pero la excesiva vanidad entorpece el entendimiento, abate el alma, y la despoja de todos los sen-

simientos racionales y generosos. ¡Qué sublime es aquella moral inflexible que condena el orgullo, y nos enseña que el origen de la razón, de la justicia, y de todas las virtudes no se hallará jamás en un ser imperfecto, fragil y variable, sino en la imparcialidad y en la humildad cristiana!

El rey al día siguiente fue como acostumbra al cuarto de Madama, y sin disimulo ni embarazo se dedicó toda aquella noche á dar conversacion á madamisela de la Valliere. Ya no quedó duda sobre sus sentimientos, y desde este instante se formaron dos partidos en la corte: uno contra madamisela de la Valliere, compuesto de toda la tertulia de Madama; y otro á favor de aquella, formado de todos aquellos que se interesaban por ella, y de las personas que no querian á Madama, ó que aborrecian á sus favorecidos. Los amigos de ésta no procuraron suavizar su mal humor; ellos mismos estaban disgustadísimos de ver perder á la princesa que gobernaban el ascendiente que hasta entonces habia tenido con el rey: y no era posible engañarse sobre la inclinación

cion de éste, pues todo anunciaba en él una gran pasion, y la primera que habia tenido. En fin, nadie se atrevia á tachar de des-
envuelta á madamisela de la Valliere, por-
que su modestia y su mucha compostura
no se desmentian jamas: su conducta era
irreprochable; y veían todos que amaba,
que reprimia su inclinacion, y evitaba el dar
al rey la menor esperanza. Como era imposi-
ble interpretar malignamente sus acciones,
calumniaron su caracter, suponiendo que esta
persona tan amable, tan modesta é inocente, es-
taba íntimamente poseida de ambicion y de ar-
tificio, y la atribuían los designios que ellos ha-
brian tenido en su lugar. Haciendo de ella
un retrato imaginario ellos mismos hacian el
suyo; y desenfrenándose contra su persona
se satirizaban á sí mismos. Cada reflexion
de estas aumentaba la indignacion y el des-
pecho de Madama: lo presente descubria
demasiado lo pasado, y era evidente que el
rey amaba á madamisela de la Valliere mu-
chos meses habia: acordáronse entonces de
una infinidad de circunstancias que no de-
jaban la menor duda sobre ello; y así vie-

ron que todas las fiestas que el rey habia dado no habian sido mas que homenajes rendidos á ella: de modo que Madama sin haber debido á la amistad del rey la confianza de este amor, solo habia servido de pretexto para favorecerlo y ocultarlo.

Madama era poco capaz de disimulo; pero sus amigos la aconsejaron se contuviese, tratase regularmente á madamisela, y recibiese al rey con buen semblante. Entonces, con una intencion maligna contra la Valliere, pensó Madama tener algunos bailes en su cuarto: madamisela de la Valliere no bailaba, y toda la tertulia se reunió para celebrar la habilidad y las gracias de madamisela de Pons, que era la mas sobresaliente bailarina de la corte: el rey bailó varias veces con ella, y pareció haberle hecho alguna impresion sus gracias: vieron turbarse y perder el color á madamisela de la Valliere de resultas de esto, y una noche en medio del baile desapareció. El rey despues de haber bailado una contradanza con madamisela de Pons, se sentó á su lado, y la habló en secreto con viveza: enton-

ces Madama tuvo la crueldad de hacer llamar á madamisela de la Valliere, la cual volvió con los ojos encendidos y el color y semblante demudado: el rey la miró, se enterneció, y se apartó de madamisela de Pons. En los dias siguientes no se acercó mas á esta, ni quiso bailar; y así perdieron la esperanza que con tanto placer habian concebido los enemigos de madamisela de la Valliere.

La pasion que el rey la tenia era cada dia mas peligrosa para ella, que aun estaba revestida de toda la rectitud y entereza de su caracter. Luis solicitó una nueva cita, no en el cuarto de madamisela de la Valliere, sino en el de la d'Artigné, y en presencia de ésta: y aunque se réhusa, en seguida se vacila, al fin se consiente, se promete, y se señala para el tercer dia. La víspera de éste recibió madamisela de la Valliere un billete que la causó la mas viva alteracion: era este de la condesa de Themine, escrito en París. Esta amiga fiel acababa de llegar de su provincia, y la anunciaba su visita para dentro de una hora. Seis semanas antes la habia escrito madamisela de la Valliere suplicándola viniese

á socorrerla; y ahora la idea de verla la causaba el mas penoso embarazo. Conoció con asombro cuán mudado estaba su corazón, supuesto que temía los consejos de la virtud. Sin embargo, sus principios no la habian abandonado, y así se sentia arrebatada, pero no seducida: siempre conservaba y tenia horror al vicio: no se cegaba sino respecto de las intenciones del rey, creyéndolas puras: no concebía fuese posible tener el proyecto de pervertir, manifestando tanta estimacion: no obstante conocia muy bien que necesitaba una mano poderosa que la sostuviese en el camino tan resbaladizo en que se hallaba metida. Madama de Themine llegó, y madamisela de la Valliere la recibió con un temblor inexplicable: su sola presencia la aterró, y desde este instante conoció sin ilusion lo que tenia que decirle: previó sin engañarse todo lo que de ella pensaria, y experimentó un abatimiento que la quitó hasta el deseo de paliar ó disculpar sus menores faltas. Conoció que iban á proponerle un sacrificio cruel: no tuvo siquiera la idea de resistir á la voz poderosa del honor y la amistad; y desde lue-

go se sometió á todo, aunque con gran violencia de su corazon.

Hizo pues á su amiga una relacion breve y sincera de todo lo que la habia sucedido: sin disfrazar sus sentimientos, los pintó cuales eran, porque hallaba un cierto consuelo en hacer frente de este modo á la severidad de quien iba á ser la víctima. No lloraba: estaba sí, pálida y oprimida, pero se explicaba con un tono firme. Madama de Themine la miraba y escuchaba con gran sorpresa y dolor. Cuando acabó de hablar, la dijo: “¡Y bien! en un riesgo tan ejecutivo ¿qué pensais hacer?” “Todo lo que prescribais” la respondió. “Pues es preciso huir (la dijo), y que marchemos á Chaillot, donde ya habeis estado. Allí escribireis á Madama pidiéndola vuestra dimision: dado este paso iremos juntas á la Turena: allí hallareis otra vez la tranquilidad: y en un año cumpliréis los deseos del hombre apreciable que vuestra virtuosa madre os propuso parae sposo.” “¡Quién, yo! (dijo madamisela de la Valliere), ¡yo enganar á un hombre honrado, entregándome á él con un corazon manchado por un afec-

to culpable!" "Vos habreis ya vencido entonces esa inclinacion funesta (la replicó su amiga). ¿Pensais acaso que la gerarquía de rey no contribuye mucho á vuestros sentimientos, y que aunque no tengais ambicion alguna, no os engañais, viendo al que amais casi deificado? Si Luis XIV no ocupára el trono, no le amaríais con tanta pasion, ni con tanto peligro. Venid, amiga mia; separaos de las ilusiones que os rodean: todavía sois pura, y la felicidad no os abandonará. Mañana antes del dia es preciso partir. Desde Chailot le escribireis: respetará vuestras razones, y siempre os estimará. ¡Qué recuerdo le dejaréis! Lo consolarán sin duda, pero muger ninguna os reemplazará en su corazon."

Esta última idea enterneció á madamissela, y animó verdaderamente su valor. "Sí (dijo), no debo vacilar mas: disponed de mí: pronta me hallareis, y os seguiré." Al oír estas palabras se levanta madama de Themine, abraza á su infeliz amiga, la estrecha entre sus brazos largo rato, y en seguida desprendiéndose de los suyos, la deja en el estado

mas deplorable. Eran las cinco de la tarde, y madamisela de la Valliere debia ir á las ocho á la corte de Madama: desde luego pensó no asistir con el pretexto de que se hallaba indispuesta; pero luego reflexionó que el rey estaria inquieto, y que tal vez daria algun paso imprudente: por otra parte ella queria verle por última vez: y despues de muchas irresoluciones determinó presentarse á Madama, y bajó en efecto á su cuarto. Todo el mundo notó lo desfigurada que estaba: ella se quejó de un dolor grande de cabeza; y segun su costumbre se estuvo en lo menos claro de la pieza. Su corazon se conmovió en extremo cuando vió llegar al rey: antes que él la viera le oyó hablar en un tono alegre: este contraste de situaciones que habia entre ellos la atravesó el alma, porque pensaba en el dolor que él sentiria al dia siguiente: parecíala que lo engañaba, que le hacia traicion, y que con su fuga iba á exponerse á toda su indignacion, y á atraerse tal vez su aborrecimiento. Esta espantosa idea la dejó helada. El rey, que la buscaba, se acercó á ella, y quedó atónito al verla en un es-

tado que causaba compasion: la manifestó su inquietud con una sensibilidad que acabó de rematarla: no quiso jugar; y sentado junto á ella la suplicó en voz baja le confesase lo que tenia. Entónces le dijo que acababa de ver á su única amiga, despues de una separacion de siete meses; que habia renovado vivamente memorias dolorosas, y que esta impresion duraba todavía.

El rey imaginó que estos recuerdos eran relativos á su madre: esta exposicion le pareció natural, y así salió de cuidado. Lo que en esta noche sufrió madamisela de la Valliere es inexplicable; ella tenia envidia á todo el mundo: todas las personas que rodeaban al rey, y que debian quedar á su lado eran á sus ojos las mas dichosas. No hablaba el rey una palabra que no tuviera para ella un sentido particular y tierno: jamas la habia parecido tan amable como entónces, ni tan digno de ser amado. A medida que pasaba el tiempo de la tertulia, sus fuerzas se iban agotando: una ternura invencible la hacia temer á cada instante no poder contener las lágrimas; sobre todo cuan-

do la precisaba el hablar tenia que hacer un esfuerzo terrible para detenerlas. Esta violencia cruel, y la certidumbre de que la observaban con malicia, acababa de poner el sello á tan dolorosa situacion. Cuando el rey se levantó para irse, el valor la abandonó enteramente: miró gimiendo las dos hojas de la puerta que se cerraron despues de haber salido, y dijo entre sí: "¡Ya no volveré á ver abrirse esta puerta! ¡Felicidad, esperanza, alegría, todo acabó para mí! ¡Inquietud espantosa, afliccion, arrepentimiento, memorias amargas é indelebles es todo lo que me queda!" Hallábase en pie apoyada en una columna, y se sentia tan débil que no se atrevia á atravesar la sala para irse: por fortuna tenia inmediata una puertecita secreta, y por ella salió; pero despues de haber cruzado un corredor cayó desmayada en las primeras gradas de una escalera que conducia á su cuarto: algunos minutos despues dos compañeras suyas que pasaron por allí la condujeron á su habitacion.

Contando con que no podria dormir ni un instante, no se acostó: era esto á fines

del otoño, y antes del día vino á buscarla madama de Themine: madamisela sin decir una palabra se levantó, cogió la mano de su amiga y marchó con ella al instante. Atravesaron rápidamente el palacio, tomaron el coche y se pusieron en camino. Luego que madamisela sintió el movimiento del carruaje se deshizo en lágrimas; su amiga no se atrevió á romper el silencio, y afectuosamente la apretaba su mano: madamisela conoció que lloraba, y echándola los brazos al cuello: “¡O sábia y virtuosa Eudosia! (exclamó) ¿podeis compadecer una debilidad que os es imposible concebir?” “¡Ah (la dijo su amiga) yo os admiro tanto cuanto os compadezco!” “Vos creéis (la respondió) que tengo ánimo y solo es sumision; ¡pero este dolor acerbo que me acaba no lo venceré jamas!” “Tal es (la respondió madama de Themine) y debe ser la credulidad de la pasion: ya os lo he dicho; el tiempo os desengañará.” “¡Ah! jamas (exclamó madamisela): Yo os obedezco, mas sin esperanza de lograr alivio ni consuelo.” “Escuchad (la dixo entonces su amiga), y decidme si podeis pensar que

dentro de dos ó tres años os sea sensible el sacrificio doloroso que ahora haceis.” “No (respondió prontamente madamisela), porque veo muy bien que es imposible arrepentirse de haber hecho lo que es debido.” “Y bien (instó madama de Themine), pues vos debeis conocer tambien que la virtud que prescribe el sacrificio, es al fin su recompensa: porque si no nos hallásemos indemnizados de algun modo, nos arrepentiríamos.” Esta reflexion movió á madamisela de la Valliere. “¡Ah! (dijo), á vos es á quien pertenece conocer todo el poder de la virtud y creerla suprema: ¿debo yo admirarme de no conocerla ya?”

Las dos amigas llegaron al convento á las ocho, y encontraron á las religiosas ocupadas en la triste ceremonia de dar sepultura á una de sus compañeras. Madamisela de la Valliere se enterneció al oír que la difunta era una religiosa jóven de veinte años que la habia manifestado una particular amistad quando estuvo allí. Despues de aquella ceremonia, porque el tiempo estaba hermoso y sereno, quiso quedarse en el cementerio: sentóse con su amiga en el banco de la fuen-

te, y mirando la sepultura de la monja que acababan de enterrar: “¡Dichosa Serafina (dijo), cuán envidiable es tu suerte! ¡Tú no has gustado jamas sino alegrías inocentes, no has tenido sino deseos arreglados: tu alma fue tan pura como tu vida: sentimientos culpables, deseos interesados ni pesares vergonzosos no la turbaron jamas, ni alteraron su tranquilidad! ¡Tú no temes; tú no has desdennado sino el vicio y el error; tú no has amado con pasion sino la eterna verdad! ¡Tu corazon lleno de una piedad sublime, siempre sereno y siempre satisfecho, ha gozado una suprema felicidad: amó sin inquietud, sin pesadumbre y sin medida! ¡Ah, para tí fue la docilidad un beneficio del cielo! ¡El Criador no nos la da sino para exaltar la virtud, y luego que la profanamos solo nos sirve de tormento!” Diciendo estas palabras se apoyó sobre madama de Themine: en seguida esforzándose se levantó, se asió de su brazo y la propuso pasearse en el claustro: despues de haber dado algunos paseos se paró: “¡Ah (dijo), con qué amargura me acuerdo de las reflexiones que hace siete

meses me inspiraba este sitio! ¿Por qué no cedí entonces al deseo que experimentaba? ¿Por qué he dejado este asilo de tranquilidad? ¡Cuán dulce es fijarse uno aquí con inocencia y con toda su razon! ¡Y qué penoso es refugiarse en este recinto trayendo las pasiones que en él se detentan! ¡En esta soledad austera todo estaba de acuerdo con mis sentimientos, y hoy lo hallo todo opuesto! Con una alma agitada y trastornada ¡cómo puedo experimentar la dulce influencia del aire tranquilo que aquí se respira!” Al pronunciar estas palabras se oyó un ruido extraordinario: al mismo tiempo varias religiosas atravesaron el claustro: todas tenían sus velos echados, y pasaban rápidamente como las sombras, sin responder á las preguntas de madama de Themine. Madamisela de la Valliere se sobresalta: crece el ruido, y bien presto se oye abrir con estrépito la gran reja de hierro del convento, que advierte á todo él la llegada de un obispo ó de un príncipe, porque aquella puerta no se abre jamas sino para estos grandes personajes.

Una involuntaria alegría hizo palpar el

corazon de madamisela de la Valliere; y al mismo tiempo la sorpresa, el temblor y la inquietud la hielan la sangre y la dejan inmovil. Una multitud de religiosas con sus largos velos desplegados se adelanta confundidamente, abren paso, y dejan descubrir á los ojos de madamisela de la Valliere, perturbada, al rey que se adelanta hácia ella. "¡Oh amiga (exclamó entonces madamisela, arrojándose en los brazos de madama de Themine), socorredme!" Al punto por un movimiento tan pronto como involuntario, quiere huir, y se arroja al pie de una cruz de hierro colocada junto á la fuente. Madama de Themine no se atreve á seguirla; pero incapaz de abandonarla, se está en pie en la entrada de un arco, y volviéndose hácia ella la mira atentamente. El rey corre á madamisela: "¿Qué temeis? (la dixo cogiéndola una mano) ¿hay aquí otro desgraciado mas que yo? ¡Pero no, yo no debo suplicaros, yo debo quejarme y pedir os justicia contra vos misma! ¿He merecido yo este trato cruel? ¿Por qué huís? ¿por qué reducís á la desesperacion al que os ha manifestado

constantemente tanto respeto y sumision? ¿Qué teneis que echarme en cara que pueda autorizar esta fuga que me ultraja? ¿Qué mas haríais si hubiérais tenido que reprimir deseos temerarios, ó vengaros de una audacia injuriosa? No, vos no sois capaz de un exceso semejante de ingratitud: aquí os han traído á pesar vuestro: no, vos no quereis abandonarme, venid." Diciendo esto quiere llevársela con violencia: ella se resiste y se abraza fuertemente con la cruz: con este movimiento se la desatan sus largos cabellos y la caen sobre las espaldas: su violenta conmocion prestaba á su tez un brillo sobrenatural. Su postura, y la expresion de su fisonomía eran tan sublimes, que jamas pareció al rey tan bella como entonces. Quiere levantarla dulcemente, y madamisela mira á su amiga, llamándola con una voz dolorosa: madama de Themine corre á socorrerla: el rey se vuelve hácia ésta y la echa una mirada terrible; pero madama de Themine baja los ojos, y se adelanta con resolucion. "Venid (dijo el rey), que el coche nos espera, y el diferirlo mas seria presentar aquí una es-

cena escandalosa. Venid pues." "¡Cómo, Señor! (dijo madama de Themine) ¿en su edad ir en un coche mano á mano con vuestra magestad?" El rey por segunda vez mira con la mayor indignacion á esta jóven desconocida que osaba oponerse á su voluntad: pero esta mirada terrible que explicaba toda la indignacion de un rey, no pudo intimidar á madama de Themine, que tenia siempre los ojos bajos con modestia, respeto y compostura; mas al mismo tiempo manifestaba la firmeza de su carácter. Despues de un momento de silencio volvió el rey á tomar la palabra: "Y bien Madama (la dijo), venid con ella á san German." "No señor (respondió madama de Themine): yo daría mi sangre si fuera menester, por impedirle el ir allá otra vez: yo la seguiré si vuestra magestad lo manda; pero jamas la conduciría voluntariamente." "Venirá sola conmigo (replicó el rey con aire); y si esta determinacion es irregular, á mi cargo queda justificarla." "No, no" (dijo madamisela de la Valliere gimiendo y defendiéndose siempre). Esta larga resistencia, y sobre todo la presencia de madama de Themine, desen-

tonó al rey. "Vos quereis hacirme tirano (exclamó con voz formidable); pues lo conseguireis." Este tono amenazador hizo temblar á madamisela de la Valliere; pero sin embargo redobla sus fuerzas, su corazon se endurece, sus lágrimas cesan, y sus brazos se afirman: "no me arrancarán de aquí" (dice apretando mas y mas la cruz que tenía abrazada). El rey, tan sorprendido como admirado de esta vehemencia que veía en ella la primera vez, y que le era tanto mas extraña quanto observaba que su rostro angelical explicaba á un mismo tiempo el dolor y el terror: "¡Ah! serenaos (la dijo): El que os aprecia ¿puede dejar de ser generoso? ¿Y vos, vos sereis despiadada, quando lo pasado os responde de mí, y quando la felicidad de veros me basta? Quando os renuevo el juramento de respetar siempre vuestro modo de pensar, ¿renunciaréis al amigo desgraciado que no sabrá vivir sin vos? ¡Qué inútil es este poder que la suerte me ha dado, si nada puedo sobre vuestro corazon! ¿Y qué me importa la gloria del mundo si os pierdo? ¡Ah! venid á reanimar esta alma abatida. Sin

vos no puedo nada: pero junto á vos ¿podré dejar de reinar sin esplendor? Vuestra sola presencia me volverá el entusiasmo y el justo amor de la virtud: ella me lo dará todo, hasta el valor de moderar esta inclinacion que os espanta." Este lenguaje seductor hizo demasiada impresion en el ánimo de madamisela. El rey lo conoce, aprovecha este momento, la levanta y se la lleva. "¡Desdichada!" (exclamó madama de Themine). El rey precipita su marcha; y madamisela de la Valliere gimiendo, enagenada y sin poder sostenerse, no se entrega como una amante apasionada, pero se deja conducir como una víctima. Al arrimarse á la puerta volvió mas en sí, y fue para experimentar un profundo sentimiento de confusion y vergüenza al ver las religiosas consternadas, envueltas en sus velos, con las cabezas bajas como por no verla. "¡Dios mio! (dijo): ¿con que yo no he vuelto á este respetable asilo sino para profanarlo?" Abrieron la puerta y hallaron en el patio un coche con ocho caballos: el rey sube á él con madamisela de la Valliere, y marchan. El rey la renovó sus protestas de

una sumision sin límites: tuvo la delicadeza de no hablar de su amor; pero sí de su respeto, de su admiracion y de su reconocimiento. Para entregarse al placer de escucharle, madamisela se persuadió facilmente de que el rey iba de buena fe, y que en adelante solo exigiria de ella confianza y amistad. Luego que hubo recobrado su serenidad, le preguntó cómo habia sabido su fuga: y el rey la contó que dando audiencia á los embajadores de España habia oido pronunciar su nombre con un aire misterioso al duque de Saint-Aignan y al marques de Sourdis que estaban hablando en el hueco de una ventana: que acordándose del estado en que la habia visto la víspera, se acercó con inquietud al duque para preguntarle: y que habiéndole respondido que madamisela de la Valliere habia ido á encerrarse en el convento de Chaillot, habia dejado precipitadamente á los embajadores para ir á pedir un coche, y que no pudiendo esperarle habia bajado á las caballerizas, habia él mismo ensillado un caballo, á fin de marchar sin detencion, dejando orden á sus criados de ir á

buscarle con el coche á Chaillot (1). El rey añadió, que no siendo criminales sus ideas, y siendo la conducta de madamisela de la Valliere irreprehensible, no tenia necesidad de andar con disimulos, y que por lo mismo publicaría altamente la verdad: que diría que madamisela de la Valliere habia dejado la corte sin su noticia, con el designio de no volver á ella: que habia tenido mucho que hacer para traerse una persona digna de toda su estimacion, y que poseía su confianza; y que el sacrificio que le habia hecho de sus resoluciones y proyectos le unian á ella para siempre con todos los vínculos del mayor reconocimiento.

En efecto, luego que llegaron fue el rey inmediatamente á ver á la reyna-madre, y la habló como lo habia anunciado. "En verdad (le dijo la reyna despues de haberle escuchado) que ya no sois dueño de vos mismo." "A lo menos (replicó el rey) yo probaré que lo soy de los que me ultrajan (2)." Dijo

(1) Relacion enteramente histórica.

(2) Propias palabras de la reyna-madre y del rey.

esto por Madama y la condesa de Soissons, que no podian disimular su aborrecimiento á madamisela de la Valliere. Los otros enemigos de ésta se habian guardado muy bien de mostrar semejantes sentimientos; y hasta el conde de Guiche y el marques de Vardes, no obstante su estrecha amistad con Madama y la condesa de Soissons, se conducian con tanta destreza y falsedad, que el rey estaba persuadido á que miraban con mucha benevolencia á madamisela de la Valliere, y por esto los trataba siempre con el mismo favor. Habló tambien á la jóven reyna de la fuga de aquella, atribuyéndola á los caprichos y enemistad de Madama. Pero la reyna, ya fuese por prudencia ó por credulidad, no manifestó quedar sospechosa, y desde entonces trató á madamisela de la Valliere mejor que nunca, recibéndola sin Madama hasta lo interior de su cuarto: distincion que no dispensaba á ninguna otra camarista de aquella princesa. En fin, el rey tuvo con esta una larga sesion sobre el asunto: empezó hablándola en tono de confianza: confesó el grande afecto que tenía á ma-

damisela de la Valliere, y elogió su virtud y su carácter. Madama se sonrió con desden, y respondió con altivez, que ella no debía ni recibir semejante confianza, ni favorecer una intriga de aquel género: añadiendo que solo la autoridad del rey podía conservar á madamisela de la Valliere su plaza cerca de ella: pero que no pudiendo ya mirarla en adelante como personalmente adicta á su persona, no la llevaría mas en su séquito, ni la admitiría tampoco en su tertulia privada, ni la recibiría sino los dias que su cuarto estaba abierto á todas las personas presentadas (1).

“Yo quiero (dijo friamente el rey) que madamisela de la Valliere conserve una plaza á la cual da honra: en lo demas, Madama, yo no os prescribo nada. Yo la veré en su cuarto, y en los de las reynas, que la recibirán con la atencion que es debida á una persona de conducta sin tacha, á quien estimo y respeto.” Seguidamente se levanta el rey, se retira, y deja á Madama en la violenta agi-

(1) Se ha moderado mucho la respuesta de Madama, porque no se podrían leer sin disgusto sus propias expresiones.

tacion de una cólera que rayaba ya en furor.

El conde de Guiche estaba ausente por quince dias: Madama no podia consultar sobre esto sino á la condesa de Soissons, la cual la dió consejos violentos, para cuya ejecucion se hallaba demasiado dispuesta; y en consecuencia mandó llamar á madamisela de la Valliere para declararla todo lo que habia dicho al rey: pero lo hizo con las expresiones del mayor desprecio, y mostrándola sobre todo acerca de su conducta una opinion muy injuriosa. Madamisela de la Valliere en las circunstancias comunes de la vida se intimidaba facilmente; pero tenia tanta elevacion de alma como modestia. Pura todavía y sostenida por el testimonio de su conciencia, creyó no debia dejarse abatir por este exceso de injusticia. "Yo obedeceré al rey (dijo) no dejando la plaza que quiere conserve, y me tendré por muy dichosa dándole esta prueba de respeto y sumision, asegurada por otra parte de que en ello no perderá nada la dignidad de un carácter que nada tiene que echarse en cara, ni la reputacion de una conducta sin tacha." La firme-

za de esta respuesta confundió á Madama, y exclamó arrebatada, que no la sorprendía que madamisela de la Valliere desmintiera su fingida dulzura, acusándola de falsa, hipócrita; y perdiendo la razon y atropellando toda medida, añadió que se quejaría al rey de su *insolencia*. *No solo* (respondió con serenidad madamisela) *el rey no creerá lo que no es; pero ni aun creería lo que es, si se lo contáran, porque no podría persuadirse á que Madama olvidase hasta tal punto su propia dignidad*. A estas palabras, Madama fuera de sí mandó con imperio á madamisela de la Valliere que se retirase, é hizolo así sin decir una palabra, guardando un silencio profundo sobre este amargo y doloroso lance: pero Madama que no tuvo ocasion de hablar al rey de ello, porque ya no iba á verla, se quejó amargamente á la reyna-madre, que la escuchó con frialdad, contentándose con exhortarla á que mostrase mas moderacion.

No recibiendo Madama los dos dias siguientes sino á los de su intimidad, madamisela de la Valliere no se presentó en su

cuarto: pero al otro dia, que era de gala grande, fue á él sabedora de que el rey no asistiría; y por primera vez se adornó con los primorosos brazaletes que el rey la habia regalado, que hasta aquel dia no se habia puesto. Tenía unas manos y brazos hermosísimos, y este brillante adorno los hacía mas notables todavía. Llevaba guantes; y para evitar todo aire de afectacion resolvió no quitárselos hasta ponerse á jugar. Pero la casualidad la proporcionó otra ocasion mas natural. Madama en el momento que disponían las mesas de juego recorrió el circo para hablar á las damas que la hacian la corte: cayósela el abanico, y madamisela de la Valliere que se hallaba inmediata á ella, se adelantando, se quita el guante (segun la etiqueta) á fin de presentarla el abanico: la vista del magnífico brazalete, de que se conservaba una memoria tan viva, hizo en Madama una impresion tan desagradable, que no pudo resolverse á recibir su abanico de una mano semejante; y mirándola con enojo, con despecho y con cólera, la mandó lo pusiese sobre una mesa, lo que ejecutó al instante sin al-

terarse. Madama se colocó en su mesa de juego: las otras camaristas y todos los que componian su corte, al ver descubiertamente su aborrecimiento á madamisela de la Valliere, la trataron con la mayor frialdad: adulacion á Madama, que nada la daba sujecion no estando presente el rey. Pero madamisela de la Valliere no quedó abandonada en esta numerosa concurrencia. Todos sus amigos se hallaban en ella: el duque y la duquesa de Saint-Aignan; el duque de Longueville, siempre amante, aunque sin esperanza; Beringhen; Benserade; el duque de Roquelaure, y el marques de Sourdis. Todas estas personas la rodearon, no la dejaron en toda la noche, y pareció que solo se ocupaban en obsequiarla. Esta conducta les atrajo la desgracia completa y declarada de Madama, pues no volvió á admitirlos en su tertulia privada.

A continuacion el rey hizo consentir á madamisela de la Valliere que le recibiese en su cuarto alguna vez, con condicion de que no iría jamas solo, y que ella á la misma hora recibiría tres ó cuatro señoras de la cor-

te, tratadas mal de Madama, las cuales hallaban un gran placer en despreciarla, haciendo la corte al rey. Fue una gran novedad en san German ver que el rey visitaba á una jóven soltera, y que lejos de tener el título de cortejo, manifestaba siempre la misma modestia y los mismos principios. Los amigos de madamisela de la Valliere decian públicamente que haciéndola el rey esta particular y extraordinaria distincion, no pretendia sino indemnizarla de las injusticias de Madama, y añadian en secreto que madamisela de la Valliere era la amiga del rey, porque no habia querido ser su dama.

Las muchas personas que no creen jamas lo que se aparta del órden comun de las cosas, se burlaban de esta opinion: otras pensaban con mas razon, que madamisela de la Valliere sería la víctima del peligro á que se exponía con inocencia y confianza: en fin, la conducta del rey y la de ella estaban admiradas de las gentes sensibles, generosas y crédulas, á quienes llaman por irrision caracteres quijotescos: en efecto, ellos piensan muchas veces mal, porque aman apasionada-

mente lo más hermoso que hay en el mundo, que es lo maravilloso de los sentimientos y de la virtud: este *maravilloso* es ciertamente muy raro, pero no es ideal: ¡dichoso el que puede conservar siempre la noble ilusión que lo hace ver, ó la esperanza de descubrirle! El rey, fiel á su promesa, no fue á ver á madamisela de la Valliere sino acompañado de Beringhen ó del duque de Lauzun. Con la esperanza de ser amado, todo lo aguardaba del tiempo; pero se gloriaba mucho de hacer gozar entretanto á madamisela de la Valliere todos los honores debidos á la sola virtud, de confundir á sus enemigos, y quitar á Madama todos los medios de poderla obscurecer: no solo no buscaba las proporciones de verla sin testigos, sino que en medio de la concurrencia escogida que hallaba en su cuarto, procuraba no sentarse junto á ella, ni hablar jamas misteriosa y secretamente una palabra que pudiese descubrir su amor. No la escribía; pero se indemnizaba de esta sujecion con el placer de honrar al objeto que adoraba, con la dicha de admirarla; y en fin, con la satisfaccion de ven-

gar la inocencia, y humillar el orgullo de Madama.

Asegurada madamisela de la Valliere con una conducta tan pura, tan franca y desinteresada, cada vez amaba mas al rey, y por consecuencia con mas peligro suyo: persuadida por cuanto la rodeaba á que todo el mundo sin excepcion hacia justicia á su carácter y á sus sentimientos, y que sus enemigos queriendo tambien calumniarla la tenian en la opinion que era debido; gozaba mucho menos de este triunfo por ella misma, que por el rey, á quien atribuía toda la gloria, como que para sus ojos él era el que merecía todo elogio, y una verdadera admiracion. Estas dulces ideas la tranquilizaron de manera que jamas la vieron ni tan amable ni tan interesante. Todos los que se arimaban á ella quedaban prendados de la finura y exâctitud de sus ideas, de su afabilidad llena de gracias, de su igualdad de humor, de la dulzura de su carácter, y de su indulgencia y bondad, jamas desmentidas.

Este era el estado de la corte cuando despues de três semanas volvió á ella el con-

de de Guiche, que quedó asombrado de las imprudencias que habian dejado cometer á Madama. Esta misma, aunque irritada mas que nunca, empezaba á arrepentirse de ellas, porque veía á pesar de su elevada gerarquía, cuán diferentes son los homenajes rendidos solamente al nacimiento, de los que se prodigan al favor. El conde de Guiche antes de todo la prometió vengarla: en seguida la hizo conocer que era preciso se arrimase al rey aunque solo fuera aparentemente, porque se trataba menos de volver á ganar su amistad, que de aparentarlo y hacerlo creer á toda la corte, ó á lo menos inducir la á una duda que á los cortesanos les hiciese obrar con reserva; porque en la corte sobre todo los probabilistas solos tienen una poderosa influencia sobre las conductas. Este género de cálculo es prudente porque dirige siempre las acciones de aquellos á quienes el interes y la ambicion dominan.

El conde se encargó de preparar un acomodamiento; y sin decírselo á Madama, que se habria opuesto, fue á ver á madamisela de la Valliere: la pintó á Madama abatida, deso-

lada, con un gran afecto hácia el rey, y sin poder soportar la frialdad que la separaba casi enteramente de su persona. Cualquiera otra en el lugar de madamisela de la Valliere, orgullosa con una confianza que en el fondo venía á ser una súplica, habría respondido con las medidas expresiones del respeto, pero con la arrogancia del rencor y de la soberbia: habría exâgerado el resentimiento del rey á fin de acordar sus agravios personales, y de hacer valer su mediacion: pero ella respondió con su candor ordinario manifestando un dolor sincero de ser la causa inocente de la desunion del rey y de Madama, y el deseo que tenía de su reconciliacion; y á fin de no atribuirse el mérito de ella, aconsejó al conde lo dijese al rey: y como si este paso fuese suficiente no prometió apoyarlo: sin embargo aquel dia mismo escribió al rey participándole lo ocurrido con el conde, y diciéndole cuanto podia moverle á favor de Madama. El rey volvió á verla particularmente, y ambos se hallaron cortados: se hablaron con sequedad, pero con mucha política, y se separaron po-

co satisfechos de esta visita. A pesar de esto, los amigos de Madama publicaron que ésta habia quedado encantada del rey. El dia siguiente pareció Luis en la tertulia de Madama, que hizo decir á madamisela de la Valliere que podia volver á ella con sus otras compañeras: la llevó varias veces á ver á las reynas; pero tratándola siempre, si no con desden, á lo menos con frialdad. La sujecion que se imponía, y que costaba tanto á su carácter, aumentó su aborrecimiento contra la que la arrebatava su favor y su crédito, y que la obligaba á una especie de reparacion hácia ella: en fin, veía á su rival triunfante, adorada é irrepreensible todavía. La negra envidia envenenó su alma y desterró de ella todos los sentimientos de justicia y generosidad: solo la quedó la abominable pasion de la venganza, y así se pasó el invierno.

La pasion del rey se aumentaba cada dia mas: una visible alteracion se le notaba en su humor: entristeciósese, metiósese en sí, y se puso pensativo: en fin, escribió á madamisela de la Valliere, no como un amigo virtuoso, sino como un amante descontento y

apasionado. Entonces conoció ella cuanto se había engañado: en su primer movimiento de sorpresa y de dolor, dió al rey una respuesta que lo desesperó. La venganza se unió á la pesadumbre del rey: la virtud que tanto había admirado, no le pareció ya sino ingratitud, y juró curarse de su pasión. Sin embargo ¿cómo podía desterrar de su corazón y su memoria á una muger tan modesta, tan sensible y tan virtuosa? Cuando no nos acordamos sino del talento, de las gracias y hermosura de la que amamos, podemos olvidarla comparándola con otras mugeres: ¡pero pocos objetos de comparacion se encuentran cuando traemos á la memoria sobre todo el hechizo del candor y de la inocencia! No obstante el rey se retiró de madamisela de la Valliere. La condesa de Soissons aprovechó este instante para presentar á la corte á madamisela de la Mothe-Houdancourt, jóven de una brillante hermosura, á quien Madama admitió al instante en el número de sus camaristas. El rey quedó deslumbrado al verla, y cayó en la red que le armaron. Este enredo fue solamente una

ligera distraccion, pues al cabo de dos meses volvió á madamisela de la Valliere con la submission que produce el arrepentimiento, y con mas ardor que nunca: pero ella, inflexible y fortificada acaso con la infidelidad del rey, manifestó el mismo rigor.

El rey cayó en una profunda melancolía que influyó visiblemente en su salud. En este estado se vió en la necesidad de abrir su corazon. Beringhen y Benserade no habian sabido sino por casualidad el secreto del rey: ahora necesitaba consejo y amistad, y así eligió por confidente suyo al duque de Lauzun: este era el hombre de la corte á quien mas quería, no obstante sus ideas caballerescas y cierto modo de pensar raro, que naturalmente debia desagradarle, como persona de tanto gusto y de un modo de obrar tan natural. El modo de conducirse de Lauzun era diferente del de los demas, y su afecto al rey tan grande, que se manifestaba en mil acciones singulares: su entusiasmo sincero y fundado le daba el privilegio exclusivo de alabar al rey con exceso en su presencia: estos elogios cansados y extrava-

gantes jamas se parecian á la lisonja, porque tenían el tono de la pasión: *el rey* (como lo decía con agudeza madama de la Fayette) *manifestaba burlarse de él* (1): pero en el fondo del alma todas sus locuras le divertían, le parecian oportunas, y sobre todo, aquel afecto sin límites le complacía. Por otra parte el ardiente valor de Lauzun, su bizarría y su magnificencia le agradaban: y así pensó el rey con razon, que siendo tan brillante no podia ser ridículo, por mas singular que fuese.

Hecho cargo Lauzun de la confianza del rey, fue á ver á madamisela de la Valliere, y solicitó para él una cita, pero no la obtuvo. Lauzun se enfada, se arrebató, mas nada consigue. El rey noticioso de ello, ofendido y afligido verdaderamente, no tuvo fuerzas para superar, ni disimular siquiera su pesadumbre: y así el mismo dia cayó con calentura, y al siguiente se halló tan débil, que no pudo levantarse: acudieron los médicos y convinieron en que era una enferme-

(1) Véanse las memorias de madama de la Fayette.

dad grave la que tenía su magestad. Al cuarto dia tuvo un gran delirio, y no habló sino de madamisela de la Valliere: preguntaba por ella, la llamaba, y creyendo verla la hablaba (1). Esta infeliz sufría mas que él, porque estaba mas en sí. Lauzun contándole todas estas cosas, y exâgerando el peligro del rey, la despedazaba el corazon, y así cayó tambien ella tan mala que fue preciso sangrarla al instante. Entonces conoció todo el mundo claramente, y hasta los incrédulos, que ella habia resistido á la pasion que inspiraba despues de un año, aunque participaba tambien de ella. El estado del rey, y la tristeza tan profunda que le habia precedido, no podian dejar duda alguna sobre ello. La reyna-madre envió varias veces á saber cómo se hallaba; y Madama tuvo el disgusto de ver que toda la corte se interesaba tambien en la salud de madamisela de la Valliere. El rey volvió prontamente á su acuerdo, y Lauzun le dió esperanzas, instruyén-

(1) Relacion verdadera. Véanse las memorias de Bussy.

dole de lo que aquella habia padecido, y de que la decidiría á que fuese á verle. En efecto, al dia siguiente hizo esta proposicion á madamisela de la Valliere, persuadiéndola á que la vida del rey pendia de este paso, y ella resolvió el darlo. A la caida de la tarde la condujo Lauzun por unos corredores poco frecuentados, y bajando una escalera, á cuyo pie se hallaba una puerta, y cuya llave tenia él, entró en el cuarto del rey (1). Este príncipe, que la esperaba, se habia levantado para recibirla, aunque se hallaba todavía con bastante calentura. Lauzun sosteniendo á madamisela de la Valliere, se arri-
ma al rey con un aire de triunfo, y arrojando á sus pies la espada y los guantes, dijo: *“Señor: sed desde ahora para siempre el depositario de todos mis sentimientos, y de toda mi fidelidad: el que no os ama de este modo no merece que vos le ameis (2).”* Despues de esta accion extraordinaria y esta especie de leccion dada á madamisela de

(1) Memorias de Bussy.

(2) La accion es verdadera. Memorias de madama de la Fayette.

la Valliere, pasó á una galería inmediata al cuarto del rey. Madamisela de la Valliere estaba tan turbada que ni aun aliento tenia para hablar una palabra: miraba al rey, á quien la palidez le tenia desfigurado; y éste conoció sin trabajo toda su ternura. No tenia necesidad de pintarle lo que habia padecido, ni el exceso de su amor, porque en su semblante y en toda su persona tenia la prueba mas convincente de ello: pero se quejó dulcemente, y cada palabra se insinuaba hasta el fondo del corazon de madamisela de la Valliere: pidióla permiso para ir á verla en secreto, y al fin obtuvo un consentimiento que por tan largo tiempo se le habia rehusado. El horrible miedo de causarle una revolucion funesta aniquiló en aquel instante los proyectos y las resoluciones mas sabias y juiciosas.

Una parienta suya que debia estar un mes ó cinco semanas en la corte, vivia entonces con ella, y prometió al rey le recibiría cuando se hubiese ido su huésped. La alegría y el enagenamiento del rey la dieron á conocer demasiado la imprudencia del em-

peño en que se habia constituido, y así no pudo contener las lágrimas. “¡Ah! (exclamó) yo voy á perder mi reputacion y mi reposo: pero vivid, sed dichoso!” Diciendo estas palabras se levanta, llama á Lauzun, y marcha.

Pocos dias despues de esta visita recibió ya el rey, y despachó con sus ministros. Durante las cinco semanas que tenia que esperar para conseguir una cita deseada con tanto ardor desde tan largo tiempo, hizo disponer unas fiestas magníficas que debian durar cuatro dias, y que solo daba por madamisela de la Valliere: al cabo de un mes se fue á París con toda la corte, y se aposentó en el palacio del Louvre. Madamisela de la Valliere conocía ya la intencion de estas fiestas; pero ignoraba su plan. Desde luego se hizo un circo enfrente de las Tullerías, en un vasto recinto que ha conservado el nombre de la plaza del *Carrousel*. Hubo cinco cuadrillas: el rey estaba á la cabeza de los romanos: su hermano á la de los persas: el príncipe de Condé de los turcos: el duque de Enghien, su hijo, de los indios: y el duque de Guiche de los americanos. Las reynas y las

damas de la corte estaban debajo de un dosel en este espectáculo. El conde de Saulx, hijo del duque de Lesdiguiere, se llevó el premio, que recibió de mano de la reyna-madre (1).

El segundo día tenían los que debían correr, trages de los antiguos caballeros: el rey representaba á *Rogelio*; y todos los brillantes de la corona centelleaban sobre su vestido y el caballo soberbio que montaba: de modo que obscurecía á todos los señores de su corte con su magnificencia; y sobre todo con la gracia y magestad de su semblante. Los caballeros iban precedidos de reyes de armas, de pages y de escuderos que llevaban sus broqueles, sobre los cuales estaban trazadas sus divisas, y varios versos escritos con letras de oro, compuestos por Benserade. Antes de los juegos todos los caballeros desfilaron por delante de las reynas y trescientas damas, colocadas bajo de arcos triunfales soberbiamente decorados (2). La divi-

(1) Siglo de Luis XIV.

(2) Siglo de Luis XIV.

sa del rey hacía alusion á la modestia y á los atractivos de madamisela de la Valliere. Era una rosa entreabierta y medio escondida bajo sus hojas con estas palabras: *Cuanto si mostra men, tanto è piu bella* (1). Divisa que podia aplicarse á todas las jóvenes, y que no designaba sino á una sola. Al pasar el rey por debajo de los arcos triunfales no vió ni miró sino á madamisela de la Valliere: ésta estaba sentada detras de una compañera suya, y el color mas encendido hermoseaba su amable rostro, el cual no vió enteramente el rey: sin embargo observó una dulce mirada: y al instante volviéndose del otro lado se ocultó del todo: entonces el rey bajando los ojos á su divisa encontró en ella su propia imágen, porque en aquel momento la alegoría era perfecta.

El rey ganó cuatro veces el premio en los juegos, y lo habia deseado, como que combatía á la vista de madamisela de la Valliere. Pero no recibéndolos de su mano, los

(1) Quanto menos se muestra, tanto es mas bella. Véase la colección de divisas del padre Bouhours.

dejó disputar despues á los otros caballeros, á quienes los abandonó (1). Las otras fiestas se dieron en los jardines de Versailles, que se acababan de concluir. El rey pasó allá con toda su corte, compuesta de seiscientas personas, que fueron bien pagadas, é igualmente todos aquellos que se emplearon en los preparativos de semejantes primores. El rey y la juventud de la corte representaron todas las divinidades de la fábula. Desde luego se vió un carro magnífico sembrado de rosas, en el cual estaba medio recostada Madama, bajo los rasgos de la Aurora: en seguida vino el brillante carro del Sol conducido por el rey, que representaba á Apolo: este carro de magníficos y resplandecientes dorados, tenia diez y ocho pies de alto, quince de ancho, y veinte y cuatro de largo. Las cuatro edades de oro, de plata, de bronce, y de hierro: los signos celestes, las estaciones (entre las cuales madamisela de la Valliere se hallaba bajo la figura de la Primavera) y las horas seguian á pie este carro.

(1) Siglo de Luis XIV.

Todo estaba perfectamente caracterizado. El último carro, que era el de Diana (representada por la joven reyna) rodeado de sus ninfas, terminaba esta especie de comparsa. Este carro era de plata, decorado de guirnaldas de adormideras; y la noche, y los sueños ligeros la seguían. La reyna-madre y todos los demás espectadores estaban bajo de arcos de hojas y flores, adornados con quinientas arañas, verde y plata, llenas de bugías que se encendieron por la noche: una balaustrada dorada cerraba este vasto recinto, que todas estas divinidades del Olimpo pasearon magestuosamente varias veces con el orden que acaba de describirse. Durante este tiempo una numerosa orquesta colocada fuera del circo tocaba delicada música instrumental y vocal. Las letras de los coros compuestas para la fiesta, estaban llenas de alusiones delicadas y finas sobre las personas que representaban las deidades de la fábula, y sobre las pasiones que animaban la corte (1). Alguna vez cesaba de pronto la música, la

(1) Siglo de Luis XIV y obras de Benserade.

marcha paraba, y uno de los actores (que formaba una especie de pequeña escena) recitaba versos hechos para las reynas ó para las princesas. Benserade aproximándose al carro de Apolo, dirigió al rey los versos siguientes:

Yo dudo que de vos digan

lo de Dafne y Faeton;

de aquella por inhumana,

y de éste por su ambicion:

porque ahora no hay ya lazos

para vuestra prevision.

¿Mas cómo ha de hallarse medio

de imaginar que os huyó

una muger, y que un hombre

fue al fin quien os arrastró?

Acabada esta marcha, y ya de noche, se encendieron las arañas; y cuatro mil grandes hachas además acabaron de iluminar el espacio donde se daban las fiestas. Una montaña movible, iluminada con arte y cubierta de verde, de arbustos floridos y divinidades de los bosques, se adelantó hácia el recinto al son de instrumentos campestres, y se vió

descender al dios Pan, seguido de Amadriadas, de ninfas de los prados, y de una tropa de pastores que formaron un baile, y despues prepararon las mesas. Las ninfas que no habian bailado las cubrieron de lo mas delicioso que producen las campiñas y los bosques. Despues de este banquete quitaron las mesas: entonces la montaña se transformó de golpe en teatro, donde se vió representar la vez primera *la Princesa de Elide* compuesta por Moliere. El dia siguiente se ocupó en fiestas de otro género, pero magníficas tambien. Se puso en el parque una gran porcion de tiendas llenas de alhajas y de diamantes comprados por el rey, y se convidó á todas las damas á escoger lo que mas las agradase. En seguida tuvieron un espectáculo hecho para dar un verdadero brillo á esta fiesta, y asistieron á la representacion primera del *Tartuffe* (1). Cuando las fiestas presentan la reunion de cuanto la magnificencia puede ofrecer, y lo mas brillante y encantador que pueden producir el inge-

(1) Siglo de Luis XIV.

nio y la galantería, las diversiones ingeniosas y nobles, queda siempre de ellas una eterna memoria, aunque la razon deba desaprobárlas sin duda, como exceso de prodigalidad; pero ellas sirvieron á lo menos en aquel reinado para estimular los talentos y perfeccionar las artes. Lejos de inspirar la pasión del lujo, disgustaron ó hicieron mirar con tédio todo lo que era pequeño y mezquino, pues la puerilidad del gusto es ciertamente la que arruina á los particulares. Esta gran magnificencia de Luis XIV no tuvo sobre las costumbres ninguna perjudicial influencia, porque era superior á toda imitacion. Este príncipe era tan grande en todo, que no podian dejar de admirarle. Por otra parte era imposible que particular alguno, aunque prodigase tesoros, tuviese á sus órdenes para inventar, disponer y componer sus fiestas hombres semejantes á Racine, Moliere, Quinault, y Boileau.

En medio de estos encantos, de estas seductoras escenas de todo género, y del embeleso que debia sentir la que era el objeto de estas suntuosas fiestas, el rey se acer-

caba á menudo á madamisela de la Valliere, sobre todo para acordarla la promesa que le habia hecho de que se verían secretamente. Esta imprudente promesa no estaba olvidada, y era ya difícil retractarse de ella.

Dos dias despues fue el rey oculto á verla: estuvo dos horas con ella respetuoso y reservado, pero sin contener ya la viva expresion de sus sentimientos. Por primera vez no se le impuso silencio, y se le respondió sin querer y sin reflexion. ¿Comprendemos acaso la fuerza que tienen aquellas palabras involuntarias que se escapan del fondo del corazon? ¿Y sabemos por ventura que una mirada, una sonrisa y un suspiro han descubierto á veces el pensamiento mas íntimo?

Cuando madamisela de la Valliere se halló sola fue imposible desechar las reflexiones que de tropel se la vinieron al entendimiento. ¡Acababa de conceder una visita secreta, y de ofrecer otra! ¡Ella era partícipe y autorizaba una pasion criminal! Cada una de estas ideas la estremecia y la causaba una conmocion dolorosa que parecia

disipar todo el encanto del amor: despues de un paso tan culpable, y con un corazon tan puro, ya no podia cegarse mas: la brillante luz, aunque terrible, producida por los remordimientos de la conciencia hizo disipar sus ilusiones mas queridas. Ya no cuenta consigo misma, porque habia perdido el derecho: se ve en el borde del abismo, y no hay prestigio seductor que la oculte su profundidad: mira bajo sus verdaderos rasgos la vergüenza y el arrepentimiento: ¿y qué esperanza de felicidad podria unirse á esta espantosa imágen? Ella no conserva de su passion sino una sensibilidad insuperable: el amor despojado ya para ella de sus atractivos podria tiranizarla, mas no seducirla: vencida sin engañarse, ya no la queda sino un funesto error cual es el decirse: *¡si huyo otra vez, no sobrevivirá á mi pérdida!*

El rey debia venir al otro dia, y madamisela de la Valliere estuvo tentada mil veces aquella mañana de escaparse de la corte é ir á buscar un asilo en la Turena: pero una carta apasionada del rey que recibió en aquella ocasion, la quitó el valor y la resolucion

de ejecutar tan acertado proyecto; y así volvióle á ver en el cuarto de Madama, y su presencia, sus discursos y modales la inspiraron cierta confianza, aunque abusiva, proponiéndose para acallar su conciencia agitada pedirle con franqueza el permiso de retirarse, á lo menos por algun tiempo, de la corte. Una hora antes de la cita subió á su cuarto para esperar al rey: durante este tiempo experimentó la mas penosa y violenta agitación: todas las reflexiones que ya tenia hechas se presentaron confusamente á su imaginación: se espantaba de su temeridad, no tenia sosiego, se levantaba, andaba por el cuarto, miraba el relox, veía acercarse la terrible hora, ¡y el menor ruido la sobresaltaba! “¡O tormento cruel de un amor ilegítimo!” decia dejándose caer en una silla: “¡Ah! si yo hubiera previsto bien todo lo que sufro, ¡qué esfuerzos no habria hecho para evitar mi pérdida! ¡Cómo! ¿no es tiempo todavía? ¿Pero quién me arrancará de este funesto lugar? ¡Yo me hallo sola, abandonada, y busco en vano el apoyo de una mano que me socorra!” Diciendo esto entra el

rey, y dando un grito al verle, se desmaya; y solo vuelve en sí para tener que llorar toda la vida.....

Sean los que fueren los caprichos de la suerte y de la fortuna, solo hay en la vida una revolucion verdaderamente terrible y horrorosa, y es la que produce en un corazon sensible la accion criminal que rompe todos los vínculos del deber. ¡Cuán horrible cosa es perder en un instante el feliz derecho de estimarse á sí mismo, de buscar en vano el sosiego del alma, no hallar concierto entre sus opiniones y su conducta, tener todavía los hábitos de la virtud, y verse empeñados en el camino del vicio, compararse con horror con lo que se era la víspera, no poder mirar lo pasado sino con envidia y lo futuro con espanto! En los infortunios puede servir de consuelo la memoria de los dias rápidos de la felicidad: pero el recuerdo de la inocencia perdida exâcerba los tormentos del culpable: sus acciones pasadas le parecen ajenas, como que ya no le honran, las desmiente, las abjura, y ellas mismas le condenan. ¡Qué situacion! ¡Qué trastorno de ideas!

¡Qué despedazamiento de corazón, y cuánto no se necesita entonces para acostumbrarse á sí mismo, esto es, para soportar sin desesperacion esta mudanza espantosa!

Madamisela de la Valliere humillada con el enorme peso de su inconsideracion, no opuso ya á la maledicencia de sus enemigos y á los tratamientos imperiosos de Madama, sino una profunda humildad: hasta entonces habia manifestado una dulzura mezclada de fiereza, que habia reprimido el deseo que tenian de darla los mayores disgustos: pero no hallándose ya sostenida de su conciencia doblaba la cerviz al yugo del aborrecimiento. El abatimiento y la visible mudanza que notaron en su persona, hizo pensar desde luego que el rey se habia cansado de ella: pero bien presto quedaron todos convencidos de lo contrario, porque acechando sus pasos descubrieron al cabo la verdad.

Madamisela de la Valliere creyó poder ocultar su debilidad, y quiso á lo menos que nadie la supiese con certeza: pero el tiempo la hizo ver el error en que estaba. El rey no se tranquilizó algun tanto hasta que se

persuadió á que con una gran prudencia sería posible tener para siempre oculto este misterio, pues nadie estaba en semejante confianza: ni aun las criadas de madamisela de la Valliere la habian descubierto. El rey prometió formalmente no confiar este secreto á Lauzun, y lo cumplió. A pesar de este cuidado, y otras mil precauciones, la inteligencia misteriosa de ambos no se escapó á las miradas penetrantes de Madama y de sus amigos, y por consiguiente á toda la corte. La jóven reyna fue la única que nada supo, porque hubiera sido arriesgado el decírselo abiertamente, pues el rey lo habria sabido por ella; y de otro lado era tambien muy odioso el dar un paso semejante. En vista de esto procuraron (aunque en vano) dársele á entender sin comprometerse, con palabras equívocas, con aquel aire misterioso, y con aquellos gestos estudiados, que tanto dicen sin hablar. Algunas veces afectaban compadecerla, mirando á su rival, suspiraban, se encogían de hombros, y trataban en su presencia á madamisela de la Valliere con una sequedad notable; Madama sobre todo

manifestaba á esta infeliz un desden insopon-
table: ella perdia el color, bajaba los ojos,
y devoraba sus lágrimas: observaban que en
su fisonomía hacian una impresion visible todos
los dardos que la arrojaban; ninguno se perdia
ni era rechazado; todos la traspasaban aquel
corazon sensible, que juzgándose él mismo
con tanta severidad, creía merecer semejan-
tes ultrajes, y los soportaba siempre con
una dolorosa resignacion, sin poder jamas
acostumbrarse á recibirlos. Todas estas ini-
cuas tentativas no instruyeron á la reyna
del secreto que intentaban descubrirla. Esta
señora estaba celosa de madamisela de Motte,
con quien el rey habia tenido un pequeño
devaneo, y esta preocupacion que duró mu-
cho tiempo, preservó á madamisela de la
Valliere de sus sospechas.

Madama y su amiga la condesa de Sois-
sons irritadas de la inutilidad de sus esfuer-
zos para abrir los ojos á la reyna, consulta-
ron sobre ello al conde de Guiche y al mar-
ques de Vardes: aquel propuso la extrava-
gancia mas peligrosa; pero esperaron que
aquella iniquidad perdería á madamisela de

la Valliere: y el odio, mas imprudente todavía que el amor, no se detuvo en adoptar un medio del cual esperaban las mejores resultas. Madama tenia una carta del rey de España, padre de la reyna; imitaron su letra, y supusieron otra de aquel monarca á su hija, en la cual la descubría todo el enredo de Luis y de madamisela de la Valliere: acabaron esta carta exhortando á la reyna á pedir á Madama que separase de su servicio y de la corte á madamisela de la Valliere (1). Bien pensaron que con el tiempo sabría la reyna que esta carta no era de su padre: pero se lisonjearon de que entretanto produciría el efecto que deseaban: que jamas serian descubiertos sus autores: que se quejaría á la reyna-madre, tan respetada del rey: que ésta exigiría de Madama el destierro de madamisela de la Valliere: y que á lo menos despues de aquella campanada, esta última tan dulce, tan tímida, y tan penetrada de sus sentimientos, no se atrevería

(1) Histórico.

á dejarse ver mas, y se alejaría para siempre de la corte.

Si no se conociera la funesta influencia que puede tener en los caracteres violentos una ambicion desmedida unida al odio, á la envidia y al orgullo irritado, sería imposible concebir que una cabala tan vil la hubieran tramado unas personas de una esfera semejante, y que hasta entonces habian manifestado tantas cualidades apreciables.

Se hallaban en san German, donde no debía dormir el rey, y convinieron en que aquella misma noche iría la condesa de Soissons á la corte de la reyna, y que con destreza dejaría caer la carta supuesta en la cama de esta princesa, y así lo ejecutó. Pero la Molina, criada española de la reyna, encontró esta carta, no se lo dijo á su ama, y al otro dia se la entregó al rey (1). Creyendo reconocer la letra del rey de España, Luis que no sabia bien el español, hizo que la Molina se la tradujese; y despues de haberla leído ésta le dijo al rey "que el len-

(1) Histórico.

guage era tan malo y tan ridículo, que no podia ser ni del rey, ni aun de español alguno." Júzguese cual sería la cólera y la indignacion de este monarca, pues queriendo averiguar prontamente el origen del enredo, no le permitió su impaciencia esperar á Lauzun, que se hallaba ausente, é hizo llamar al instante al conde de Guiche: éste tembló al entrar en el gabinete del rey: veía en su mano la fatal carta, y se creyó perdido. El rey, demasiado agitado para observar su turbacion, lo serenó al momento, encargándole el descubrimiento de los autores de aquella iniquidad. El conde procuró hacer caer las sospechas sobre madamisela de Montpensier: pero el rey le dijo que la estimaba y creía incapaz de semejante bajeza. El conde no insistió sobre ello, y prometió desempeñar con el mayor celo la comision que se le encargaba. Pocos dias despues actuó al duque y la duquesa de Navailles, añadiendo á esta calumnia atroz varias circunstancias que la hicieron tan verosimil, que no dudó el rey lo habia adivinado. Entonces comunicó éste á madamisela de la Valliere

todo lo que habia pasado, y ella trató de sosegarlo, sin conseguirlo; porque á pesar de sus súplicas y sus lágrimas, la duquesa y su marido fueron desterrados (1).

Sin embargo, cuando la Molina supo este suceso, dijo al rey que ella habia descubierto una cosa que la daba muchas sospechas contra otra persona, y le contó que la jóven Felipa, una españolita de la familia de la reyna, que estaba sentada detras de una cortina de una ventana en el cuarto de su ama la noche que pusieron la carta en la cama, habia visto entrar sola y misteriosamente á la condesa de Soissons en la pieza, arrimarse á la cama, levantar la cubierta, y retirarse al instante precipitadamente. Este hecho era positivo, y en su consecuencia fue el rey inmediatamente á casa de la condesa, y sin preámbulos la declaró que sabia muy bien era ella la autora de la carta. Cuando un hombre culpable pierde la cabeza en un interrogatorio peligroso, se corta, se contradice, pero persiste en negar; mientras que

(1) Toda esta relacion es enteramente histórica.

la muger, falta de espíritu, comunmente lo confiesa todo al primer golpe, porque las mugeres no saben luchar contra la suerte. La condesa de Soissons, aunque naturalmente artificiosa, convino al instante en el hecho: pero tuvo la debilidad de denunciar tambien á Madama y al conde de Guiche. El rey la mandó salir de la corte sin detencion; y el conde de Guiche y el marques de Vardes fueron desterrados: castigo bien suave de una ofensa semejante, pues otro príncipe menos generoso les habria hecho perder enteramente la libertad. El duque y la duquesa de Navailles fueron llamados, y el rey creyó merecian una reparacion pública, la que obtuvieron al instante, dando al duque un puesto que habia mucho tiempo deseaba, y no habia osado pretender (1). El rey tuvo una sesion muy acalorada con Madama, y estuvo mucho tiempo sin ir á verla: pero las vivas instancias de madamisela de la Valliere lograron que volviese á su cuarto. Ma-

(1) Memorias de madamisela de Montpensier y de madama de Motteville.

dama estaba bien castigada, pues no habia podido perjudicar al objeto de su odio, y perdía á un tiempo la estimacion del rey y la esperanza de vengarse. Todos estos embolismos afligieron vivamente á madamisela de la Valliere. “Yo no he hecho mas que mal (decia): de estas indisposiciones y de estos destierros yo tengo la culpa, y así deben aborrecerme. ¡Ah, si á lo menos no tuvieran justa causa para despreciarme!...”

Madama de Themine escribía siempre á madamisela de la Valliere, y no pudiendo ésta soportar ya los elogios que daba á su carácter, al fin determinó hacerla una penosa confianza. Pero la muger mas sincera jamas hace semejantes confesiones sin alguna restriccion, y así habló de su debilidad, ocultando las resultas. En consecuencia recibió una carta de madama de Themine concebida en estos términos:

¡Quien, yo! ¿yo dejar de amaros, cuando sois mas digna de compasion que jamas lo habeis sido? ¡Ay amiga mia! vos no teníais necesidad de pintarme las penas que despedazan vuestro corazon: confesarme

vuestra debilidad era instruirme de todo. Una falta en una persona como la vuestra ¿no es el reves mas funesto? ¿Podeis temerme, podeis pensar que conociéndoos desde vuestra niñez me sea posible el despreciaros? Si esa desgracia se descubre, es cierto que todo el mundo tendrá un derecho de juzgaros con severidad, y de no creer vuestros remordimientos, vuestro desinterés, y sí de suponeros una ambicion tan vil como culpable: ¡pero yo! ¿puedo acaso desconocer en el fondo de mi alma, ni calumniaros un solo instante en mi pensamiento? No alabeis mi conducta; aplaudid sí mi felicidad: yo no he dejado la dichosa soledad donde (gracias al cielo) me establecí para siempre: vuestro ejemplo me hace conocer todo el peligro de la seduccion que os rodea: y cuando vos habeis caido, yo aprendo á desconfiar de mí misma: la falta que vos llorais, bien lejos de ensalzarme á mis propios ojos, no puede servir sino para hacerme mas humilde: ¿no tenemos nosotras las mismas opiniones y los mismos sentimientos? Las

mismas relaciones existen entre ambas, vuestra alma no es otra de la que era: nosotros vemos, juzgamos y sentimos del mismo modo. Sí, yo hago siempre vanidad de que me sois afecta, y de que sois mi amiga: pero ¡ah! con qué amargura hago hoy estas reflexiones! Yo participo de vuestros dolores, de aquella pesadumbre que os consume, y de aquellas amargas lágrimas que derramais: vuestras penas me rasgan el corazón, y sin embargo no debo buscaros consuelos: vuestro arrepentimiento sincero y profundo me llena de alegría, y á vos os agobia; y si estuviera en mi mano su remedio no os lo aliviaría ni suavizaría. Hasta ahora ningun sacrificio me habria sido costoso, si hubiera sido para ahorraros una verdadera pesadumbre: y presentemente sería para mí el colmo de la desgracia veros sosegada y satisfecha en la situacion que os hallais. ¡Que extraño trastorno de ideas y de sentimientos! Mi amistad para con vos es inalterable: me parece que la confianza que me habeis hecho ha apretado mas el nudo, y que mi

tierna compasion la hace mas viva todavia: pero extraviándoos la habeis despojado de sus embelesos. ¡ Ah! ¡ volvédmelos! ¡ bien podeis hacerlo! Volved al camino de la virtud, sin la cual ninguna ilusion de felicidad podrá existir para vos. ¡ Qué poco comun, qué cosa tan bella sería el decidiros sin titubear á un sacrificio que seguramente hareis algun dia! ¡ O amiga mia! ¡ mirad que no es un rígido censor quien os condena, es la compañera de vuestra infancia, la que gime y la que os llama! Venid; estos pacíficos lugares que amásteis tanto no se han alterado: venid, y hallareis en ellos vuestro reposo y vuestra amiga. Traereis á ellos un corazon abrasado, agitado; pero una accion sublime, luego que se ejecuta, presta mil veces mas fuerza que la que fue necesaria para practicarla. Venid pues, y lloraremos juntas. Pensad ¡ ah! ¡ pensad que el tiempo desata siempre los lazos criminales! ¡ Pero se atreve á romperlos ahora, ni á hacer pedazos una vergonzosa cadena tan pesada como fragil, y que no deja una man-

cha indeleble, sino obstinándose en llevarla? ¿Querreis vos seguir semejante carrera? No: desde los primeros pasos debeis retroceder con un horror que os afirmará para siempre en la senda feliz de la virtud. ¿Podréis dejarla todavía? no, que ya sabeis lo que cuesta el separarse de ella. Volved, sí, volved, que un arrepentimiento tardío parece laxitud: ¡pero cómo lo ennoblece la juventud y la hermosura! ¿Querreis que vaya á buscaros? Decid una palabra, y voy volando. Me parece que esta ardiente amistad, este afecto tan puro que vos me inspirais debe darme sobre vos la autoridad de una madre: ¡ah! ¡si la vuestra viviera os abriría los brazos! ¿Y rehusaríais arrojaros á ellos? Venid: yo la sustituyo: yo tengo su ternura, y experimento todo el dolor que ella sentiría! ¡Acordaos que al morir me mandó cuidase de vos! Lo que yo debo á la memoria de mi bienhechora, y sobre todo á la amistad, me prescribe, puede ser, el exigir de vos este pronto y riguroso sacrificio: ¿pero mis súplicas y mis lágrimas no bastarán para obtenerlo?

¿Preferiréis la pasión de un día ó de un cierto tiempo, al remordimiento de toda la vida? ¿Temereis afligir al que os ha perdido, y no tendreis compasión de vuestra fiel amiga? Un amante sobre el trono ¿carecerá de distracciones? ¿Pero yo qué haré sin vos en estos parages donde todo me hace acordar de aquellos dias inocentes y felices que pasábamos juntas? ¿Cuáles no serán mis dolorosas sensaciones al recorrer aquellas nuevas calles de sauces, en cuyas cortezas veo todavía las cifras de Luisa y de Eudisia; en aquellos prados que me acuerdan nuestros juveniles juegos; y en aquel bosque, donde mientras por él paseábamos formábamos tantas resoluciones virtuosas? No me digais, ya no es tiempo: á los diez y nueve años se empieza á vivir, y el error de un momento, el tiempo lo destruye. Daos prisa; y cuando respireis vuestro aire nativo, aire tan puro y tan suave, creeréis recobrar una nueva vida, y que habeis hallado otra vez vuestra inocencia: pero si titubeais, vuestra debilidad os dará bien presto una odiosa celebridad;

no podreis ocultaros, y la amistad conster-
nada no podrá ya defenderos: vuestro nom-
bre llevado á las extremidades del mundo
solo será conocido para deshonor vuestro:
la mas modesta muger será la mas desa-
creditada, y su pudor y su nobleza serán
su suplicio. Sus mas excelentes cualidades
solo servirán para confundirla y redoblar
la amargura de sus pesares. ¿Y qué será
de mí, que me envanecía tanto de vuestras
virtudes y de vuestra reputacion? ¿Qué se-
rá de mí cuando ya no oiga hablar de vos
sin avergonzarme?

Si á pesar de mis votos y de mis ins-
tancias solo obtengo de vos una negativa, es-
peraré. Siempre me hallareis con los bra-
zos abiertos: yo no puedo ir á los parages
donde habitais, sino á arrancaros de ellos:
pero siempre estoy pronta á recibirlos. A
Dios ¡ó amada y desdichada amiga! Si la
ingratitude y la inconstancia os hacen ge-
mir algun dia, decid entonces: á lo menos,
todavía hay un corazon que no se ha mu-
dado para mí, que es sensible, compasivo
y fiel; y es el de

Esta carta inspiró tal entusiasmo de reconocimiento á madamisela de la Valliere, que habria partido al instante si la situacion en que se hallaba la hubiera permitido emprender un viage tan largo sin peligro: por otra parte ¿cómo en un estado tan crítico habia de volver á su provincia y presentarse á su amiga? Reflexionado todo esto, respondió á la carta de madama de Themine con las expresiones del mas vivo reconocimiento, prometiendo formalmente y con sinceridad dejar la corte dentro de dos ó tres meses. Pasados estos, hicieron varias tentativas sobre el corazon del rey, y todas fueron inútiles, porque su amor tenia ya un nuevo y sólido cimiento. El odio se aumenta menos con la venganza que con los esfuerzos infructuosos: esta es entre todas la pasion que mas se exalta con los vanos deseos y las esperanzas burladas. Los enemigos de madamisela de la Valliere se enardecieron otro tanto mas, quanto la constancia del rey era inalterable: y así á pesar suyo se vieron precisados á reprimirse y aparentar moderacion.

La salud de la reyna-madre habia mucho tiempo que se hallaba quebrantada, y de repente se agravó de modo que los médicos la desaujiaron. El rey, el mas tierno y el mejor hijo, manifestó en esta ocasion toda su sensibilidad: madamisela de la Valliere recogió sus lágrimas, y participando de su dolor, gozaba la dicha por otra parte de verle tan digno de ser amado. Durante esta última enfermedad de la reyna, no se apartó de Madama, la cual estuvo siempre en el cuarto de la enferma: el rey estaba profundamente affigido, y así parecia que todo el mundo lo estaba tambien. Tres dias y tres noches pasó el rey á la cabecera de la cama de su madre sin querer dejarla un instante, ni aun para mudarse el vestido. La reyna moría de un cáncer, y la llaga engangrenada exhalaba un olor tan pestilente que hasta las personas que la asistian no se arrimaban á ella sino llenas de aguas espirituosas. El rey no quiso tomar precaucion ninguna: sentado á la cabecera y bajo las cortinas de la cama de su madre, teniendo una de sus manos, pasó los dias y las no-

ches apoyado junto al seno de la que le dió la vida, y sin duda su compasion filial fue un bálsamo saludable que la calmó algun tanto los dolores (1). La víspera de su muerte entregó al rey su testamento, pidiéndole lo leyese con atencion, mudase lo que hallase por conveniente, y luego lo firmase; pero el rey lo firmó al instante sin leerlo. Despues que falleció (aunque el rey estuvo tambien malo) volvió al punto al trabajo: esta era su obligacion, y tuvo espíritu para cumplir con ella; pero estuvo mas de seis semanas sin presentarse en público: rindió á la memoria de aquella madre respetada, y tan amada, los homenages mas ostentosos (2). Entonces fue cuando el rey hizo acuñar aquella bella medalla, cuya idea dió él mismo, y que representaba por una parte el perfil de Ana de Austria, y por otra la religion y el pudor abrazándose y apoyándose sobre un altar (3).

(1) Memorias de madamisela de Montpensier, y de madama de Motteville.

(2) Memorias de madama de Motteville.

(3) Véase la obra del padre Menetrier sobre las medallas acuñadas durante aquel reinado.

Habia mucho tiempo que el rey deseaba ardientemente abstraer á madamisela de la Valliere de la dominacion imperiosa de Madama, y desembarazarse (él mismo de una penosa sujecion. La certidumbre de afligir mortalmente á la reyna-madre pudo únicamente contener hasta entonces un deseo tan vehemente; pero libre ya de semejante temor quiso al fin realizar un proyecto que tanto le interesaba. Habló de él á madamisela de la Valliere, la cual se opuso con tanta firmeza como sinceridad: su primera objecion fue el justo dolor que esta publicidad causaria á la reyna. "Os engañais acerca de su modo de pensar (respondió el rey): yo os aseguro que la reyna no me quiere." "¡Ah! ¡eso es imposible! (exclamó madamisela de la Valliere): yo os suplico no aumenteis á la debilidad que debo echarme en cara, el cruel agravio de indignar y afligir la virtud. Yo soy demasiado culpable: no me hagais odiosa: pensad sobre todo en vuestra propia gloria, esta es hoy la mia, y no tengo otra; dejadme el olvido del mundo, y la obscuridad, si es posible; la ostentacion y la fama

no pueden ser para mí de hoy en adelante sino una infamia. ¡Ah! ¡ya que por vos me he perdido, conservadme á lo menos aquella reputacion sin mancha que me da todavía el derecho de envanecerme! ¿Qué sentimiento de honor podría elevar ahora mi alma si cesárais de merecer el entusiasmo que inspirais? La admiracion con que todos os miran no puede justificarme, pero me sirve de excusa, y sobre todo me consuela. No la debiliteis manifestando públicamente el desprecio mas injusto de la fe conyugal. Si dais un escandaloso ejemplo ¿cómo podrá éste dejar de influir funestamente en las costumbres de la nacion? Todos respetarán vuestras flaquezas mientras vean que las ocultais con cuidado; pero si las publicais ¿cómo pretendereis entonces que usen con vos de indulgencia? ¡Y yo! ¡cuál seria mi despecho al ver alterada para con vos la veneracion pública, y considerar que yo era la causa fatal de tamaña desgracia! No alegueis el ejemplar de vuestro abuelo, pues no quiso sino mugeres ambiciosas que solicitaron el título vergonzoso de *favoritas*. Ellas des-

preciaron el ódio y el menosprecio á fin de dominar y acumular riquezas. ¿ Quereis, señor, confundirme entre ellas ? ¿ Quereis que la historia transmita mi nombre á la posteridad entre aquellos nombres deshonorados ? ” Conmovido el rey al ver tan noble resistencia pareció que cedia á tan fuertes razones; pero estaba bien distante de abandonar un proyecto, en el cual creía consistir toda la felicidad de su vida.

Algun tiempo despues de esta conversacion, madamisela de la Valliere fue con Madama á Compiègne, donde la corte permaneció seis semanas: el rey cazaba frecuentemente en el bosque; y en uno de estos dias hallándose madamisela de la Valliere en el coche de Madama tenia fija la vista en el rey, que hallándose á caballo, obscurecia toda la brillante juventud que le rodeaba, porque nadie montaba con tanta gracia y destreza como él. Queriendo echar por un camino de travesía, se detuvo al llegar á una zanja demasiado ancha: dijéronle que volviese atras, y madamisela de la Valliere se estremeció oyéndole decir riendo,

que un obstáculo no le haria retroceder jamas: en efecto ¿qué peligro hace desmayar á quien tiene á la vista lo que ama? El rey mete las espuelas al caballo, salta éste la zanja, pero sin embargo cae y derriba al rey. Madamisela de la Valliere no vió mas, porque un grito que parecia el último de su vida escapado del fondo de su corazon, la hizo cerrar los ojos, y quedar desmayada. El rey tenia roto un brazo; pero no obstante el agudo dolor que sentia, se incorporó al instante. El coche de Madama se acercó prontamente, sin pensar en aquel momento de turbacion en socorrer á madamisela de la Valliere que permanecia sin sentido. Proponen al rey suba al coche, y conviene en ello; pero al ver á madamisela de la Valliere pálida, desmayada, y sin conocimiento, casi estuvo para perder el suyo. "¡Gran Dios (exclamó), socorredla!" Diciendo esto tomó un frasquillo que Madama habia sacado, con cuyos espíritus volvió en sí; pero al ver al rey se deshace en lágrimas, y las de éste se confunden y mezclan con las suyas. Madama irritada interiormente

te quiso dar á entender con su modo afectado cuán desagradable la era aquel paso ; y hubiera sido mejor que en lugar de tan ridícula venganza hubiera manifestado un cierto sentimiento por la desgracia del rey ; pero su aire frio y su sequedad hicieron resaltar mas por su contraste la grande sensibilidad de madamisela de la Valliere.

Nadie manifestó entonces el vivo interes que se habria exâgerado en cualquiera otra ocasion : cada uno en secreto envidiaba en cierto modo los movimientos involuntarios que acababan de descubrir una pasion tan decidida : conocian que los testimonios de afecto de su parte serían débiles despues de aquellos ; y cuando en este género no se tiene la esperanza de igualar , no se echa mano de la adulacion : el desaliento no permite ya fingir , y el despecho suele aparentar una insensibilidad que no se tiene.

Volviendo en sí madamisela de la Valliere , y viendo acercarse una de las carrozas del rey , quiso bajarse del coche con el pretexto de dejar mas lugar : el rey no lo permitió , y antes bien se pasó él mismo al

suyo. No se supo que tenia el brazo roto sino por la relacion de los cirujanos: ¿cuánto no admiró madamisela de la Valliere su valor y su espíritu, enternecida al ver tanto amor? Su inquietud por la situacion del rey no la dió lugar á pensar en la imprudencia que habia cometido; pero éste supo aprovecharse de ella, dándola á entender que despues de este lance tan público, era ya inútil el misterio en adelante, y que no podia sufrir mas tiempo verla soportar las altiveces y los desdenes de Madama: en fin la estrechó de tal modo á que condescendiese con su deseo de verla separada de una muger semejante, que sin embargo de su resistencia, y de no prestar su consentimiento formalmente, el rey se condujo como si lo hubiera obtenido.

Los suntuosos edificios de Versailles estaban casi concluidos, y así que el rey se halló mejorado marchó allá con toda la corte. Compró al instante el palacio de Biron con la idea de establecer en él á madamisela de la Valliere, y cuando todo estuvo arreglado para ejecutar su designio, reconoció á

los niños que habian sido el fruto de su culpable pasión, adquiriendo para madamisela de la Valliere la tierra de Vaujour, que erigió en ducado, dándola el título de *Duquesa de la Valliere*, con el cual se la reconoció en lo sucesivo en la corte.

En vano empleó el rey todo su poder para elevar el objeto de su amor; porque la desgraciada Duquesa en medio de toda la pompa de su nueva fortuna, se sintió mas que nunca agoviada bajo el insoportable peso de la vergüenza. Despues del paso que aseguraba á sus hijos la gerarquía de príncipes de la sangre, pidió al rey con el mayor encarecimiento la dejase vivir obscuramente en un rincon de Versailles, y rehusó todos sus dones; pero el rey la obligó á aceptarlos, empleando para conseguirlo toda su autoridad.

Los soberanos pueden conceder puestos eminentes, y prodigar tesoros; pero con todos ellos no pueden rescatar el honor perdido. La duquesa de la Valliere solo veía en estos ruidosos favores nuevos motivos de confusión; no la fue posible despedirse de Ma-

dama, pues el acordarse de sus altivas miradas la estremecía, y así la envió su demision del modo mas respetuoso; despues de lo cual se encerró en la soberbia mansion que el amor habia hermoseedo para ella. " En fin (dijo al verse humillada profundamente en aquel magnífico palacio) ¡ya me hallo colocada en la clase despreciable de aquellas mugeres altivas á quienes la historia marca para siempre con el sello de la infamia! Todo este fausto que me rodea, publicando mi vergüenza, me arrebatata todo aquello que podia excusarla. ¡Ah! yo me he entregado, y todo el mundo creerá que me he vendido! ¿Qué soy yo en efecto á los ojos del universo sino la *dama* declarada de un rey? ¿Y qué otra cosa, que la cortesana mas célebre de su nacion? ¡Ah! ¿cómo soportaré yo este exceso de ignominia?" Esta reflexion terrible la acobardó de tal modo que á pesar de las súplicas del rey se mantuvo mas de quince dias encerrada, sin poderse resolver á salir, ni recibir tampoco á sus mas íntimos amigos.

Halló en su cuarto un estuche lleno de brillantes los mas ricos; pero ni uno siquiera

quiso mirar, y los hizo vender todos: con el dinero que sacó de ellos fundó dos hospitales, uno para pobres ancianos, y otro para educacion de niñas huérfanas (1). En fin fue preciso el presentarse en la corte, porque el rey lo exigió formalmente. La Duquesa al salir de su palacio quedó espantada de ver al rededor de su silla una multitud de gente, que la curiosidad habia juntado, y creyó ver en todos los semblantes la expresion del desprecio insultante, ó el ódio contenido: con lo que pálida, temblando, y sin atreverse á levantar ya los ojos, llegó á palacio mas llena de confusion. Todos los cortesanos que encontró la acompañaron; pero estos nuevos homenajes solo servian para despedazarla su tímido y noble corazon. Creyeron que iba á desmayarse cuando al llegar á la habitacion de la reyna vió á esta princesa: no la fue posible proferir ni una palabra, porque su penosa conmocion fue tan visible, que la reyna misma se compadeció de ella, y la habló con aquella dul-

(1) Hecho histórico.

zura que la era característica. La Duquesa entonces la hizo una profunda reverencia, y sus ojos se bañaron en lágrimas. Madama la hizo menos mal, porque la recibió con la mas desdeñosa frialdad.

La Duquesa se propuso no ir á la corte sino rara vez. Despues de su error jamas se habia creído mas desgraciada que entonces: jamas sus remordimientos habian sido tan amargos; y un trágico accidente puso el sello á todo esto.

Aquel marques de Bragelone que en otro tiempo se habia prendado de ella tan apasionadamente en el castillo de la Valliere, la conservaba, á pesar de una ausencia de cinco años, la misma inclinacion. Madama de Themine durante largo tiempo lo habia tambien exáltado con sus cartas, y seguidamente dejó de escribirle: el marques, siempre en los ejércitos, no atribuyó esta interrupcion de correspondencia, sino á la dificultad de dirigir las cartas, y así no le causó inquietud alguna: él pensaba solamente en hacerse digno de la que amaba, y este entusiasmo le hizo distinguirse en varias acciones brillantes.

La reputación que adquiría, aumentando sus esperanzas, hacía crecer y subir de punto su pasión, de manera que impulsado de su misma gloria y de su amor, quiso aprovechar algunos instantes de descanso y libertad, y marchó á Versailles, ingorando enteramente lo que todo París sabia despues de tres semanas. Viajando con la mayor precipitacion, y sin haberse informado de nadie, llega á aquel sitio y pregunta por madamisela de la Valliere, al servicio de Madama. Esta pregunta pareció extraña, y la respuesta fue un golpe mortal para este desdichado amante. ¿En qué se viene á parar cuando de pronto y en un instante se pierden todas las ilusiones que encantaban la vida, y toda la esperanza de dicha y de consuelo? El estremecimiento lo dejó inmovil por algun tiempo; pero reuniendo todas sus fuerzas: “*vamos* (dijo) *yo quiero verla otra vez!*” Fue al palacio de Biron, y á fin de poder entrar con mas seguridad, dijo que iba de parte de madama de Themine: al oir este nombre, sin preguntar el suyo le abren todas las puertas. Atraviesa con

una indignacion que lo acongoja una multitud de piezas magníficamente adornadas, y entra en un gabinete donde vió á la duquesa de la Valliere, mas bella, mas interesante que nunca, sola, en la posicion melancólica y abatida de una persona sumergida en la mas profunda tristeza. Estaba sentada en un camapé, frente á un gran retrato del rey. Al aspecto imprevisto del marques se sobresalta, se pone colorada, y se tapa la cara con las manos. Él se habia parado á algunos pasos de ella; y apoyándose sobre una mesa, en pie, pálido, inmovil, la miraba atentamente. Ella creyó ver un espectro.... “¡Ah! huid (le dijo) ¡huid de una muger culpable, é indigna de vuestros sentimientos!” A estas palabras no pudo ya la Duquesa reprimir sus lágrimas. “Y yo (añadió el marques) ¡ah! ¡si yo pudiera llorar!... Vos á quein adoraba (prosigió) como modelo de la augusta virtud, yo encuentro todavía en vos aquella imágen adorable; y mi mayor tormento es conocer, mirándoos, que no habeis podido extraviaros sin perder para siempre hasta la sombra del sosiego. ¡Ay de mí! Vos no me

habíais prometido nada, y así no tengo que echaros en cara: ya lo sé; pero en cesando de admiraros, yo pierdo la idea de la felicidad, y todo el entusiasmo feliz de un alma ardiente y virtuosa. Viéndoos víctima de la seducción yo dejo de existir.” “¡Ah! (dijo la Duquesa) ¡la reputacion y la gloria podrán consolarnos!” “La gloria (exclamó él), ¿y quién me la hará desear, y por quién combatiré yo? ¿Qué mano me daría el premio del valor?” Al pronunciar estas palabras, miró el retrato del rey, se estremeció, y despues de un momento de silencio: “*A Dios* (la dijo); *á Dios, esperanza, emulacion, ambicion, patriotismo, ¡vos habeis trastornado todos los sentimientos de este corazon despedazado! ¡esto es lo mismo que arrancar la vida! ¡A Dios!*” Entonces haciendo un poderoso esfuerzo salió impetuosamente del gabinete. Apenas habia llegado á lo bajo de la escalera, cuando vió entrar la carroza del rey: entonces dijo con una voz desmayada: “¡Ah! *¡esto es demasiado!*” El rey se apeó precipitadamente, y pasó con tanta rapidez que no vió al desgraciado Bragelone. Sinembargo,

queriendo éste salir de aquella funesta mansion dió algunos pasos vacilantes; pero una espesa nube cubrió sus ojos: llama á sus criados, y cae sin sentido bajo la bóveda: lo ponen en su coche, y lo llevan á su posada: volvió en sí; pero una palidez espantosa, un temblor convulsivo, y una sofocacion terrible anunciaban demasiadamente el apurado y peligroso estado en que se hallaba. Las gentes de la posada enviaron á buscar un médico. “¡Ah! (dijo el marques poniéndose la mano sobre el corazon) ¡el golpe está aquí... es mortal!...” En efecto todos los socorros que se le suministraron fueron inútiles, y al cabo de algunas horas dió el último suspiro este desgraciado y virtuoso amante.

Tan deplorable suceso penetró de dolor y espanto á la Duquesa. “¡Ah, Dios mio (exclamó); si yo hubiera conservado la inocencia, él viviria: no podia existir sin estimarme: aquel corazon tan noble y generoso no ha podido soportar la vergüenza de la que amaba! ¡y yo, yo vivo á pesar de tantos remordimientos! Yo no puedo ni

quiero ahogarlos: todo los anima y los aumenta; ¡y sin embargo debo disimularlos, y sobre todo á quien los causa! ¿Podría él ser dichoso si conociera el fondo de este corazón siempre combatido, siempre vacilante, aunque subyugado? ¿Podría contar conmigo cuando incesantemente estoy trazando el proyecto de romper unos lazos que le son tan amables? De este modo, por el interés de su felicidad, y por no alterar su dulce sosiego me veo en la sensible necesidad de engañarle, de ocultarle mi arrepentimiento, y manifestarme á sus ojos mas indigna de su estimacion de lo que soy en efecto. Sin embargo, los dias y los años se pasan. ¡Gran Dios! ¿Envejeceré yo en este miserable estado, siempre agitada, siempre irresoluta; sintiendo lo pasado, no mirando lo futuro sino con terror, aborreciendo el vicio sin poder volver por mí sola á la virtud; demasiado debil para ceder á los remordimientos de la conciencia; demasiado sensible, y demasiado constante para triunfar de un funesto amor? ¡Ah, yo no pensaré en extinguirle! ¡jamás he formado este deseo quimé-

rico!) mas pluguiese al cielo que yo tuviera valor para sacrificarlo. ¿Cómo puede dejarse de amar, si el olvido parece imposible? ¡Sí, si él pudiera existir sin mí, yo sería mas feliz lejos de él, sola con mi memoria! Lloraría sin amargura, nada temería del tiempo, ¡del tiempo rápido y destructor que arrebató la juventud, las gracias y la belleza!"

Estos diversos pensamientos sumergieron á la Duquesa en una melancolía que á pesar de sus esfuerzos se dejaba ver en todas sus acciones y discursos. El rey lo conoció: quejóse de ello, y las respuestas de la Duquesa no le tranquilizaron: antes al contrario se sorprendió y se explicó con una altanería que acabó de inquietarla. Cuando los príncipes estan disgustados, ya sea en amor ó en amistad, toman como naturalmente el tono de la superioridad: entonces es cuando se ve á las claras toda la ilusion de aquella igualdad de sentimientos que ellos mantienen con tanta gracia mientras no se les contradice. La Duquesa manifestó una gran firmeza, la que el rey tomó por frialdad; y se retiró con mal humor y una cólera que pa-

recía furor; y así quedó la Duquesa desesperada é inquieta.

¡Cuán sensible es el primer disgusto, la primera desazon cuando se ama de veras! El rey se había marchado lleno de enojo, y no volvió atrás. ¡Qué noche agitada y dolorosa no pasó la Duquesa con esta idea! El rey por su parte no estaba mas tranquilo, persuadiéndose á que la Duquesa no le amaba ya tanto, ignorando como ignoraba sus justos remordimientos. No conocia sino imperfectamente sus sentimientos religiosos, y así interpretaba falsamente la tristeza que observaba en ella, sobre todo desde que habitaba el funesto palacio de Biron. Al dia siguiente fue á verla: entró en todas las piezas de su uso y no la encontró. Dijéronle que estaba en el piso segundo, y que iba á bajar. El segundo piso no contenía mas que alojamientos para los criados; y el rey se acuerda de que habiendo ido otra vez á la misma hora, sin que lo esperasen, le habian dicho lo mismo. En estando poco satisfechos, una nada basta para causar inquietud, y todo lo que parece singular inspira cierta des-

confianza. La Duquesa bajó pálida y abatida. El rey creyó encontrarla con un aire como turbado, y la preguntó de dónde venia; pero ella eludió la respuesta. El rey no insistió en ello, mas estuvo sério y pensativo: habia ido con intencion de pedirla mil perdones por el mal humor que habia manifestado la víspera: pero evitó toda explicacion, abrevió la visita, y dejó á la Duquesa mas afligida y mas digna de compasion que nunca. El rey preguntó secretamente á un criado lo que su ama hacia arriba, y supo que allí tenia un cuarto separado en el cual se encerraba regularmente todas las mañanas á la misma hora. Con la curiosidad de penetrar este misterio, halló medio de procurarse una llave de aquel aposento; y una mañana á la hora que la Duquesa estaba dentro, entró en él de repente el rey; pero quedó inmovil viéndola sola de rodillas, delante de la cruz de cristal de roca que su madre moribunda la habia dado. Tan sorprendido como espantado quedó con este espectáculo; y volviéndose entonces hácia él la Duquesa manifestó su rostro cubierto de

lágrimas. “¡Gran Dios! (exclamó el rey con la mas viva emocion) añadiendo: ¿así es como me amais?” “¡Ah, (respondió la Duquesa) es cuando no os veo!” “¡y yo (dijo el rey) yo no soporto vuestra ausencia sino pensando en vos! La memoria vuestra es entonces toda mi delicia; ¡y la mía os aflige!” “Todas las lágrimas vienen del corazon (dijo la Duquesa): llorar es amar.” “¿Pero se entrega uno al sentimiento y á la melancolía cuando ama y es adorado? (la replicó el rey). ¿Qué designio os conduce á este sitio tan sombrío y misterioso? ¿Venís á él á alimentar pesares que me desesperan? ¿Meditais en él mi perdicion? ¿Formais en él el proyecto de abandonarme? Escuchad: si ahora tuviérais la inhumanidad de huiros otra vez, sabed, que no hay asilo sobre la tierra donde podais substraeros á mi amor: vos me habeis dado el derecho de perseguiros; y aunque os hallárais en la parte mas remota del mundo, yo sabria hallaros, arrebataros y traeros junto á mí. Ni el respeto humano, ni el temor de un ruido que resonaría en toda la Europa, serían capaces de detenerme:

el perderos es la única cosa superior á mi espíritu, y jamas me sometería á tan funesta desgracia: Si de un amante feliz y sumiso quereis hacer un tirano y raptor, huid; pero aseguraos de que en adelante, en despecho de la suerte, de las vicisitudes y de vuestra voluntad misma, solo la muerte podrá separarme de vos."

El rey hablaba con un fuego y con una impetuosidad, que desde luego causaron á la Duquesa una especie de sobresalto. Sin embargo, esta misma violencia la libró de un gran tormento, cual era el meditar continuamente una pronta retirada, ó á lo menos el repetirse que debia hacerla: y por lo mismo no la fue desagradable el pensar que la huida sería imposible, ó que solo serviría para producir el mayor escándalo. Con una voluntad firme habria podido facilmente huir y esconderse, á lo menos por algun tiempo; y el rey al fin se hubiera sosegado y aprobado su retiro: pero esto era lo que ella ni podia ni queria prometerse: gustaba de que este proyecto, que no tenia valor de ejecutar, fuera verdaderamente quimérico, y en

ello ganaba, olvidándole, porque ese terrible tormento se ahorraba. ¡Pero la quedaban otras muchas penas! Una demasiada sensibilidad es un manantial inagotable de ellas. Casi todas las conversaciones generales la inquietaban, sobre todo en presencia del rey, porque siempre encontraba en ellas algunos rasgos que la herian de muerte. El elogio de una muger virtuosa era para ella una reconvenccion; lo aplaudia del fondo de su alma, pero con la mayor amargura. Las conversaciones mas frívolas, hasta las que solo se reducian á tratar de fábulas, tambien la eran penosas. ¡En aquel tiempo sí que eran puras las novelas! ¡con qué severidad se condenaban en ellas las debilidades! Una noche en su cuarto habló el rey de la famosa Cristina, reyna de Suecia, y dijo que la mayor singularidad de aquella princesa extraordinaria era ser á un mismo tiempo sábia, sencilla y natural; tener un traje grotesco sin ser ridículo, unos modos extravagantes, y sin embargo agradables, aunque no tenia gusto, dignidad ni hermosura. El rey añadió, que no obstante su aversion á las mugeres

sábias, habia hallado á Cristina tan amable como original en su primer viage (1); esto es, antes que el asesinato de Monaldeschi le hubiese inspirado un justo horror hácia ella. Seguidamente contó que esta princesa hizo una visita á Ninon: entonces gritaron contra la indecencia de una reyna jóven, que de todas las francesas no habia acogido sino á una cortesana; y alguno dijo, que sin embargo Ninon no era verdaderamente sino una muger sin costumbres, y no una cortesana, porque siempre habia rehusado los dones de sus amantes; y que habiendo podido enriquecerse se contentó con la mediana fortuna que tenia de sus padres.

Los cortesanos están tan acostumbrados á no mirar la dama de un gran rey sino como la muger que ocupa el primero y mas envidiado puesto de la corte, que nadie imaginó que la Duquesa pudiera hacerse la aplicacion de esta última circunstancia; pero la desgraciada quedó abatida con ella: una humillacion semejante hirió su corazon, y du-

(1) Memorias de Montpensier, y de Motteville.

rante el resto de la noche no la fue posible tomar la menor parte siquiera en la conversacion. ¡Con qué alegría hubiera dejado el título fastuoso que la acordaba su deshonor! ¡Qué placer no habria tenido en volver al rey todos sus dones funestos! No pudiendo repeler una fortuna que el amor y el orgullo la obligaban á aceptar, hacía de ella el uso mas noble: jamas se la distinguía sino por su extremada sencillez: vestida siempre con decencia, y con una gracia que solo la debía á su buen gusto natural, habia desterrado de su adorno el oro, la plata y la pedrería: y en cuanto podia apartaba de sí toda especie de fausto, y todo aparato brillante. En fin, hacia innumerables limosnas, y su solitario palacio, cerrado siempre á los embolismadores, se hallaba abierto para todos los desgraciados; y frecuentemente iba ella misma á buscarlos. Pero aunque ejercia tanto la caridad estaba muy distante de creer que aquellas liberalidades pudiesen justificar su desarreglada conducta. Sabia que la moral religiosa no admite otra compensacion que el verdadero arrepentimiento y la debida pe-

nitencia para expiar los pecados; y afligida al reconocer su estado lastimoso, hacía casi todas sus buenas obras sin publicidad, y ocultando siempre su nombre. Otras veces, cuando las circunstancias lo permitian, hacía repartir sus limosnas en nombre del rey, sin que éste llegase á entenderlo.

Si el arrepentimiento y los fundados escrupulos turbaban el reposo de su vida, el amor la agitaba todavía mas. Aunque se hallaba amada siempre con pasion, los negocios y las obligaciones de la dignidad no permitian al rey aquella frecuencia continua que solamente habria satisfecho un corazon que se habia entregado sin reserva. La apariencia de un descuido, y el olvido mas ligero eran para la Duquesa penas reales que á cada instante se renovaban: ella tenia la doble pesadumbre de sentir las con amargura, y de echárselas en cara con viveza. Las frecuentes cacerías del rey eran para ella otro manantial de inquietudes, despues de lo acaecido cuando cayó del caballo. En fin, si hablaban de guerra, y el rey quería ponerse á la frente de sus ejércitos, la Duquesa se estremecía

desde luego de los peligros que descubría para él en lo sucesivo, y añadía á sus penas presentes el presentimiento futuro de todas aquellas que la esperaban.

Un nuevo motivo de terror mas espantoso que todos los otros acabó de trastornar su alma. Un dia el gran Condé, amigo el mas sincero del rey, le contó con horror, delante de la Duquesa, que habian hallado en Auxerre atado á un palo el retrato de Enrique IV con un puñal atravesado en el pecho, y que sobre este mismo palo habian escrito en latin una abominable inscripcion, la cual amenazaba al rey con la misma suerte. *Lo que me consuela* (dijo éste) *es que jamas han hecho otro tanto con los reyes holgazanes* (1). Respuesta admirable bajo todos aspectos, y que sola ella podia dar una idea del espíritu superior de este príncipe, de su heróico valor, y de la grandeza de su alma.

Esta relacion del gran Condé que solamente inspiró al rey un dicho agudo y su-

(1) Sus propias palabras. Memorias de madama de Motteville.

blime, sumergió á la Duquesa en las inquietudes mas terribles y devoradoras, y la penetró de terror considerando que existía en Francia y en un pueblo tan inmediato á París un desalmado capaz de asesinar al rey. ¿Aquel monstruo no tenia cómplices, no podia formar una conjuracion, y esta gavilla exêcrable no podia estar ya reunida? ¿El rey no salía á menudo sin ningun séquito y era muy facil aproximarse á su persona (1)? Estas negras ideas la persiguieron sin cesar: se mezclaban durante el dia en todos sus pensamientos, turbaban su sueño durante la noche con sueños espantosos, y así conservaba una opresion de corazon y un sobresalto que la hacian mirar un sueño vano como una siniestra advertencia del cielo. Los temores insensatos y vagos de la sensibilidad producen facilmente la supersticion. Todo lo que parece espantoso llega á ser presagio para los corazones doloridos. La Duquesa

.obams 119 085082

(1) Cada uno tenia la libertad de arrimarsele y entregarle en propia mano un memorial: él lo recibia, y casi siempre se paraba para hacer alguna pregunta.
Memorias de san Simon.

enviaba recados al rey, y esperaba la vuelta del mensajero con una agitacion y un temblor indecible: si durante este tiempo oía en la calle algun ruido; si puesta á la ventana veía algun movimiento en el pueblo y que este se dirigía hácia su palacio, esto era ya para ella la confirmacion de la mas horrible desgracia. Muchas veces este mismo susto la hizo perder el sentido. Venian á traerla un billete del rey, y se deshacia en lágrimas, dando gracias al cielo, como si hubiera tenido una noticia tan feliz como inesperada. Ella se decia que á lo menos en adelante no tomaría los vanos temores por presentimientos, y cuando volvía á ver al rey, ya se creía libre para siempre de semejantes terrores; pero volvía á todos ellos en hallándose sola. El rey ignoró siempre estas particularidades, porque la Duquesa se habria avergonzado de manifestarle tanta debilidad, y así no conoció jamas hasta dónde y con qué exceso era amado.

(17) Cada uno tenía la libertad de escribir, leer y traducir en propia mano un memorial: el lo recibía, y con él se hacía lo que se quería. (18) Siempre se permitía hacer algunas preguntas. (19) El rey se acordaba de los nombres.



LA HEROINA.

SEGUNDA PARTE.

Tantas conmociones y agitaciones violentas alteraron tan visiblemente la salud de la Duquesa, que el rey á vista de ello, lleno de inquietud, consultó secretamente con su primer médico sobre el estado de su salud (1); y el dictámen de éste fue que un aire puro la serviría mucho; y al instante marcharon á san German. La Duquesa tuvo allí una casa separada con un gran jardin inmediato al bosque, y como amaba con pasion el campo gustaba de cultivar varias flores, y sobre todo de conservar á lo menos como un resto de felicidad en medio de la corte los inocentes pasatiempos de sus primeros años. Una tarde hácia fines de otoño se hallaba sola en su jardin: el tiempo estaba se-

(1) Memorias de Bussy.

reno, y el ambiente puro y fragante. La Duquesa sentada en un cuadro del jardín lleno de naranjos, colocada sobre un terraplen elevado, dominaba el bosque de san German, que veía á lo lejos. Esta vista la opri-
mió el corazón trayéndola á la memoria vi-
vamente las soberbias umbrías que asimismo
cercaban una parte del castillo de la Vallie-
re. Volvió los ojos á los arbustos floridos que
la rodeaban, y esta vista encantadora excitó
en ella un sentimiento vago, indefinible, com-
puesto de mil sensaciones diferentes, de pe-
sares confusos, y de una emoción llena de
inquietud. Despojada de la inocencia, ya no
experimentaba la calma deliciosa que en otro
tiempo la hizo gustar sus atractivos, admi-
rando las bellezas de la naturaleza: la agita-
ción y la inquietud se mezclan en todos los
sentimientos de un corazón extraviado que
no halla ya reposo porque está desarreglado.
La Duquesa fijó sus ojos en el cielo, y con-
templando el admirable espectáculo del po-
nerse el sol despejado, su alma toda entera
se arrojó hácia el Criador de tantas maravi-
llas: pero al instante una triste vuelta sobre

sí misma, la hizo penoso aquel movimiento religioso. "¡Ser eterno (exclamó), tú no ves en el amor que te profeso sino una horrible inconsecuencia, y una profanacion en mis homenages! ¡Tú no debias inspirarme ahora sino el temor de tus terribles juicios, y sinembargo este corazon tan debil, este corazon indeciso y temblando se complace siempre en dilatarse en tu presencia! ¡Siempre hallo la mayor dulzura en contemplar tu existencia y tu poder supremo! ¡Pero tú, Señor, no me has abandonado, tú me respondes: sí, yo reconozco todavía tú voz que me entenece! ¡Yo la escucho con temblor, y no obstante quiero oirla! ¡Anonadada en tu presencia, necesito sin cesar volver á ella, ofrecerte mis lágrimas, mi arrepentimiento, y humillarme en tu presencia! ¡Tú no me arrastras, pero me atraes! ¡Ah, solo á tí busco en la soledad, y solo á tí encuentro en ella! ¡Indigna de servirte, no me atrevo á invocarte, y yo te llamo! ¡y sinembargo yo no debo esperar de tí sino justos castigos! ¡Ven pues, Señor, castígame; pero no te apartes de mí! ¡Oh!

dígnate de hablarme siempre, porque mas quiero tus reconvenções, que tu silencio!"

Diciendo la Duquesa estas palabras, enjugó las lágrimas que hilo á hilo la corrian por sus mejillas; aquellas lágrimas que hace derramar la piedad, que jamas son amargas. A la caída de la tarde se levantó, y despues de una media hora de paseo entró en un largo emparrado, cubierto de madreSelva, y sentándose en un banco se estuvo allí hasta la noche.

Este mismo dia supo que un religioso habia hecho aquella mañana una demanda para una aldea incendiada, y habia encargado á una amiga suya la enviase el religioso al anochecer. En efecto, á las ocho vino éste; era ya noche enteramente, y la luna sola alumbraba el jardin; pero sus rayos no podian penetrar la espesura bajo la cual estaba sentada la Duquesa. Un ayuda de cámara que acompañaba al religioso lo condujo hasta allí: la Duquesa que quería hacerle algunas preguntas, dijo al criado le diese cincuenta luses (1) cuando se fuera. Éste, des-

(1) El luis es una moneda de oro que vale 24 pesetas.

pues de haber recibido esta orden se retiró y la dejó sola con el religioso, que guardaba el mas profundo silencio. La Duquesa se levantó, y dirigiéndose lentamente al terraplen: "Padre (le dijo) me han hecho la pintura mas lastimosa de los desastres de esa aldea, y yo quería ir allá." Ella esperaba la respuesta, y no teniéndola: "yo os suplico (le instó) me digais cuál es la familia mas necesitada de aquel lugar; el dinero que os entregarán al salir de aquí, es para aquellos desgraciados habitantes en general; pero aparte de esto yo quisiera encargarme de una de sus familias." A estas palabras oyó suspirar al religioso, pero no obtuvo respuesta. "¡Cómo! (dijo la Duquesa) ¿temeis confiarme la suerte de algunos desgraciados? ¿Teméis poner en mis manos algunas jóvenes huérfanas? Yo no tengo derecho de ofenderme de esta desconfianza; sin embargo es infundada. Padre, yo les ocultaré mi nombre, y los colocaré en colegios y en conventos." Aquí se paró la Duquesa: el religioso lloraba, y no respondia. La noche, la obscuridad, sus sollozos ahogados, y aquel silencio ex-

traordinario, conturbaron á la Duquesa y la causaron una especie de terror que toda su razon no pudo superar. Comprimida y temblando tuvo no obstante la fuerza necesaria para apresurar el paso, y el religioso la seguía: lo que la hizo apretar mas el paso como si hubiera intentado huirle. En fin, salió del sombrío emparrado, y la vista de su casa y la claridad de la luna la dieron ánimo: se pára, se vuelve, y ve al religioso inmovil, los brazos cruzados, los ojos bajos y el rostro cubierto de lágrimas: le mira con atención y tiembla, porque se encuentra con el virtuoso padre Anselmo: ¡aquel santo religioso, el amigo de su infancia, la guia de los primeros años de su juventud, el que la dió tan piadosos consejos, y el que recibió los últimos suspiros de su madre! Todas estas memorias oprimen á un tiempo su corazon: junta las manos con un aire de súplica, y cayendo sobre un asiento de céspedes derramando un mar de lágrimas: “¡O Padre! (exclamó) ¿me perdonará Dios? ¡soy tan desdichada!...” “Sí (dijo en fin el venerable anciano), un alma semejante debe volverse á

«Él.....» Diciendo estas palabras se aparta precipitadamente y desaparece al instante (1).

Al día siguiente, luego que amaneció, tomó el coche la Duquesa y fue á la aldea incendiada que distaba dos leguas de san German: sus criados iban sin libreas, y tenían órden de no decir quien era. La noticia de la familia mas desgraciada de ella la tenia ya, porque el padre Anselmo antes de salir de su casa se la habia dado al ayuda de cámara que le entregó los cincuenta luis. Su corazón sensible sufrió mucho al entrar en aquel lugar devastado que solo presentaba tristes ruinas. «¡ Ah (dijo), las llamas que produjeron todos estos estragos no han destruido los primores de las artes, ni los monumentos del orgullo, y han causado infortunios mas reales y mas sensibles: estos desgraciados habitantes no tienen que sentir aquellas brillantes bagatelas que una vanidad frívola acumula en los palacios: pero sienten

(1) Todo el fondo de esta relacion es histórico, y la respuesta del religioso verdadera.

la pérdida de lo que absolutamente necesitaban! ¡Aquí no ha consumido el fuego vanos objetos de lujo, sino lo que era útil, y el fruto de un penoso trabajo! ¡Oh, y cuanto debemos compadecer á estos desgraciados tan firmes y tan moderados en sus deseos, y que con tan poco se creen felices! Sus lágrimas no las producen jamás penas imaginarias: cuando lloran es porque sufren males cuya sola idea nos estremecería. ¡Mal haya los corazones que con semejantes quejas no se enternecen!” Haciendo estas reflexiones atraviesa toda la aldea: la casa que buscaba estaba al fin de la calle principal: llega á ella, que era la de un arrendador que ocho dias antes vivia con toda comodidad; pero el fuego le habia quemado los graneros, los granos, la ropa y el ganado, y solo quedaba allí una pieza grande despojada de muebles, donde halló un hombre de ochenta años, su hija, su yerno, y ocho hijos casi desnudos, el mayor como de unos doce años. Las paredes negras del humo, y las vigas medio quemadas daban muy bien á entender el mucho trabajo que habria costado á aque-

lla infeliz familia el conservar aquel miserable abrigo.

Adelantándose en la pieza se quedó parada á la vista de un objeto inesperado: era éste una dama jóven preciosísima que entregaba á la arrendadora una gran porcion de vestidos: la bella incógnita por su parte manifestó haberse tambien sorprendido al ver allí una persona al parecer de mucha consecuencia: ambas se miraron con la mas dulce expresion de benevolencia y sensibilidad; y despues de haber hecho su ofrenda se retiró la incógnita. La Duquesa quiso saber quien era; pero lo ignoraban aquellos desgraciados. Arri móse al anciano que parecia sumergido en un profundo dolor, y le preguntó á cuánto subiría poco mas ó menos lo que habia perdido en el incendio: pero creyendo el viejo que esta pregunta no era mas que un efecto de curiosidad, respondió con sequedad y sin mirar á la Duquesa: "*unos ocho mil francos.*" "Muy bien (dijo ésta), pues aquí teneis por ahora cien luisés, y mañana tendreis ademas dos mil escudos, que os traerán temprano." El efecto de tan pocas pa-

labras fue inexplicable. El anciano juntó sus trémulas manos, y las lágrimas corrieron por sus venerables mejillas: el arrendador pasmado miraba á su bienhechora sin pensar en manifestarla su reconocimiento, porque no conocia lenguaje que pudiera explicarlo: su muger transportada del mas tierno y natural movimiento de alegría exclamó: "¡Venid, hijos míos, que todavía voy á abrazaros con gusto y satisfaccion!" Esta buena madre, despues de ocho días, no habia encontrado en sus caricias sino un tormento mas, y la beneficencia acababa de volverla toda la dicha de la maternidad. Despues de haber gozado la Duquesa de este espectáculo tierno y delicioso, hizo varias preguntas sobre aquellos hijos; y el resultado fue encargarse ella de pagar el aprendizaje de los dos mayores: luego partió colmada de bendiciones de aquella familia despues de haber pasado una de las mas dulces mañanas de su vida. Su salud se restableció en san German, y á fines de noviembre se volvió á Versailles. El rey la amaba cada dia mas; pero ella conservaba un fondo de melancolía que ofen-

dia al rey, porque pensaba que el amor habria vencido todos sus escrúpulos, y así estaba celoso de su tristeza, y su vanidad se irritaba secretamente: sin embargo este carácter de que se quejaba prolongaba la duracion de su amor.

La Duquesa como tan sensible debia ser la mejor de todas las madres; pero su ternura extremada por sus hijos no fue para ella un sentimiento mas feliz que el amor. La mayor de sus prendas, madamisela de Blois, tenia cinco años, y ya anunciaba aquella maravillosa belleza que fue despues la admiracion de la corte. El rey que adoraba á esta niña, se encargó de darla una aya, y propuso á la Duquesa para ello á varias señoras de la corte que le parecian capaces de llenar tan importante empleo, y estimulándola á que eligiese, le dijo la Duquesa: "¡Ah, es menester dar á esta niña amada el aya que mejor pueda por sus principios y sus lecciones hacerme inexcusable á sus ojos! ¡tal será el fruto de una excelente educacion; y yo debo prescribir á la maestra de esta hija que no deje nada por hacer para empeñarla á

despreciarme!" Esta aflictiva expresion, que en el fondo era muy justa, desagradó al rey como padre y como amante. La Duquesa no respondió nada á todos los sofismas amorosos con que el rey la combatía, porque semejantes discursos no podian hacerla mudar de opinion, y estas tristes ideas se renovaban dolorosamente, sobre todo en los momentos que se entregaba á las efusiones de la ternura maternal. "¡Cómo! (decia) ¡yo debo temer lo que forma la mas dulce esperanza de todas las otras madres, la época en que amanecerá la razon en mis hijos! ¡entonces será cuando puedan juzgarme! En el curso ordinario de las cosas el tiempo echa un velo sobre las flaquezas de las mugeres culpables; sus hijos cuando llegan á la juventud pueden ignorar lo que se quiere tenerles oculto, ó á lo menos lo que siempre puede dudarse: pero el nombre del que me ha perdido perpetuará de edad en edad la memoria de mi iniquidad, y su gloria eternizará mi deshonra. El título sagrado de madre es un oprobio para mí. Y mi hija, esta niña, á quien tanto amo, ¿qué pensará de

mí cuando despues de instruida en la religion, y de haber meditado su moral sublime, haga reflexiones sobre mi vida y mi nacimiento? Y en adelante ¿qué consejos me atreveré á dar á su juventud, ni con qué cara podré hablarla de sus deberes y de la virtud? ¿Me será posible, indigna de su estimacion, guiarla, ni pretender su confianza? ¡Parece que el dulce nombre de madre, cuando es ilegítimo, no es sino una usurpacion tan desgraciada como vil, supuesto que no dá derecho alguno de los que este mismo título asegura á todas las mugeres virtuosas!”

Entretanto que esta infeliz se condenaba á sí misma justamente con tanto rigor, el público mas indulgente hácia ella admiraba el espectáculo tan nuevo de una *favorita* humillada por su elevacion, viviendo sin fausto y en la soledad, sin mezclarse en ningun negocio, y dando el ejemplo mas perfecto de desinterés. La que en una situacion semejante fue llamada *la humilde violeta* (1), no era seguramente una muger ordi-

(1) Así la apellidaba siempre madama de Sevigné.

naía: el pueblo la amaba; y á pesar de su flaqueza se hizo interesante para todos los corazones bien formados, sensibles y virtuosos; pero no la juzgaban así en la corte. El desprendimiento de ambicion, cuando no puede dudarse, no parece allí sino un defecto de talento, y una falta de ingenio; es una virtud tan mal colocada en aquel parage, que no hace honor. Lo que produce la que llaman *estimacion* en la corte no es mas que la consideracion que se adquiere, no por la amistad estéril del príncipe, sino por el poder y la voluntad activa de servir ó de dañar. Despreciando la Duquesa las riquezas y los embolismos, no pidiendo nada, ocultándose, no existiendo sino para el rey, y para sus hijos, consagrándoles en el retiro todos los movimientos é instantes de su vida, no pareció á los cortesanos sino una persona inferior á su situacion; y su dulzura y su bondad constante aumentaron la audacia de sus enemigos. El odio podia intentar todo contra una muger incapaz de vengarse, y aun de quejarse: su extremada moderacion desagradó á sus amigos, y así se resfriaron, per-

diendo la esperanza de emplear su valimiento á medida de su ambicion: sine embargo ella les habia hecho grandes beneficios, solicitando para ellos varias gracias que obtuvieron: pero las gentes que están en favor tienen una desgracia extraña, cual es, que todo lo que consiguen para sus amigos, lo miran estos como un empeño en que se constituyen de hacer mucho mas que aquello en lo sucesivo: en este singular comercio, los beneficios, lejos de adquirir el desempeño de las deudas de la amistad, hacen contraer obligaciones eternas. La Duquesa estaba siempre importunada de sus amigos: llamaban á su desinterés una locura quijotesca, á su disgusto por los enredos una indolencia ridícula, y á su moderacion una simpleza. Los que la oborrecian la calumniaban sin temor y sin miramiento: los que hacian alarde de estimarla, casi siempre mal contentos de ella, la defendian con tibieza; y el resto de los cortesanos no la quería. Una *favorecida* obscura, inaccesible, que no daba fiestas, ni hacia papel ninguno, no podia ser de su gusto. Así esta persona interesante, tan desgra-

ciada por sus afectos y por sus faltas, no encontraba otro consuelo que pensar en los sentimientos del rey, porque los creía inalterables, estando distante de prever los nuevos tormentos que muy en breve iba á experimentar.

En esta época vino á la corte Athenaide de Montemar, marquesa de Montespan, cuya fisonomía brillante, y el atractivo de sus gracias y de su viveza, deslumbraron todos los ojos de los cortesanos. Lauzun que estaba íntimamente ligado á su familia, alabó mucho á la duquesa de la Valliere su carácter, su conducta y sus sentimientos, y esta relacion la inspiró el deseo de verla; y fue una noche para este efecto al juego de la reyna sabiendo que la Marquesa estaría allí: ésta por su parte tenia la mayor curiosidad de conocer á la muger que habia siete años poseía el corazon del rey. Su primer encuentro no fue mas que un reconocimiento que produjo una especie de escena. La sorpresa de la Duquesa fue grande al ver que la marquesa de Montespan era la incógnita que habia visto en la aldea incendiada: y la Mon-

tespan no quedó menos sorprendida viendo que la Duquesa era la que allí habia encontrado, y que tanto deseaba conocer. Las dos se acercaron, y se hablaron entonces con un vivo interes. Los cortesanos las hicieron varias preguntas, y la Duquesa callaba; pero la Montespan contó con mucha gracia y puntualidad una aventura que la agradaba no poco se supiese, sobre todo porque la proporcionaba un pretexto muy natural para introducirse con la *favorecida*, y un medio cierto de hallar á menudo al rey: ventaja inestimable en la corte hasta á los ojos de los que no tienen grandes miras ambiciosas. La Marquesa en su relacion hizo valer con el tono del entusiasmo la beneficencia de la Duquesa, cuyas particularidades habia sabido: porque teniendo una casa de campo inmediata al lugar incendiado, los mismos socorridos la habian contado su caritativa accion. La Duquesa se agradó mucho de la sensibilidad que manifestaba la Marquesa, no menos que de su hermosa persona, y desde luego creyó encontrar en ella un alma semejante á la suya: por cuya persuasion em-

pezó á amarla desde aquel momento, proporcionándola así que se aprovechase de aquella primera impresion, pues al dia siguiente fue á casa de la Duquesa, que la recibió con toda la franqueza de su carácter, y toda la sinceridad de su alma: y la Marquesa la trató á ella con toda la seduccion y reserva de su artificio y sagacidad, manifestando haberse apasionado de ella, y así obtuvo toda su confianza. La Duquesa la abrió enteramente su corazon, la hizo ver sus escrúpulos, sus remordimientos, su tristeza, y aquel profundo sentimiento, aquel amor aumentado con tantas penas y sacrificios que no podia ni vencer ni moderar. La Montespan la compadecia, y sobre todo alabó su arrepentimiento, conviniendo en que con tanta delicadeza jamas sería dichosa entregándose á una pasion que ella misma se echaría en cara tan vivamente. "¡Ah (la dijo la Duquesa), si yo pudiera separarme de su lado sin que se desesperase, puede ser que aún tuviera valor para hacerlo! ¡Pero afligirle, atravesarle el corazon, y envenenar el resto de su vida en recompensa de

tanto amor, de tantos cuidados y de tanta constancia: no; yo no tendré jamas este valor inhumano!" A semejantes reflexiones la Montespan caía en una especie de tristeza de la que no salía sino para enternecerse, tambien de la suerte de su amiga. Ella era la única persona de la corte que lejos de combatir los remordimientos de la Duquesa, los hubiese comprendido y aprobado, y ésta la estimó mas por esto, creyendo hallar en ella los principios y la firme amistad de madama de Themine; y así se decía: "¡aquí encuentro una verdadera amiga!" La Montespan la era cada dia mas necesaria por lo mismo, y desde luego no la veía sino privadamente y casi siempre sin testigos: despues para verla mas deseó que fuese admitida en la íntima sociedad del rey: Lauzun se unió á ella para hablar al rey en favor suyo, y éste al instante que la conoció subscribió á todos los elogios que la prodigaban. La Duquesa que temia siempre no se disgustase y entristeciese el rey en su casa, comprendió con gusto que la conversacion y las agudezas de la Montespan lo divertirían, y así

daba gracias con candor á su amiga por las diligencias que hacía para agradar al rey: y la Montespan instruida por las conversaciones confidenciales de la Duquesa, conociendo de antemano el gusto, el carácter y el género de talento del rey, se aprovechó de esta ventaja con un arte el mas sutil. Bajo la apariencia de la ligereza, y alguna vez tambien de la travesura, lo adulaba de mil modos indirectos, sin que él pudiera suponer su proyecto: manifestaba opiniones que se conformaban con las suyas, y sentimientos que le movian el ánimo: siempre procuraba variar de objetos ingeniosamente, y guardar en todo aquel'a medida y delicadeza capaces por sí solas de dar la mayor gracia al buen humor. Toda esta seducción, reunida á los atractivos de su interesante persona, produjo el efecto que ella desde luego esperaba.

Las amigas de la Duquesa, la duquesa de Saint-Aignan, y la marquesa de Sourdis, no vieron sin celos su intimidad con la Montespan, y la dieron á entender que esta nueva amiga, tan jóven, tan brillante, esposa

de un hombre singular y ridículo, á quien ella despreciaba, y de quien se burlaba abiertamente, podria hacerse una rival peligrosa. Esta idea la pareció á la Duquesa una sospecha iníqua: esto era para sus ojos ofender el carácter del rey; y su seguridad de que era inalterable en sus sentimientos, la hacía desechar aquellos tristes avisos con tanto desden como indignacion. Sus antiguas amigas se separaron de ella, y se unieron á sus enemigos. La marquesa de Montespan llegó á serla mas interesante cada dia; de manera, que satisfecha de poderse entregar libremente á un sentimiento legítimo, su amistad para con ella no tuvo límites, y quiso que tuviese un alojamiento decentísimo en su casa á fin de pasar dos ó tres dias enteros de la semana en su compañía. Tanta intimidad empezó á causar algun embarazo á la Montespan: sus proyectos estaban parados, y todo el mundo los aplaudia. Madama la atrajo á su cuarto, y el rey volvió á visitarla con mas frecuencia: allí oía alabar ó citar incesantemente á la Marquesa: ponderaban su hermosura, su natural y su entendimien-

to, y no dejaban pasar ocasion de hacerla valer. Nada hermosea tanto á una muger amable como la benevolencia y aplauso general: la confianza aumenta las gracias y dá una especie de tranquilidad que parece dulzura, y tambien modestia. Para emplear con facilidad todos los medios de agradar es menester contar con una prevencion favorable: no se obtiene mucho sin arriesgar algo: ¿y quién no se aventura cuando se sabe que nada será juzgado rigurosamente, y que todo lo que puede ser aplaudido y aprobado recibirá el aplauso y la aprobacion general? Las personas tímidas y modestas no ven en un concurso sino observadores y jueces ilustrados y severos: las gentes de un amor propio confiado no ven en él sino inferiores y admiradores: si tienen bastante destreza y gusto para ocultar esta opinion, ¡qué ventajas no tienen sobre los otros!

El rey escuchaba y miraba al objeto de tantos elogios con tanta turbacion como asombro: la Marquesa era tan diferente en todo de la Duquesa de la Valliere, que hallarla hermosa era una infidelidad; no se po-

dia amar á la una todavía, admirando á la otra con entusiasmo. Lauzun y el duque de Longueville ayudaron con todo su poder á favorecer los designios de la Montespan: el primero con ideas ambiciosas, y el segundo por el sentimiento que nunca habia podido vencer, pues amaba siempre á la Duquesa, y esta pasion era todavía mas fuerte que la delicadeza que habria debido empeñarlo á no acordarse de ella. Madama dió un baile de máscara, y entre estas el rey no buscó sino á la marquesa de Montespan, á quien encontró al instante: se apartaron de la confusion entrándose en un gabinete separado, donde tuvieron una larga sesion, la cual terminó por una declaracion amorosa, y se citaron para el dia siguiente. Entretanto la Duquesa sola, encerrada en su casa, y sabedora de que el rey y la Montespan estaban en el baile, pensaba en ellos con la mas dulce tranquilidad. "Bien segura estoy (se decia) que ellos se buscarán, hablarán juntos, y todo vendrá á parar en ser yo el objeto de su conversacion." La Duquesa se adormecia con este pensamiento, y su sueño fue tranquilo.

El amor no da presentimientos; engañoso en todo, la confianza y los temores que inspira son igualmente sin fundamento: agita cuando pudieran gozarse algunos momentos de sosiego, y ciega cuando se pierde todo lo que ha prometido.

Sin embargo, el rey aunque embelesado con un triunfo brillante y un amor nuevo, no estaba sin remordimientos ni inquietudes, porque todos los sentimientos por la Duquesa no se habian apagado: ya no se la representaba bajo los rasgos maravillosos que lo habian encantado: pero ella era todavía á sus ojos la muger mas interesante de todas. La Marquesa supo disipar estos sentimientos y escrúpulos: no era bastante para ella hacerle infiel; era necesario hacerle tambien ingrato á fin de manifestar que no hacía un papel odioso: ella no temia elogiar el carácter de la Duquesa, porque sabia que la estimacion puede fortificar el amor, mas no encenderle. Al paso que hacía justicia á las virtudes de aquella, daba á entender que jamas habia amado verdaderamente al rey, supuesto que habia conservado y conservaba

todavía tantos pesares y arrepentimientos, asegurando tambien que el amor no se acuerda de sus sacrificios sino para aplaudirse de haberlos hecho: que cuando es extremado se cree justificado, y que lo está en efecto, supuesto que cede á una fuerza irresistible. El rey se dejó persuadir con facilidad de semejantes sofismas, porque encontraba en la Marquesa todos los enagenamientos de la passion. Cuando comparaba esta violencia con la dulce y profunda sensibilidad de la Duquesa, se decia á sí mismo, que se hallaba amado por primera vez: el amor lo embriagaba, y no obstante no penetraba su corazon, como lo habia hecho en otro tiempo. Estos transportes tumultuosos solo dejaban ideas confusas y fugitivas: pero el encanto de la ternura derrama un placer muy dulce en la memoria. El rey muy satisfecho sin embargo de que la Duquesa no sabria su mudanza sin un vivo dolor, quiso ocultársela. La Marquesa, que tenia miramientos que guardar y precauciones que tomar, deseaba tambien que su debilidad se ignorase á lo menos durante algun tiempo, y así se condujeron por

una y otra parte con un gran misterio, que solo la Duquesa dejó de penetrar.

Por este tiempo murió Felipe IV rey de España, padre de la reyna, y Luis XIV tuvo pretensiones sobre su herencia, y en especial sobre los Países-Bajos. Resolvióse la guerra, y el rey anunció que iría á Flandes á la cabeza de su ejército. ¡Cómo quedó la Duquesa cuando supo esta novedad! Todos los peligros y todos los horrores de la guerra se presentaron en su imaginacion, y el rey iba á exponerse á ellos. ¿Cómo tendria un instante de reposo con un pensamiento semejante, y cómo podria distraerse de él? La presencia misma del que ella amaba parecia que aumentaba mas su pena: no podia mirarle sin experimentar una afliccion inexplicable; y cuando se hallaba sola, las ideas mas tristes la perseguian, sin el consuelo de poder manifestarlas, no porque quisiese afectar un valor que no tenia, sino porque hay ciertos temores tan terribles que no tenemos espíritu para articularlos, pues se presentan á la imaginacion como imágenes confusas que no pueden desecharse, sobre las cuales ja-

mas el pensamiento se fija voluntariamente: y por una supersticion de que el entendimiento no puede preservar á los corazones sensibles, parecia á la Duquesa que habria presentido siniestros presagios manifestando sus mortales inquietudes. En fin, ella quería dejar al rey todo su valor, y habria creido debilitárselo si no le ocultaba su dolor. Mientras que se esforzaba por parecer tranquila, la Marquesa, cuando estaba sola con el rey le pintaba enérgicamente sus lágrimas, y las exâgeraba muy por menor. Estos discursos vehementes, torrentes de lágrimas, y frecuentes deliquios inspiraban al rey todo el reconocimiento que un amante experimenta cuando está apasionado: sinembargo él miraba con mas ternura, y la hallaba mayor en una sola mirada de la Duquesa, que en todas aquellas violentas demostraciones. Se entiende tan bien este language cuando se ama, que ninguno otro se necesita entonces: pero cuando ya no se ama, el semblante cuyos movimientos parecen tan expresivos, los ojos donde se han sabido leer tantas cosas, ya no dicen nada, y es necesario preguntarles con

un vivo interes para comprenderlos: la indiferencia ve todavia la hermosura, pero no advierte ya la expresion que produce su encanto. La Duquesa estaba demasiado ocupada con su dolor para advertir la mudanza del rey: notaba, sí, que estaba distraido y pensativo; y lejos de inquietarse por esto atribuía su frialdad y su embarazo á la tristeza que le causaba, á pesar de su amor por la gloria, el haberse de separar de ella.

Luego que la estacion permitió ir á campaña, partió el rey para Flandes: esta partida sumergió á dos personas en un estado verdaderamente digno de compasion, á la reyna y á la Duquesa; pero la una recibia consuelos por todas partes, y nada suavizaba los amargos sentimientos de la otra: la reyna se honraba con su afliccion: todos los corazones se interesaban en ella, y la estimacion pública disminuía su amargura. Tal es la felicidad adicta á los sentimientos legítimos, que se gusta una cierta dulzura aun en medio de las penas mas amargas que producen. ¿Pero cómo ha de soportarse el dolor cuando es un objeto de escándalo, que

excita el desden y la censura de los malos y de los afectados, y solo obtiene de las gentes virtuosas una compasion que humilla? La Duquesa recibia sin cesar correos del rey, y cartas de Lauzun que la contaba todos los sucesos relativos al rey: la participó que á éste en la trinchera de Lila, exponiéndose con la mayor temeridad, le habian muerto uno de sus pages que estaba detras de su persona; y que un soldado viejo lo habia agarrado por un brazo diciéndole ásperamente: "*Quitaos de aquí, Señor: ¿es ese vuestro puesto (1)?*" Estos pormenores exáltaban la admiracion de la Duquesa, y llevaban al colmo sus terrores; y la reyna por su parte experimentaba los mismos sustos y los mismos sobresaltos.

Parece que las vivas inquietudes y una profunda afliccion por la misma causa suspenden la rivalidad entre dos mugeres hechas para amarse: los corazones igualmente afligidos se atraen por una inclinacion natural, pues solos ellos pueden entenderse. Ya no se

(1) Memorias de Choissi.

aborrece á la que llora los males que uno mismo gime: se mira con cierto enternecimiento en su semblante la expresion y el sello de todo lo que en sí se siente, y con placer se observa su mirada melancólica. ¿Cómo ha de resistirse á la simpatía de la desgracia?

La Duquesa iba mas á menudo á ver á la reyna: ésta la habia querido siempre, y jamas la habia manifestado aquella animosidad tan comun contra una rival preferida. La reyna conocia la dulzura y la generosidad de la Duquesa, y era la única que tenia derecho de quejarse de ella; y sin embargo hacía á su carácter una justicia que todas las mugeres de la corte la rehusaban. Observaron con sorpresa que despues de la ausencia del rey, la reyna acogia mas á la Duquesa, y que parecia tambien que se habia entablado entre ambas una especie de inteligencia misteriosa. Si hablaban de la guerra ó del rey, se miraban con una expresion extraordinaria de interes y sensibilidad: manifestaban enter necerse mutuamente cuando hablaban de la recíproca decadencia de su salud; y cuando la reyna recibía noticias del ejército, su pri-

mer cuidado era noticiarlas á los amigos de la Duquesa, aunque ella no tenia relacion alguna con ellos. Toda esta conducta hizo formar una infinidad de falsas conjeturas; los cortesanos adivinan con maravillosa facilidad los artificios y designios de la ambicion; pero todos los movimientos generosos de una gran sensibilidad no son para ellos sino extravagancias inexplicables, porque no han estudiado de las humanas sino aquellas pasiones que el orgullo inflama: menos males é injustos, que ciegos, no tienen la intencion de calumniar los corazones sensibles, pues los desconocen.

Una mañana que la Duquesa esperaba noticias del ejército se consternó al saber que no habia parecido correo alguno: dijéronla que la reyna estaba llena de inquietud, y al instante marchó á palacio; éste era un paso extraordinario porque jamas iba por la mañana, pero su deseo de verla era irresistible. La clase que tenia en la corte la daba las *grandes entradas*, y ella no se habia aún servido de esta distincion y prerrogativa: penetró hasta la cámara de la reyna sin obs-

táculo, como era regular, y no halló en ella á nadie: se dirigió en seguida con silencio y timidez al oratorio, cuya puerta estaba abierta (1), y vió á esta princesa sola, de rodillas, colocada de manera que no podía advertirla. La Duquesa conmovida se detuvo, y por primera vez miró y contempló á la reyna con una cierta envidia. “¡Sin duda implora para él (se decia) la proteccion del cielo! ¡Qué dichosa es, pues su virtud la dá el derecho de pedir con esperanza!” La reyna oyó suspirar, volvió la cabeza, y vió á la Duquesa bañada en lágrimas. “¡Dios mio! (exclamó asustada) ¿sabeis algo de nuevo?” “No señora (responde con una voz cortada la Duquesa); pero inquieta como lo está toda la corte por la tardanza de los correos, me atreví á venir...” “En la situacion en que me hallo (la interrumpió la reyna) no veo con gusto sino á las personas que se interesan vivamente en los peligros á que el rey está expuesto...” La reyna pronunció

(1) En aquel tiempo todas las reynas de Europa tenían oratorios en su habitacion.

estas palabras con todo el atractivo que la dulzura, la indulgencia y la bondad pueden dar á la virtud. La Duquesa en este momento habria sido capaz de sacrificarla su amor: arrebatada de un movimiento tan tierno como irreflexivo, puso una rodilla en tierra, y agarrando una mano á la reyna la apretó contra su corazon: la reyna enternecida la levanta y la abraza: la Duquesa llorando á mares, la dijo: "¡Ah, señora benignísima, disponed de mi triste existencia!..." Iba á proseguir y á tomar tal vez un empeño virtuoso, cuando la reyna oyó ruido en su cámara. Tantos miramientos y tantas preocupaciones en la corte, se oponen á la bondad; y así la reyna hubiera experimentado un mortal embarazo si la hubieran sorprendido mano á mano con la Duquesa enterneciéndose con ella, y por lo mismo la dejó precipitadamente. La Duquesa sin atreverse á seguirla se quedó en el oratorio mirando con una especie de temblor aquel secreto asilo de la devocion, y el sitio donde la reyna habia estado colocada, y aquel cojin de terciopelo, todavía hundido, sobre el cual al

pie de un crucifijo aquella princesa virtuosa acababa de orar con tanto fervor por un esposo infiel. Sin embargo, su turbacion fue grande; y esperando que la cámara de la reyna se llenase sucesivamente de todas las señoras de la corte, se arrepintió de no haber seguido á la reyna, porque ya no podia salir del oratorio sin causar una admiracion prodigiosa: por otra parte con su fino discernimiento habia comprendido demasiado por qué la reyna se habia separado de ella tan apresuradamente. “¡Ella se avergonzó de la mucha bondad que tuvo conmigo! (se decia) ¡Ah, yo soy en efecto tan culpable, que la indulgencia debe ser misteriosa conmigo! ¡Temer perder la dignidad y ser tenidos por débiles si la manifiestan!” Al hacer esta dolorosa reflexion percibió un gran movimiento en la cámara de la reyna: anuncian un correo del ejército, y entonces los miramientos delicados y el temor de hacerse notable se olvidaron á la Duquesa, y se arroja fuera de sí á la cámara en el instante que la reyna despues de haber leído rápidamente un billete, grita: “La Flandes entera está con-

quistada: todo se acabó: el rey vuelve lleno de gloria!" A estas palabras todas las señoras manifestaron su alegría en sus demostraciones, en sus exclamaciones, en su júbilo; y la reyna transportada de gozo las abrazó á todas menos á la Duquesa. Recorriendo el circo pasó con un aire severo por delante de ella, sin honrarla siquiera con una mirada. Ya habia cesado su inquietud, y solo veía una rival en la Duquesa. La reyna la habia permitido participar de su dolor; pero la alegría de una rival es una ofensa: puede afligirse, mas no alegrarse con ella.

Todos miraron á la Duquesa sin concebir cómo se encontraba allí inopidamente saliendo del oratorio de la reyna, en el cual solo las personas de mayor confianza tenían derecho de entrar: el modo con que la trataba la reyna hacía mas obscuro este misterio: la observaban con una curiosidad tan maligna, que en cualquiera otra ocasion la hubiera cruelmente atormentado; pero un solo pensamiento la ocupaba, y era: *¡el rey vuelve victorioso!* Esta idea la ponía fuera de los tiros de la maledicencia y aborreci-

miento, de la envidia, de los ultrages, y finalmente de todo. ¡Qué no se desprecia cuando se pasa rápidamente de un acerbo dolor al colmo de la dicha; cuando el corazón y el amor propio quedan igualmente satisfechos, y los votos mas fervientes que se han hecho son oídos al instante! La Duquesa deseaba eficazmente volver á su casa, asegurada de que se hallaría con carta del rey, y así no se detuvo sino algunos minutos, y corrió al palacio de Biron: para ir á él era preciso atravesar todos los patios del palacio y una parte de la entrada: el pueblo instruido ya de las favorables noticias que habian venido, se entregaba á todos los transportes de una alegría inmoderada: todos los patios retumbaban de los gritos repetidos de *viva el rey*, y cada uno de estos gritos penetraba hasta el fondo del corazón de la Duquesa. ¡Oh, cuán justo y bien fundado la parecia este entusiasmo general! ¡Cuán amable era á sus ojos aquel pueblo impetuoso en todos sus sentimientos! ¡Y con qué delicia se embriagaba el amor con la gloria de un objeto adorado!

Vuelta á su casa encontró en efecto un billete del rey avisándola que escribía á la reyna marchase á Amiens á recibirle; y á ella la convidaba tambien á hacer aquel viage: el billete del rey era corto; pero todo contenta y satisface cuando uno se cree dichoso, como sucedia á la Duquesa, quien envió á llamar á la Montespan para hablar de su alegría. Esta se hizo esperar, y su visita no fue larga: estaba muy agitada y cabilosa, y se disculpó con que se hallaba obligada á seguir á la reyna en el viage de Amiens, que debia verificarse al otro dia al amanecer: la Duquesa solo se ocupó en los preparativos del suyo, y aunque no era del séquito de la reyna partió el mismo dia y á la misma hora que esta princesa. Por respeto y bien parecer no se habia atrevido á ir delante, y su coche se halló confundido en el camino con los de las personas que seguian á la reyna. Este viage fue un encanto para la Duquesa: ella se representaba como el momento mas dulce y delicioso de su vida la vista del rey, pues volvia á verle desembarazado de la peligrosa ocupacion de

la guerra, apasionado, dichoso, todo suyo, disfrutando sobre todo para ella de sus triunfos y su gloria: cada uno de estos pensamientos la causaba una conmoción y latidos de corazón que jamás había experimentado. Como fue no solo caritativa sino pródiga para con los pobres que encontró durante el viage, estos gritaban: *viva el rey: viva nuestro grande y buen rey.* ¡Cuanto le enternecian aquellos gritos de los miserables! escuchándolos, les socorría con reconocimiento. A pesar de sus males ellos bendecían á su soberano. "Hijos (les decía con las lágrimas en los ojos) amadle siempre, rogad al cielo por él, que no os olvida, siente vuestros males, y procurará remediarlos": y hablándoles de este modo les distribuía el oro con profusión. Se unía á la ternura que tenía al rey una exáltacion de espíritu que ella sola habría podido formar lo que comunmente llaman una violenta pasión.

Este enagenamiento duró todo el camino por las aclamaciones del pueblo que se encontraba. ¡Qué armonía tan encantadora es la de la reunion de todas las voces ce-

lebrando acordes al objeto que se ama apasionadamente! ¡Qué buenos y sensibles nos parecen todos aquellos que experimentan semejantes enagenamientos! ¡Cómo nos admiramos de que se pueda mirar con indiferencia la especie humana! ¡Qué gusto no se siente al decir "el objeto de todos estos homenajes, este héroe y este soberano idolatrado solo á mí es á quien ama! ¡Yo soy la que puedo únicamente añadir la felicidad á tanta grandeza y tanta gloria! Bendiciéndole sus pueblos, y admirándole la Europa entera, solo pueden darle fama; pero sin mí no puede ser feliz!"

Estas ideas y estos transportes desterraron por fin durante el viage el arrepentimiento y los remordimientos que hasta entonces habian mezclado tanta amargura en este amor tierno y constante: despues de tantos sobresaltos, una alegría tan repentina y tan viva llenaba el alma toda entera de la Duquesa y desterraba todo recuerdo doloroso. Se creía justificada con la gloria de su amante, porque no solo gozaba de la que éste acababa de adquirir, sino tambien de todo lo grande que

Él debía hacer en lo sucesivo: su corazón le daba desde luego el título glorioso que recibió: el amor sobre un solo punto la descubría lo futuro: ¿es posible que no prevea lo que da honor á su objeto? ¡ Ah! á él solamente pertenece predecir los sucesos y los triunfos!

En fin ya se hallaban á tres leguas de Amiens, cuando desde lo alto de una montaña vió la Duquesa una parte del ejército: á esta vista la prudencia y la razon la abandonaron hasta el punto de olvidar toda humana consideracion: ya no es capaz de hacer sino un solo cálculo, y es, que dejando el camino real y siguiendo otro de travesía veria algunos minutos antes al rey (1): al instante manda á sus postillones tomar aquel camino; la dicen, aunque inútilmente, que es casi impracticable, y responde que solo es bueno el mas corto. Empéñanse en él, y aunque la Duquesa era naturalmente medrosa, nada podia asustarla en aquel momento: en el peligro de volcar no hallaba otra desgracia que la detencion: ninguno mas existia para ella;

(1) Memorias de Montpensier.

el amor da á un tiempo confianza é intrepidez cuando por él se exponen: se cuenta de tal modo con la fortuna que se cree no aventurar nada estando bajo sus auspicios.

A pesar de los surcos, las piedras y profundos hoyos que hallaban, la Duquesa daba tanta priesa á los postillones para que anduviesen que ya les faltaba poco camino para llegar; pero este camino le parecia inmenso á la Duquesa, porque la separaba todavía del rey! En la mas violenta agitacion, la cabeza fuera de la puertezuela del coche, y con las lágrimas en los ojos, extendia la vista cuanto lo permitia el terreno y los muchos árboles que encontraban, por ver si divisaba el ejército; y aunque por estos impedimentos no lo lograba, bien sabia que se aproximaba, y cada paso aumentaba su emocion y el ardor de su impaciencia. "¡El rey y yo vamos á vernos! (exclamaba) oh! cual será su alegría, y cual será mi júbilo!" En medio de estas ideas deliciosas caen de repente en una especie de foso, vuelca el coche, se rompe un cristal, y la Duquesa recibe dos heridas, una en la barba y otra en un bra-

zo: su primer movimiento fue gritar á sus criados que levantasen el coche prontamente: obedecieron, y bien presto volvió á marchar el carruage: á la Duquesa la incomodaba mucho el brazo que se la habia hinchado excesivamente: hizo un suspensorio con un pañuelo, y decia entre sí: "bien conocerá á lo que me he arriesgado por verle un poco antes!" No obstante, por no asustarle se limpió muy bien la sangre de las heridas: en este momento, volviendo la vista hácia el campo arroja un grito penetrante porque vió las tropas y vió al rey! Este por su parte conoce el coche y la librea de la Duquesa: hace galopar al caballo, se dirige á ella, y llegándose al coche la dice: *¿Cómo pues antes que la reina?* Esta fue su primera palabra, palabra de improbacion sobre su apresuramiento, sin duda imprudente, pero tan tierno! ¡Una reconvencion severa por tanto amor! La Duquesa herida como de un rayo quedó inmóvil, helada, y no dijo una palabra: *¿pero qué podía decir cuando es él quien la condena?* Sin embargo mirándola el rey advierte que tiene un brazo suspendido, y se

conmueve, y pregunta la causa: la Duquesa no estaba en estado de responder, y sus criados explicaron lo que habia sido. "Ah! (exclamó el rey) cuando yo sentí veros venir por este camino era porque presentia la pena que ahora experimento!" Esta frase animó un poco á la Duquesa, mas no la consoló. Hay ocasiones en las cuales nada enmienda una palabra dura dicha en un primer movimiento: se perdona cuando se ama; pero no se olvida jamas: un corazon profundamente herido no tiene cura: la dulzura y la ternura preservan del resentimiento y no del sufrimiento. El rey manifestó sensibilidad, pero ya no era tiempo; todas las quimeras de felicidad acababan de desvanecerse: una ilusion tan amada se disipaba al fin. La conversacion fue corta: el rey se veía obligado á continuar su marcha, y la reina se acercaba; y así dijo á la Duquesa que para proporcionarla algun reposo dormiria en Amiens: á esta palabra *reposo* no pudo la desgraciada detener un suspiro; el rey no lo oyó, y la dejó. Entonces experimentó una opresion de corazon la mas terrible viéndole apartarse de ella á

gran galope, porque se figuraba la abandonaba para siempre! Se sentia desfallecida, y no obstante le seguia con la vista; pero el rey no volvió ni una vez siquiera la cabeza! Muy presto una nube de polvo lo ocultó á sus ojos: entonces próxima á desmayarse cae en el fondo del coche: se espanta de hallarse sola y entregada á sí misma: quiere en vano separar crueles reflexiones, y un pensamiento terrible la oprime y ofusca su imaginacion: una voz fúnebre grita en el fondo de aquel corazon despedazado: *ya no me ama!* Recuerdos vivos y penetrantes semejantes á los relámpagos espantosos de luz la hacen divisar la funesta verdad.... Se acuerda de las advertencias que ha despreciado.... Los mas amargos sentimientos, tan nuevos para ella, se juntaron con su dolor: no podia llorar porque la indignacion secaba sus ojos: su brazo la dolia mucho, y este dolor fisico producia otro moral, mil veces mas sensible, porque se acordaba de su causa y sus resultas.

Apenas llegó á Amiens cuando el rey acompañado de un cirujano entró en su cuarto: ella no vió en este cuidado sino huma-

nidad y compasion : mientras que registraban el brazo llegó la marquesa de Montespan ; la Duquesa se estremeció al instante y miró al rey , que se quedó cortado. La Montespan corrió á abrazar á la Duquesa tocándola ligeramente al brazo lastimado , y ésta la repelió diciéndola : "ah! apartaos que me haceis mal!" La Montespan, á quien nada sorprendia, tuvo el arte de dar á estas expresiones el sentido mas sencillo ; pero no quiso sentarse porque dijo tenia que volver al instante á ver á la reina : fuese, y un medio cuarto de hora despues el rey se marchó tambien , luego que el cirujano hubo asegurado que no tenia el brazo quebrado ni desconcertado.

Una sola sospecha basta á veces para disipar un largo error : se abren los ojos , se mira, y entonces se ve. La inteligencia del rey con la Montespan pareció tan clara á la Duquesa , sobre todo trayendo á la memoria multitud de circunstancias que la confirmaban, que ya no se admiraba sino de su pasada ceguedad. Sin embargo su noble corazon batallaba todavía con la conviccion de

su entendimiento, y así se repetía: *yo no tengo pruebas ciertas*. Por esto no estaba menos convencida de su desgracia; pero era para ella un consuelo el poderse decir todavía esta frase. Sus criadas la desnudaron para ponerla en la cama, porque se hallaba tan abatida de cuerpo y de espíritu que no podía moverse ni sostenerse; y así las dejaba manejarla sin ayudarlas y sin resistirse en nada. Luego que la dieron un espejo se quedó espantada de la mudanza de su semblante; en el mismo momento se la viene á la memoria la brillante figura de la Montepan, se compara con su rival, y un sentimiento de humillacion llenó su corazon de amargura. A pesar de su extravío tenia tal fondo de ingenuidad que jamas habia pensado que los atractivos de su figura fuesen un medio de atraer al rey; pero en este instante, aunque se avergonzaba, echa menos la belleza. Ella se creía mas mudada de lo que estaba realmente; siempre tenia las mismas gracias, ojos incomparables, y una fisonomía de un angel; pero con tanta sensibilidad ¿cómo podia conservar la viva frescura de la juventud?

A pesar de su fatiga y abatimiento no la fue posible conciliar el sueño; no obstante á la mañana siguiente su brazo estaba casi curado, y partió al mismo tiempo que la reina. ¡Qué no sufrió durante un camino que habia andado antes con tanto júbilo y tanta satisfaccion! En fin se llegó tarde á Versailles, y la Duquesa se encerró en su casa y no vió á nadie. La Montespan habia contado al rey que la reina estaba excesivamente ofendida de que la Duquesa hubiese querido verle antes que ella; y tuvo buen cuidado de exagerar mucho este resentimiento, pintando tambien muy vivamente la *indignacion* de todas las personas de la corte, y siendo ella de parecer que la frialdad natural de la Duquesa (así llamaba á su modestia) haciéndola incapaz de entusiasmo no habia podido hacer esta accion sino por despreciar á la reina. Madama y madamisela de Montpensier, enemigas personales de la Duquesa, no dejaron escapar tan oportuna ocasion de clamar contra ella, y así aseguraron que la reina al verla dejar el camino real, casi estuvo tentada de mandar á

sus gualdas que la arrestasen (1), y que seguidamente habia dicho veía por la insolencia actual de la Duquesa, que toda la humildad que la habia manifestado durante la ausencia del rey no habia sido tal vez sino bajeza, adulacion y falsedad. Aunque todas las damas que se hallaban en la carroza de la reina no se descuidaron en irritarla contra la Duquesa, esta princesa no habia dicho semejante cosa; pero este discurso fue tan repetido y tan aprobado, que la reina, tal vez lisonjeada de que se lo atribuyesen, no tuvo la franqueza de desmentirlo, lo que precisamente la obligaba á tratar á la Duquesa con mas sequedad que jamas lo habia hecho. Esto era lo que querian y lo que habian esperado sus enemigos.

Al dia siguiente no pudo la Duquesa dispensarse de recibir varias personas que únicamente iban á instruirla de todo esto. Ben-serade, que la profesaba una sincera amistad y que siempre se habia conducido noblemente con ella, no se habia atrevido sin em-

(1) Memorias de madamisela de Montpensier.

bargo á hacerla advertir la traicion de la marquesa; pero no la ocultó la perfidia con que ésta habia procurado en aquella ocasion irritar el ánimo de la reina y del rey. La Duquesa suspiró, contuvo las lágrimas y no respondió nada, porque tenia demasiadamente lastimado el corazon para descubrirlo.

El rey vino; la Duquesa mudó de color al hallarse sola con él, como temiendo una explicacion: en efecto, no podia hallar en ella la Duquesa sino la confirmacion completa de su desgracia. El rey estuvo con mucha frialdad y embarazo; empezó anunciando que se hallaba agoviado de negocios, y que estaria un instante. En seguida dijo á la Duquesa, que con motivo de su retorno y de la conquista de la Flandes todo el mundo iria aquella noche á la corte de la reina, y que se alegraria de que ella fuese tambien.

La Duquesa hizo una señal de obedecer, bajó los ojos llenos de lágrimas, y se estuvo callada, conociendo que el rey exigia este paso respetuoso como una especie de reparacion del agravio hecho, y del cual se que-

jaba la reina. El rey habló de otra cosa, y de repente mirando el reloj bajó la cabeza y salió precipitadamente. La Duquesa quedó en un estado de abatimiento que parecia estupidez. En fin á la noche fue á la corte de la reina. Todos los patios estaban iluminados; y un pueblo inmenso los llenaba: todo anunciaba la felicidad y la alegría, y esta alegría pública agravaba los males de la desgraciada Duquesa. Recibióla la reina con la gravedad mas sostenida, y todas las señoras tuvieron con ella una especie de aire indiferente. Penetrada de dolor, débil y sufriendo, todavía no experimentaba todo el embarazo que habrian querido causarla, porque no se hallaba en estado de reflexionar ni observar; pero se sentia tan desazonada y sin fuerzas que deseaba substraerse prontamente de tan penosa situacion. Se estaba de pie; la reina, despues de haber recorrido el cerco, estaba apoyada sobre una chimenea; y esperando al rey para ponerse á jugar, conversaba con madama Enriqueta, la princesa Palatina, madama de Soubise, y madama de Montespan. La duquesa de la

Valliere se hallaba en el otro extremo del salon. Como las señoras que estaban en aquel lado hablaban entre sí, no la decian nada, y habia visos de que ni siquiera la mirasen, se habia retirado algunos pasos, y casi sin poder sostenerse, descolorida, inmóvil, con los ojos bajos, esperaba á que el rey viniera para irse al instante. La Montespan deja de repente la compañía que rodeaba á la reyna, atraviesa el salon con un aire triunfante, y se arrima á la Duquesa hablándola con un cierto interes, y como si estuviese compadecida de su abandono y sujecion. Esta afectacion de bondad sacó á la Duquesa de su distraccion: y no pudiendo soportar el verse protegida de una muger semejante, la recibió con una sequedad notable. Esta sin alterarse la dijo dos ó tres palabras, y se retiró.

Un minuto despues entra el rey: mira el concurso, ve todo lo que pasa, y adivina lo que habria sucedido. Vió á la Duquesa mal acogida, abandonada, aislada y humillada, cuando solo habia ido allí por obedecerle. En este momento su equidad natural, su

grandeza de alma y su entereza suplen al amor que ya no tenía. Se arrima á ella, la habla con mucha expresion, y tanta, que confundió á todos los observadores. La primera persona que nombró para su partida de *hóca* fue la Duquesa; y como la vió tan trémula que apenas podria atravesar el salon, hizo poner la mesa de juego junto á ella, y al punto se sentó. No llamó á la Montespan, ni la miró siquiera una vez; hizo á la Duquesa se sentase junto á él, y no habló en toda la noche con nadie sino con ella. Halló el modo y medio de decirle las cosas mas tiernas y lisonjeras con aquella finura y gracia que le eran características. Ella no vió desde luego en esta conducta sino la generosidad y urbanidad que le conocía; pero bien presto se engañó su corazon, y volvió á renacer en él la esperanza, y en fin toda su felicidad. ¡Con qué facilidad se adopta un error que lisonjea!

Al acabarse el juego vinieron á decir al rey que en los patios se entregaba el pueblo á un entusiasmo tan extravagante de alegría, que para hacer hogueras y divertirse

quemaban las sillas de manos de las señoras, y que en fin en el patio de los príncipes echaban en el fuego las maderas ya labradas para la galería grande. El rey empezó á reir, y dijo: *dejadlos: otras maderas tendremos: yo no quiero que se interrumpa su alegría* (1). Esta respuesta hizo verter lágrimas á la Duquesa. La admiracion la volvió toda su confianza, pareciéndola imposible que quien manifestaba una bondad y un reconocimiento tan admirable, y parecía tan sensible á la dulzura de ser amado, pudiera ser ingrato con ella.

Luego que el juego se acabó, se levantó el rey, y estuvo de pie un medio cuarto de hora: la Montespan y las enemigas de la Duquesa tenían en sus semblantes la expresion de la inquietud y el disgusto: las otras señoras y todos los hombres rodearon á la Duquesa, la qual no manifestó jamas mas sencillez, mas dulzura y modestia que en aquella ocasion. La reyna (con quien el rey habia hablado en se secreto) se arrimó á ella con un aire un poco cortado; pero la diri-

(1) Memorias de Choissy.

gió la palabra con mucha bondad; y la Duquesa conoció al instante que aquel paso habia sido dictado por el rey: no obstante la enterneció tanto, que no la fue posible responder sino con una respetuosa inclinacion de cuerpo, y una mirada interesante. Salió al fin del salon animada y vuelta á la vida, y varios señores de la corte la acompañaron con mucha diligencia hasta lo bajo de la escalera: llamó á sus criados, y dijo: "espero que hayan quemado mi silla"; y así era en efecto.

Mientras se informaban de esto llegó la Montespan sola, (porque todos los favorecidos del rey rodeaban á su rival) y su fisonomía manifestaba el disgusto interior que la agitaba. Llegándose á ella la Duquesa la habló con un tono tan dulce y sereno, que la Montespan procurando afectar un aire apacible la felicitó por hallarla menos abatida que cuando llegó á la corte de la reina: "en efecto (respondió inocentemente la Duquesa) yo sufría mucho entonces, pero ya no." Al oír estas palabras la Montespan se sonrió con el deseo de que aquella sonrisa fue-

se observada. Ella queria poner en duda el favor de la Duquesa, y al mismo tiempo renovar la inquietud de su rival. La Duquesa no se inquietó; pero penetrando su intencion no pudo ya menos de irritarse. En este instante vienen á decirle que su silla habia sido reducida á cenizas. "¡Ah! mejor (exclamó), con eso iremos á pie." Lauzun y el duque de Roquelaure ofrecieron acompañarla. El último (que debia cenar con la Montespan) la dió á entender que no podia conducirla hasta su casa; "es muy natural (respondió irónicamente la Montespan): la duquesa de la Valliere necesita mas de un apoyo; y yo puedo pasar sin él." "Puede ser que lo necesite (la respondió la Duquesa), pero yo no lo busco"; y diciendo esto la dejó. Vuelta á su casa, y sola, empezó á pensar en todo lo que habia pasado aquella noche, y se confirma en que habia vuelto á tomar sobre el corazón del rey todo el ascendiente que creía perdido, ó por mejor decir, se persuadió á que jamas lo habia perdido; pero conservó todas sus sospechas contra la Montespan, pues

acababa de ver su despecho y mal humor, y no podía olvidar una infinidad de lances que probaban su ambición y falsedad. Este mismo carácter la aseguraba y confirmaba, porque la parecía imposible que el rey se apasionase mucho de una persona que por ningún estilo merecía su estimación. Sin embargo se vió obligada á confesar que la Montespan había seducido al rey por un momento: pero pensó que aquel capricho pasajero no había podido dejar en su corazón sino un gran desprecio por la que acababa de vender la amistad y la confianza con tantos artificios y tanta perfidia. Imaginó que la Montespan no se atrevería á parecer mas en su casa, y se engañó, porque ésta, furiosa por el triunfo que había obtenido la Duquesa, conoció sin embargo que era arriesgado el manifestar mala cara, no solo á ésta, sino principalmente al rey, viendo que este quería honrasen al objeto que tanto había amado, y que, por otra parte, la conservaba una estimación tan verdadera, que á los ojos de todo el mundo podía pasar por el amor mas tierno.

En fin conoció que jamas empeñaria al rey á declarar públicamente su inconstancia, ni á romper abiertamente con la Duquesa.

No obstante la Montespan no podia conformarse con ser la preferida solo en secreto, porque todos los intereses de su corazon y de su vanidad la hacian desear con ardor ocupar sola lo que llamaban en la corte *la plaza* de la duquesa de la Valliere. Ella se repetía que ésta no sabia distinguir el amor de la amistad: que crédula y confiada, solo veria en la frialdad del rey el efecto de una larga costumbre, y que mientras éste la tuviese una cierta consideracion, y la manifestase ternura, quedaria contenta, ó á lo menos no se quejaria jamas. La Montespan tenia verdaderamente una violenta pasion al rey, exaltada hasta el último punto por la gloria que éste príncipe acababa de adquirir, y así ningun sentimiento de honor podia reprimir su ambicion: no ignoraba que todo el mundo conocia su debilidad, y que la multitud de enemigos de la Duquesa no la manifestaban tanto interes sino porque esperaban

ban suplantase á su rival. Ya conocia bastante la corte para no ver que todos sus partidarios la abandonarían si veían que, indispuesta con la Duquesa, no tenia crédito bastante para hacerla separar. ¿Pero cómo habia de conseguirlo, cuando el rey era tan incapaz de una crueldad semejante, que se habria indignado de que se la hubieran propuesto, y que la Duquesa no podia saber sino por las pruebas mas formales y mas positivas? La Montespan no se atrevia á insinuárselo siquiera temiendo irritarlo, y porque esto habria sido faltar á todas sus promesas, y descubrir groseramente su ambicion: y así era preciso que la casualidad lo descubriese todo á la Duquesa, ó que á lo menos el rey quedase convencido de ello; y esta reflexion dió motivo á una estratagemá que ejecutó al instante.

La Montespan tenia un librito de memorias, en el cual conservaba un retrato del rey y dos ó tres billetes muy apasionados escritos de su propio puño. Guardóle en la faltriquera, y fue á casa de la Duquesa, que quedó sorprendida al verla en-

trar: afectó la Montespan una cortedad que jamas habia conocido, y manifestó deseaba una explicacion, la cual rehusó la Duquesa. La conversacion entonces fue desmayada y embarazosa, pero la visita demasiado larga: en fin se levantó y se fue. Al cabo de algunos minutos miró la Duquesa ácia donde habia estado sentada la Montespan, y vió sobre la silla un libro de memorias abierto de manera que distinguió perfectamente el retrato. Quedó inmóvil un momento con los ojos fijos en aquel objeto: luego con una mano trémula cogió el libro, bien cierta de que lo habia dejado con estudio, y mira y conoce la letra del rey, y lee furiosa lo que la decia. El primer billete era de fecha anterior al viage de Amiens; y el segundo, escrito despues de la vuelta. ; De este modo fue descubierta de un golpe la verdad á la desgraciada Duquesa! La conmocion que esto la produjo pudo muy bien serla funesta; pero no echó una lágrima.

Una profunda indignacion y un amargo resentimiento ahogaron su sensibilidad, ó á lo menos reprimieron su impulso: volvien-

do los ojos á todas partes se vió sola en el universo; sola con la vergüenza y los remordimientos. “¡Fausto ignominioso (exclamó entonces), pompa aborrecible, con que al fin puedo ya repeleros! ¡Un vínculo fatal me retenia en este palacio: ya se rompió! Ya no soy en él sino una extraña; ¿pero cuál será mi asilo? ¿Tendré atrevimiento para volver á parecer en mi patria? ¡No basta huir, es menester de hoy en adelante esconderme, y elegir el retiro mas obscuro de la tierra: allí podré morir olvidada, y no volverán á buscarme!” Esta última reflexion oprimió tanto su corazon, que conoció la abandonaban todas sus fuerzas, y sin embargo no quiso llamar á nadie; pero en aquel momento entró Benserade. La vista de este verdadero amigo la reanimó, la enterneció, y al punto aparecieron en sus hermosos y tristes ojos dos raudales de sentidas lágrimas. Conmovidó vivamente Benserade de hallarla en aquel estado, la preguntó la causa. La Duquesa sollozando le entregó el libro fatal diciéndole todo lo que habia pasado. “¡Ah! ya no hay duda

en que la Montespan ha querido instruiros de un secreto, que solo vos lo ignorábais; el medio de que se ha valido debe probaros que ha obrado sin el consentimiento del rey, y hasta ahora todos lo ignoran. Cuando el rey quiere teneros oculto este capricho es prueba de que desea conservaros; vengaos pues de ella estándos quieta: aparentad que que nada sabeis, y que no habeis visto semejante libro; pues, como ya os lo he dicho, todos ignoran una accion, que ella se guardará bien de descubrir, por inicua é impropia de una muger honrada.”

“¿Cómo me proponeis (dijo la Duquesa) que me esté quieta, que disimule y permanezca aquí, cuando el rey me engaña, me vende, y no me ama?” “Si quereis (repuso Benserade) vos reynareis siempre, vos reynareis sola, en despecho de vuestra rival.”

“¡Ah, qué me importa! (le dijo la Duquesa); cuando solo me amaba á mí, ¿he pretendido yo reynar?” “No (la respondió Benserade), é hicisteis mal por el interes mismo de vuestro amor. Es verdad que vuestra moderacion os ha valido la estimacion de

los parisienses; pero os ha privado de toda la consideracion que hubiérais adquirido en la corte; volved á tomar este imperio, pues aún es tiempo: no le tendreis del primer impulso de la pasion, pero será mas sólido; el reconocimiento y la amistad os lo darán, y nada podrá quitároslo.” “¡Ah! (exclamó la Duquesa) ¿qué haría yo con este imperio odioso, que se me concedería como una indemnizacion? Yo lo he rehusado del amor: ¿lo recibiria de la compasion?” Al decir estas palabras, fue tanta la alteracion de esta desgraciada, que se vió en su semblante un cierto espanto que horrorizó á Benserade: éste la dijo entonces todo lo que su amistad pudo sugerirle para consolarla; pero la Duquesa no le respondió, porque habia ya tomado un partido, y no se confia fácilmente una resolucion que se cree inalterable, cuando se sabe, ó á lo menos se sospecha que ha de ser desaprobada; y así, luego que Benserade se hubo retirado, la Duquesa tomó la pluma, y escribió al rey la carta siguiente:

¡Ya no me amais! ¡He visto esta sen-

tencia cruel estampada de vuestra misma mano: yo la he leído! A lo menos jamas me será confirmada por vuestra boca. ¡Aquella voz adorada que hasta ahora no ha sonado en mis oidos sino para asegurar, tranquilizar y enternecer mi corazon, no la oiré perjurar! ¡Yo no veré en vuestro semblante la cruel expresion del embarazo y de la indiferencia: voy á partir! ¡Ah! ¿cómo pretenderé, despojada ya de toda ilusion, volver á veros? ¡Ya no os conoceria! ¡Qué será de mí, oh Dios mio! No hallo en todo el universo mas que una horrible soledad; y en el fondo de mi alma encuentro una desesperacion que la ocupa enteramente. ¡Ay de mí! Cuando me amábais era todavía virtuosa por mis remordimientos; vuestro mismo amor los fortificaba: ¿podia yo no consolarme de ser digna de vuestra ternura bajo todos los aspectos, y no justificar vuestra predileccion con una conducta irrepreensible? Pero cuando he perdido vuestro corazon ¿qué puedo ya sentir? ¡Vos me habeis despojado de todo; sí, de todo!

¡hasta del sentimiento que tal vez hacia disimular mis faltas! ¡Nada os echo en cara: yo me entregué á vos sin esperanza, y debiera perderos sin admiracion! ¡Yo sola soy la insensata y la culpable; pero tambien soy la sola digna de compasion! ¿Es cierto que podeis olvidarme enteramente? ¡Cómo! ¿cuando me halle léjos de vos en un profundo retiro, gimiendo sin distraccion; vos no pensareis ya en mí, no oireis jamas pronunciar mi nombre, ignorareis si existo, ó si he dejado de sufrir? ¡Qué idea tan terrible! ¡Ah! ¡jamas durante los dias rápidos de mi felicidad el recuerdo de la muerte me fue tan terrible! ¿Qué será para mí la vida cuando me vea borrada enteramente de vuestra memoria? ¡Pero la compasion hará que alguna vez me presente á ella! ¡La compasion! ¡ved ahí, pues, el solo sentimiento que puedo esperar de vos en adelante! ¡Desgraciada! ¡Ayer, esta mañana todavía me creía amada! La noche pasada disfrutaba el mas dulce reposo; mi primer pensamiento al abrir los ojos fue un sentimiento de se-

licidad, y una hora despues ví desvanecidas sin remedio todas las ilusiones de una dicha engañosa! ¡Ya no me queda sino una reputacion manchada, un amor desgraciado sin ilusion, y una vergüenza indeleble sin arrepentimiento! ¡Oh! si me he corrido de mi debilidad cuando me amábais, ¿cómo soportaré ahora el grave peso de la deshonra? ¡No hay mas refugio para mí que la obscuridad, ni otra esperanza que el olvido! ¡Cuando poseía vuestro corazon era criminal á mis propios ojos, pero no podia ser vilipendiada de los demas! ¡Vuestra gloria no resaltaré ya sobre mí: siempre la amaré, pero sin el derecho de envanecerme con ella! Vos habeis separado vuestro destino del mio, y ya no soy sino un ser desgraciado, inútil sobre la tierra, y consagrado al dolor perpetuamente. En la sorpresa de una revolucion tan repentina, y en el desorden y tumulto de mis pensamientos, siento que no puedo conocer todo el horror de mi situacion, y me estremezco divisan- do que cada reflexion debe agravar su

amargura; y así el tiempo, léjos de ser un remedio para mis males, no servirá sino para llevarlos á su colmo! Soy madre, ¡ay de mí! ¡y mis hijos no me pertenecen! ¡Cuando me veo obligada á huir de vos, debo abandonarlos; no saldré de mi soledad alguna vez sino para verlos furtivamente! ¡Oh, cuánto se avergonzarán de su madre! ¿Qué disculpa les daré? ¡Ellos sabrán que dejásteis de amarme! ¡Mi hija! ¡ah! ¡yo no la he visto todavía despues que he sabido mi desgracia! ¿Qué será de mí? ¿qué la diré cuando me hable de vos? Ella no pronunciará ya vuestro nombre sin despedazarme el corazon, y sin embargo desearé oirlo de su boca. ¡El grande amor, el tierno amor que os tiene, es otro lazo amable y terrible para mí! ¡Mis hijos! ¡Sí, vos los amareis siempre! ¡Todavía existe un sentimiento que nos es comun, que experimentamos los dos, y que ninguna otra participa de él! ¡A Dios: yo dejo á vuestros tiernos hijos todos vuestros dones; solo llevo uno, y es el primero que recibí! ¡Aquellos brazeletes jamas se apartarán de mí

¡ Ah! ¡ ya no me los envidiarán! ¡ A Dios: jamas os he amado tanto! ¡ Sí: yo quiero repetiros lo que nunca olvidaré! ¡ Pero vos no me respondereis mas! ¡ O silencio espantoso y terrible! ¡ el de la tumba es menos cruel! ¡ A Dios! Si alguna vez mi memoria se ofrece á vuestra imaginacion, que no os inquiete: yo he merecido mi suerte por mi imprudencia y por mi debilidad. Estoy resignada, gimo, y no murmuro: pero en cualquier instante que penseis en mí, decíos: ella llora como el primer dia de su partida.

La desgraciada Duquesa encargó á un criado entregase esta carta al rey cuando saliese del consejo: despues abrazando á sus hijos, y vertiendo un mar de lágrimas, se desprendió de sus brazos, y fue á encerrarse en el monasterio de Chaillot. Esta era la segunda vez que allí se refugiaba de impulso propio; ¡ pero con qué diferencia y mudanza en su situacion! La primera vez, pura todavía, huía de un amante apasionado: la firmeza, la gloria, la virtud, todos los sentimientos del corazon sos-

tenian entonces su esfuerzo ; y ahora, despues de haber perdido su estimacion, agobiada de vergüenza y de dolor, no previendo sino una desgracia segura, solo huía del abandono.

Las religiosas de Chaillot , gimiendo sus errores, la habian conservado un tierno cariño. La Duquesa, léjos de olvidarlas durante su mansion en la corte, se habia complacido en colmarlas de beneficios, enviándolas todos los años crecidas limosnas para sus pobres, y ricos presentes para su iglesia. Al llegar allí fue su primer cuidado encerrarse en su habitacion, y pasó en ella el resto del dia. El menor ruido que oía, el menor movimiento en la casa, la causaba violentas palpitaciones de corazon, y seguidamente caía en un abatimiento estúpido. Así se pasó aquel dia: mas luego que llegó la noche perdió enteramente una cierta esperanza secreta que habia conservado confusamente hasta aquel momento, y este desengaño puso el colmo á su dolor. La agitacion de una partida precipitada, y la idea vaga del efecto que produciría en el corazon del rey, la habian forti-

ficado hasta entonces; pero desde las ocho estaba en Chaillot; allí la dejaban, no la respondian, y agregaban la dureza y el desprecio mas bárbaro á la inconstancia. ¡Qué reflexiones! El despecho y la indignacion son entre todos los sentimientos los mas penosos y mas amargos para los corazones que reunen la dulzura y la generosidad. Las nuevas impresiones que experimentaba la Duquesa eran tanto mas dolorosas, quanto mas se oponian á su sensibilidad natural. Hasta entonces su amistad y su gran ternura hácia el rey habian sobrepujado á su amor; pero su resentimiento y su cólera exaltando sus pesares, aumentaban su pasion: sus sentimientos mucho mas tiernos se hacian mas violentos: la vanidad ofendida mezclaba en ellos todo el desabrimiento de la personalidad, y todos los tormentos de los celos. Su pensamiento se detuvo en su rival con despecho. Se representó á la marquesa de Montespan con todo el brillo de su hermosura, todo el atractivo de sus gracias, triunfante, adorada, ejerciendo sobre el rey un soberano imperio: vió á sus enemigos llenos de ale-

gría, recibiendo de él testimonios de favor, y formando á su rival una brillante corte. Trajo á la memoria los consejos de Benserade; y aunque los hubo desechado con tanta sinceridad como desden, se arrepintió en aquel momento de no haberlos seguido. El corazón solo habia hablado aquella mañana; y en aquel instante de un abandono tan cruel, el amor propio irritado hacia oír por último sus voces tumultuosas. "Sí, (exclamó) yo debí quedarme: á lo menos los habria obligado á contenerse: jamas en presencia mia se hubiera atrevido el rey á declararse abiertamente á favor de ella. Fingiendo que lo ignoraba todo, hubiera obligado á aquella muger pérfida á prolongar un papel odioso que habria acabado de envilecerla á los ojos mismos del que me la ha preferido. No pudiendo desterrarme ha querido precipitar mi huída, y yo he caído en este lazo! ¡Ah! ¿qué he hecho yo? Ella es sin duda la que detiene al rey, porque teme no vuelva á verme y escucharme! ¿Piensa que podré enternecerle todavía, y tal vez atraerle? ¿Pues cómo? Yo no estoy desterrada: ¿no podré volver á

Versalles, y confundir á mis enemigos? Sí, yo quiero verle y hablarle: quiero, delante de él, echar en cara á mi rival su negra traicion. El rey sabrá con qué artificio ganó mi confianza; diré: ¡yo la amaba cuando tramaba mi ruina! ¡Ella me robaba vuestro corazon, os habia seducido, y yo la amaba! Yo sabré vencer mi natural timidez: ¡yo me vengaré!”

La Duquesa no persistió mucho tiempo en unas resoluciones tan opuestas á su caracter: bien presto sucediendo el desaliento al despecho, la abandonó su cólera, y solo la quedó su pesadumbre; y así volvió á acusarse á sí sola de sus desgracias.

Cuando todo el mundo estaba ya acostado, el profundo silencio que reynaba en la casa la causó una especie de horror, porque así se hallaba mas sola todavía, y asustada se temia á sí misma. ¡Ah! ¡quien no temerá entrar en su corazon cuando éste se halla despedazado por el amor y por los celos! entonces no se le puede sondear sin envenenarlo, y sin descubrir en él nuevas heridas. La Duquesa abrió una ventana que caía al

patio principal: hacia calor, y la noche estaba serena y brillante. Desde allí fijó sus ojos llenos de lágrimas en la reja de hierro por cuya puerta habia salido arrastrada por el rey, y exclamó: "*¡Gran Dios! ¡que no hubiese yo tenido entonces valor para resistirme! ¡Yo habria conservado á lo menos su estimacion y la mia, y ahora me hallaría sosegada y con honor!* ¡Mas de ocho años se han pasado desde aquella época fatal, y á pesar de sus cuidados y de su ternura, yo no he disfrutado en tanto tiempo ni un momento de tranquilidad! ¡Yo no me he endurecido en el vicio: jamas he dejado de llorar la pérdida de mi inocencia, y no parece que haya persistido en un amor criminal sino para agotar todas sus amarguras! ¡Aquí se me acuerda la pasion que me tuvo; y en el lugar que él habita todo le convida á olvidarme! ¡Mientras yo, profana en este asilo de santidad, sola, abandonada y fugitiva, paso la noche sin reposo, esperando el dia sin proyectos ni esperanzas; él se halla en medio de una corte brillante, rodeado de gloria, de homenajes y de placeres! ¿Cómo,

pues, podrá echar menos á la desventurada que ha sacrificado á su inconstancia? ¡Esta es la hora que dedica á la tertulia todas las noches: sin duda entregado en este momento al atractivo de un pasatiempo que le divierte, escucha con interes, y responde con su gracia acostumbrada á los que le rodean! ¡Y yo abatida de mis penas mortales, mis gemidos se pierden bajo estas bóvedas solitarias: el eco del claustro repite por primera vez las quejas insanas del amor; y el objeto que las causa no puede escucharlas, ni amigo alguno recogerlas!" Pronunciando estas palabras se levanta, y dá algunos pasos vacilantes en el aposento; luego toma la resolucion de ir á pasar parte de la noche al cementerio, no por buscar en él la frescura de la fuente y de la frondosidad, sino para trazarse mejor una terrible memoria de sus desgracias, y acabar de llenarse de melancolía y de dolor.

La Duquesa educada en el fondo de una provincia conservaba varias preocupaciones supersticiosas, que proceden menos de la credulidad y de una creencia determinada, que

de una imaginacion vivamente acalorada desde la niñez. Sin embargo, sin disipar aquellas obscuridades de la idea, parece que un dolor profundo escusa el terror y el miedo que inspiran. Mientras que todo el mundo se entregaba al sueño, bajó sola la Duquesa á media noche al claustro. Una sola lámpara amortiguada esparcía un resplandor incierto en una larga crujía embovedada, la cual atravesó lentamente. Entrada en el claustro, solo la luna la guiaba, que se percibia al través de los arcos. Oyó el ruido melancólico de la fuente; y el murmullo del agua que serpenteaba al rededor de las tumbas la pareció que formaba sonidos lastimeros: entonces se inmutó, y se detuvo: luego adelantándose conoce que su turbacion se aumenta: prosigue andando, y queda de repente hecha un mármol á la vista de un objeto extraordinario; percibe de perfil una figura en la primera flor de la juventud, y de una belleza incomparable, de rodillas sobre un promontorio de céspedes, abrazada con la Cruz que hallí habia. La Duquesa espantada, por un efecto de sus primeras preocupaciones,

creyó ver su propia figura, segun estaba en otro tiempo en el mismo lugar y en la misma postura cuando el rey vino á llevársela. Se acuerda de todas aquellas tradiciones fabulosas que aseguran que la persona que ve una fantasma que la parece, está amenazada de una muerte pronta é inevitable: pierde el color, y fijando los ojos en este objeto, que juzgó inmóvil, exclamó: ¡*Gran Dios! al representarme mi imágen bajo los rasgos de la inocencia y de la piedad que yo tenia entonces, y que ya he perdido, ¿queréis reanimar á un mismo tiempo mis remordimientos, y anunciarme mi próximo fin? ¿Pero por qué tengo este horror que me embarga y me hiela? ¡O Dios de misericordia! ¿puedo yo temer la muerte, y puedo sentir la vida si vos me volveis al arrepentimiento?* Diciendo esto dió algunos pasos mas temblando. En este momento la figura prosternada se vuelve, y como que se espanta. La Duquesa entonces comienza á serenarse al verla con velo blanco, y los hábitos de novicia: “¿Quién sois?” (la preguntó). “Yo soy Emelina (respondió la novicia);

mañana profeso, y he venido aquí á pasar la noche en oracion.” “¡Ah, vos sois dichosa, hija mia! (la dijo la Duquesa). ¡Vos no podeis conocer toda vuestra felicidad, porque no sabeis á qué peligros, é qué combates dolorosos, y de qué sentimientos despedazadores é inútiles vais á substraeros! Esta barrera insuperable que poneis entre vos y el mundo, os defenderá de los ataques mas violentos, y de las penas mas terribles: esta reja que va á cerrarse para vos, os separará para siempre de seductores, de malvados y de envidiosos. ¡Ah, no mireis jamas este asilo sagrado como una prision! Solo aquí puede gozarse la sola libertad deseable, que es la de seguir constantemente y sin obstáculo los principios que se reverencian, y las inspiraciones de la conciencia. Fuera de estos muros seriais cruelmente tiranizada por el mal ejemplo, la costumbre y las pasiones. Aquí residen la paz y la verdad; todo se encuentra en armonía con los sentimientos del corazon inocente y puro.” Hablando así la Duquesa no podia contener las lágrimas.

“Vos llorais (la dijo la jóven Emelina): ¿es-

tais apesadumbrada? pues hagamos oracion juntas, y Dios os consolará." Entonces la Duquesa la dijo: "Emelina ¡pedid al Señor por mí!" "Con todo mi corazon lo haré" (le respondió). Pronunciando estas palabras abraza la novicia la Cruz de hierro juntando las manos con un fervor inexplicable. "Interesante Emelina (exclamó la Duquesa), no dejeis ese signo augusto de nuestra salvacion: ¡oh! ¡no os dejeis jamas arrancar de él!" Los sollozos la impidieron proseguir: se puso el pañuelo en los ojos, y se retiró.

Volvióse á su aposento y se echó sobre la cama: allí trajo á la memoria con mas viveza que nunca el sueño terrible que en aquella misma cama habia tenido nueve años antes, en el cual, en medio de una iglesia desconocida habia visto en una tribuna elevada aquella figura magestuosa que la convidaba á refugiarse bajo un velo misterioso que la presentaba. Sus ideas religiosas, sus proyectos vagos, pero virtuosos, calmaron un poco sus vivos sentimientos, y durante su sueño veía siempre á la inocente y devota Emelina velando y orando por ella al pie de

la Cruz. La Duquesa no despertó hasta dos horas despues de haber amanecido, y se hallaba menos agitada; pero poniéndose á la ventana sintió renacer al instante una secreta esperanza que la turbó, con todas las conmociones que habia experimentado el dia anterior.

Mas habia de una hora que estaba sentada á la ventana, cuando distinguió á lo léjos un hombre á caballo que marchaba á gran galope, y luego un coche con ocho caballos, que en un instante se paró delante de la puerta grande del convento. Casi sin respirar escuchaba con un temblor inexplicable: llaman; las religiosas vienen: las hablan á traves de la puerta, y la Duquesa no oyó lo que decian; pero se inmutó viendo á las monjas echarse precipitadamente los velos. "El es, él es" (exclamó transportada), y la alegría engañosa sedujo de nuevo su corazon agitado. "Todo lo perdona, todo lo olvida; las penas, la cólera, los celos, todo, hasta la fiereza. ¿Qué digo? ¡ah! que léjos de conservar el resentimiento mas pequeño, cree deber un reconocimiento apasionado. ¡ El es!

¡él me ama siempre!” La memoria de lo pasado no la deja otras impresiones en el alma que el remordimiento de haber dudado de él. Abren la reja; pero cómo se queda la Duquesa, cuando en vez del rey á quien esperaba con entera certeza, se halla con el gran Condé, que iba solo ¡ La desgraciada Duquesa se retira precipitadamente de la ventana y se deja caer en una silla! Algunos minutos despues entró el príncipe en su aposento, y con un aire de celo y sensibilidad la entrega una carta del rey, diciéndola que llevaba el encargo de conducirla á Versalles, porque el rey la esperaba con impaciencia, y estaba sumamente afligido y consternado con su fuga.

“ ¡ Otra vez vino él mismo á buscarme!” (dijo la Duquesa). A estas palabras abrió con una mano trémula la carta del rey: éste manifestaba en ella una ternura que no podia rehusar á tantas calidades superiores como concurrían en la desgraciada Duquesa, y la suplicaba que volviese, protestando que no podia vivir sin ella. Este era el tono de la amistad, mas no el del amor. La Duquesa

puso la carta sobre una mesa, y bajando los ojos, guardó un profundo silencio. El príncipe tomó la palabra: siempre la habia profesado buena amistad, y así la dió varios consejos, poco mas ó menos semejantes á los que ya habia recibido de Benserade. La habló de ambicion; pero no le dió oídos: y despues de haber reflexionado algun rato: *Vamos (dijo): Luis me llama: dejé en otra ocasion este asilo para seguirle: no quiero rehusar hoy á la amistad lo que en otro tiempo tuve la debilidad de conceder al amor.* Al decir esto, se levantó suspirando, y apoyándose en el brazo del gran Condé, salió con él. A la puerta del convento abrazó á las religiosas llorando; y las dijo: *este no es el último á Dios, yo volveré seguramente, y puede ser que muy presto.* Subió al coche con el príncipe, y á toda brida tomaron el camino de Versalles.

Durante esta corta ausencia de la Duquesa habian pasado mil intrigas en la corte. El rey no pudo leer su carta sin enterarse y apesadumbrarse. Con este motivo tuvo una sesion muy fuerte con la Montes-

pan, y ésta le sostuvo que la casualidad lo habia hecho todo. El rey aparentó creerlo; pero lo dudó, y, á pesar de los esfuerzos y las insinuaciones de aquella, quiso con firmeza que la Duquesa volviese. La Montespan habia previsto su retiro, y se habia lisonjeado de que esta resolucion ya ejecutada, agradaría en extremo al rey, al verse desembarazado de una muger á quien no amaba; porque la Montespan no creía que un afecto tierno pudiese sobrevivir á un amor apagado. Los malos corazones, á pesar de su sutileza, hacen á veces cálculos falsos. La elevacion del sentimiento produce grandes errores; pero tambien en muchas ocasiones la sola grandeza de alma es una luz, y era preciso tenerla para poder juzgar bien á un Luis XIV.

La Montespan tuvo ademas otra pesadumbre, que para ella fue muy imprevista. La Duquesa tenía muchos enemigos y pocos partidarios, y sin embargo, su desgracia como que inspiró á favor suyo un sentimiento general. Ya no la tenían envidia, pues se habia retirado, y creían no volviese mas. En

la corte produce un destierro el mismo efecto poco mas ó menos que la muerte, y por consiguiente apaga el odio. Cada uno hace á sus solas un triste retorno sobre sí mismo, y entonces es cuando la fragilidad del favor causa á los mas intrépidos un cierto asombro. La desgraciada Duquesa hizo odiosa á su rival, porque todos se acordaban de la bondad de la Duquesa, de su dulzura, y sobre todo de su incomparable desinteres. Cada cual temía por sí mismo el caracter de la Montespan, comprendiendo que no debían contar con aquella que suplantaba y sacrificaba á su amiga con tanta audacia y dureza. El interes personal y la compasion atrajeron la justicia: los amigos mismos de la Montespan quedaron admirados, lo que en aquel caso era una improbacion. Habian deseado, es verdad, que triunfase de su rival; pero tanta violencia y tanta prontitud causaron espanto, porque desde luego supuso todo el mundo que la Duquesa habia tenido orden de retirarse. El código moral de los cortesanos permite perder á los que se temen: pero prescribe ciertas fórmulas y mi-

ramientos, de los cuales no puede prescindirse sin incurrir en la desaprobacion universal. La corte es el lugar del mundo donde se tiene menos escrúpulo sobre el fondo de las acciones, y mas delicadeza sobre las apariencias.

Una nueva *favorecida* que no puede aspirar á la consideracion que da la estimacion, tiene contra ella todos aquellos que nada esperan de su crédito: y así los indiferentes que no habian tenido jamas relacion alguna con las dos *favorecidas* declamaron fuertemente contra la Montespan: los unos por una verdadera indignacion, y los otros por manifestar rectitud y sensibilidad. Bien se sabe que en el mundo el desaprobar con enegía las malas acciones de los otros, es uno de los modos de hacerse valer á menos costa, y el que tiene mejor éxito.

La Montespan, tan asustada como sorprendida de este desenfreno, tomó el partido, aunque á su pesar, de publicar que la Duquesa habia marchado por impulso propio; que el rey lo habia sentido, y la llamaba. Bien desagradable y dura cosa era para

una persona tan vana y ambiciosa hallarse obligada á debilitar ella misma la opinion que se tenia de su crédito; pero su amor propio no pudo soportar el clamor universal. Sostuvo á sus amigos, y hasta al rey, que ella amaba siempre á la Duquesa, que la volvería á ver con gusto, y que deseaba que el rey la conservase siempre los miramientos y atenciones de su amistad. Se valió de frases ingeniosas sobre la amistad y sobre *el poder invencible del amor*; persuadió al rey seduciéndole, y así no solo disculpó su traicion, sino que ya hallaba en sus explicaciones sentimientos sensibles y generosos.

Apenas llegó la Duquesa á Versailles, cuando el rey se presentó en su casa. El enternecimiento que experimentó al verla lo preservó del embarazo que habria tenido. No hubo explicacion alguna desagradable: el rey la estrechó entre sus brazos, derramando tiernas y sinceras lágrimas, y pintando con la sensibilidad mas natural y verdadera la mortal pesadumbre que habia tenido con su ausencia; y antes de separarse de ella fue á buscar á su hija, y puesto de rodillas con

esta preciosa prenda, la dijo: ¡*no nos abandoneis mas!* No era necesario tanto para satisfacer un corazon tan tierno: y no pudiendo engañarse sobre la inconstancia del rey, se persuadió á que éste se engañaba á sí mismo acerca de sus propios sentimientos: que lo habian arrastrado y seducido, y que volvería á ella enteramente. Esta ilusion disipó como por encanto su dolor, y la indemnizó de todo lo que habia sufrido.

Como nadie habia aprobado su desgracia aparente, cada uno quiso hacerse honor de un sentimiento autorizado por la conducta del rey. Las mismas personas que sentian su retorno, creyeron deber sostener la opinion que habian manifestado imprudentemente: los enemigos esperaban y deseaban una confrontacion, porque pensaron que la Montespan perderia todo su imperio, si era cierto que no habia contribuido á la partida de la Duquesa: por otra parte, la conocian demasiado para no creer que habria hecho á lo menos varios esfuerzos para impedir su retorno. Supusieron que la Duquesa, ilustrada por la experiencia, romperia de un modo

ruidoso con su rival, y trataria al fin de adquirirse un crédito que pudiera preservarla en lo sucesivo de toda especie de revés. Estas ideas acalararon á todos sus amigos: se prometieron darla buenos consejos, esperando hallarla mas dócil para seguirlos. Todos los indiferentes que se habian declarado á su favor en el momento de su fuga, se imaginaron haber adquirido derecho á su reconocimiento, y así repetian altamente lo que habian dicho en secreto, pudiendo manifestar sin bajeza una especie de entusiasmo por la *favorecida* á quien habian compadecido en su desgracia. Todo el mundo fue apresuradamente á su casa; y la Montespan, aunque con la rabia y la desesperacion en el alma, se presentó tambien en ella, y se quedó en la puerta sin entrar, viendo que hasta madama Henriqueta la felicitaba por medio de un mensaje muy lisonjero. Todos sus amigos volvieron á sus pies, y todos tomaron con los otros cortesanos el aire importante y misterioso que habian dejado desde largo tiempo: en fin el triunfo de la Duquesa fue completo.

Para colmo de su desgracia y despecho advirtió la Montespan que el recibimiento brillante que hicieron á la Duquesa producía una viva y agradable impresion en el ánimo del rey, y supo que éste habia repetido varias veces, se alegraba mucho de que hicieran justicia al gran mérito de la Duquesa; y que veía con gusto, por el interes que la mostraban en aquella ocasion, que en el fondo la habian estimado siempre como merecia. En medio de tantos motivos de temer, la Montespan dominada de la cólera y del resentimiento, hizo mil locuras, y cometió muchas imprudencias: era de aquellas personas de una astucia fina cuando se hallan animadas y sostenidas por el favor, ó á lo menos por la esperanza; pero que en los contratiempos no pueden vencer los movimientos de un humor imperioso, y manifiestan entonces una indomable altanería. Hizo, pues, mil sátiras sangrientas contra todos aquellos que se declararon abiertamente á favor de su rival: se quejaba de sus amigos; perdió muchos; los resfrió á todos, y se atrajo enemigos irreconciliables. Cuatro

ó cinco dias los mas crueles pasó llena de despecho; y despues de muchas reflexiones tomó un partido muy singular para ella, que fue el hablar al rey con cierta franqueza acerca de su situacion: díjole que la Duquesa no queria verla, con lo que la hacia un perjuicio irreparable en la opinion del público: que habian perdonado una rivalidad á quien excusaba una de las mas imperiosas pasiones; pero que el ruidoso resentimiento de la Duquesa hacia creer que ella era culpable de inauditas perfidias: que muchas gentes pensaban que ella la habia hecho desterrar, y que luego el rey se habia atrepentido de aquel rigor: que no podian atribuir sino á esta falsa idea (injuriosa al rey mismo) todas las demostraciones que acababan de prodigar á la Duquesa; y que para que cesasen aquellas voces calumniosas, el rey debia exigir de ésta que volviese á ver á una muger que jamas habia dejado de amarla, y de quien era todo el agravio no haber podido defenderse de una pasion, á la cual tambien ella habia cedido. El rey se lisojeó de esta explicacion, porque

apreciaba todo aquello que parecia sinceridad: sin embargo, la proposicion de obligar á la Duquesa á recibir á su rival le pareció dura, y se opuso á ella. Díxole entonces la Montéspan que él habia exigido de madama Enriqueta en otro tiempo casi lo mismo á favor de la Duquesa. En fin, ella insistió en ello con firmeza, suplicó, lloró, y amenazó con que dejaria la corte. El rey, enamorado, y despues de mucha resistencia, la dió su palabra de hacer lo que deseaba; y no atreviéndose á hacer de palabra semejante proposicion, escribió á la Duquesa haciéndola esta petición con expresiones muy tiernas, y al propio tiempo con un tono de autoridad decidido. Cuando la Duquesa recibió este billete estaba sola con Benserade, y su sorpresa fue igual á su pesadumbre. Este amigo impuesto de esta ocurrencia la aconsejó sin detenerse que negase absolutamente semejante petición: "¿Pero si él lo quiere!" (le respondió gimiendo). "No" (la dijo Benserade); el rey es justo, aprobará vuestra negativa, y estimará vuestra resistencia: ya es tiempo de que mos-

treis un carácter firme.” “¡Ah, Benserade; cuando se ha tenido la desgracia de olvidar los buenos principios, como á mí me ha sucedido, es preciso pasar por mil humillaciones y crueles sacrificios!” “Vos no debéis admitir ya en vuestra casa (la dijo Benserade) á una muger perjudicial y pérfida, como ella, que os ha vendido indignamente: su enojo con vos la deshonra; y si la volvéis á admitir, la justificáis de todos los puntos mas esenciales á los ojos del mundo: vos perdereis con el rey aquel ascendiente de consideracion que acabais de adquirir; y con la mayor justicia criticarán todos vuestra imperdonable debilidad: quitareis el entusiasmo y toda especie de celo á vuestros nuevos partidarios; y vuestros antiguos enemigos aplacados y desarmados ahora, tomarán contra vos armas mas peligrosas que las del ódio. No os atacarán con violencia; pero manifestarán una frialdad y un desprecio mezclado de irrisión: no os perseguirán impetuosamente, sino que os combatirán ridiculizándoos. Todos los que no os son afectos sino por ambicion, se apartarán de vos,

y será para siempre: solo os quedarán el duque de Longueville, y yo; y no podremos ofrecer os mas que una amistad estéril, que no podrá ni seros útil, ni preservaros de los amargos sentimientos que seguramente tendreis entonces.”

“Yo conozco la fuerza de vuestras razones (le dijo la Duquesa suspirando); pero, mi estimado Benserade, vos quereis absolutamente hacerme representar un papel importante, y yo no soy capaz de ello: yo hubiera podido, como otra, aprovechar para hacer bien un favor adquirido legítimamente; pero en mi situacion toda idea de ambicion me horroriza: mi desgraciado nombre será colocado sin duda en la lista ignominiosa de las *favorecidas* de los reyes; pero mi único consuelo es el pensar que á lo menos la historia me tratará con equidad, distinguiéndome por un carácter particular de aquellas mugeres ambiciosas, no confundiéndome con mi rival, y acusando al amor de mis extravíos. Así, cuando yo rehusára el volver á ver á la marquesa de Montespan, no adquiriría por eso mayor

crédito, ni dejaria de perder tampoco la benevolencia de los intrigantes y ambiciosos, porque estoy irrevocablemente decidida á no mezclarme jamas en los negocios, y á vivir siempre en la soledad.” “A lo menos (la dijo Benserade) no degradeis vuestro carácter con una condescendencia tan baja.” “¿Qué se puede rehusar á aquel á quien se ha sacrificado el honor?” (le respondió la Duquesa). “¿Y por qué os habeis de exponer á las mas vergonzosas humillaciones?” (la instó Benserade). “¡Ah! (le respondió entonces) yo las merezco todas. Por otra parte, amigo mio, si el rey no es sensible á mi sumision, si abusa de ella, mi retiro está resuelto: yo iré para siempre á enterrarme en él; pero me persuado á que solo quiere que yo reciba una sola vez á la Montespan á fin de tapar la boca á los que pretenden que no contenta con haberme robado el corazon del rey, ha querido hacerme desterrar, y se ha opuesto á mi regreso.” “Creo esta última acusacion muy fundada” (la dijo Benserade); “y yo estoy muy cierta de lo contrario (le replicó la Duquesa), porque el

rey me da su palabra, y asegura que jamas le ha hablado de mí sino con estimacion y sinceridad." "¡Sinceridad!" (dijo Benserade.) "Sin duda sería una afectacion (le respondió la Duquesa); ¿pero quién podrá probar que ha hecho contra mí todo lo que la atribuyen?" "Admiro vuestra credulidad" (volvió á decirle Benserade). "No (amigo) le respondió: yo conozco ahora á la Montespan, y me ha hecho mucho mal para que yo pueda juzgarla con indulgencia; pero no obstante no puedo rehusarme de justificarla de los agravios imaginarios que la imputan; ¡y luego, ya os lo he dicho, él lo quiere!" "¡Ah! (exclamó Benserade) á pesar de vuestro talento y de tanta razon, vos no podríais jamas evitar, con un carácter semejante, el caer en los lazos de los malvados, pues veo que habeis nacido para ser siempre víctima de ellos."

A pesar de esta sesion, y la extremada repugnancia que la Duquesa experimentaba en recibir en su casa á su rival, escribió al rey la respuesta siguiente: *Imposible me sería por volver á ganar vuestro corazon*

hacer ó decir una falsedad; y así no os disimularé que jamás creeré en la sinceridad de una persona que ha vendido la confianza y la amistad con tantos artificios y tanta crueldad; pero yo puedo sacrificarme por satisfaceros. Consiento en obedeceros: recibiré á la marquesa de Montespan.

Aquella misma noche fue ésta á casa de la Duquesa: hizo una especie de escena teatral; la abrazó una y muchas veces, y lloró muchísimo. La Duquesa se mantuvo fria y silenciosa, porque no podian alucinarla semejantes demostraciones. Sin embargo, una especie de pudor la impidió el recibirlas con desprecio, aunque las hallaba tan viles que no se atrevía á manifestar que conocia toda su falsedad. Hay cosas que causa vergüenza hacer ver que se conocen, porque parece que lo contrario seria abochornar á quien las hace. Esta delicadeza, que muchas gentes no comprenden, produce con frecuencia en las personas que piensan con nobleza una apariencia de ceguedad ó credulidad que no tienen.

La Montespan al ver que la Duquesa la habia recibido sin aspereza ni desden, se alabó por todas partes de haber tenido con ella la sesion mas satisfactoria del mundo, celebrando con énfasis su sensibilidad. Los unos se burlaban del engaño de la Duquesa, y los otros hallaron en esta conducta de la Montespan mucha falsedad y bajeza. Es menester ciertos modos magestuosos, y un aparato respetuoso para hacer valer y admirar en la corte el perdon de las injurias: esta es una virtud heróica que apenas se aplaude allí sino en las personas reales: cuando no puede dársela el gran nombre de clemencia, solo parece una pretension ridícula, ó un defecto absoluto de carácter.

Prevenido el rey por la Montespan, creyó en efecto que la Duquesa se habia enternecido al volver á verla, y halló en esta conducta algo de debilidad é inconsecuencia, cuya idea aniquiló á sus ojos todo el precio del sacrificio que acababa de obtener. La Duquesa se quedó sorprendida, viendo que la Montespan volvió á su casa todas las noches, como lo hacía antes, á la hora

que el rey pasaba á visitarla con algunas personas de su confianza. En vano recibía la Duquesa con la mayor sequedad á su rival, pues ésta no manifestaba conocerlo, y hacía constantemente el gasto de la conversacion, ostentando más que nunca la mayor brillantez y amabilidad. En tanto que encantaba al rey con sus gracias, su vivacidad y sus sales originales, la Duquesa sufría y callaba, triste, pensativa y agobiada de dolor. Léjos de hallarse en estado de contrastar las gracias de su rival, no experimentaba sino un abatimiento indecible cuando el rey la aplaudía. Conociendo ya hasta qué grado se hallaba caída por la confianza é insultante alegría de la Montespan, añadió al tormento de los celos, el resentimiento que una conducta tan descarada y atrevida debía inspirarla, y toda la sujecion que la imponia un papel que era imposible sostener con desembarazo y dignidad.

Despues de haber arrebatado á la Duquesa la ventaja de una situacion interesante, la Montespan se entregó sin rienda á los movimientos impetuosos de un carácter al-

tivo, ambicioso y vengativo, y calculó que en la posición en que se hallaba era más ventajoso hacerse temer, que no hacerse amar. Esta es la política de todos los malos corazones, y para ellos tiene grandes ventajas, porque satisface su orgullo y todas las pasiones más odiosas, ofreciendo seguros medios, pronto y fáciles para llevar al cabo sus más perversos designios, y realizar sus inicuas intenciones. Esta mujer no pensó desde luego en otra cosa, sino en manifestar su valimiento con la desgracia de todos los amigos de la Duquesa: y así dijo al rey que se hallaba afligida hasta el fondo del alma por el modo seco é impolítico con que ésta la trataba; pero añadió que después de la sensibilidad y agasajo que la había mostrado en su primera visita, no la culpaba á ella de esta conducta inconsecuente, sino á Benserade, y al Duque de Longueville, cuyos consejos seguía ciegamente. Esta confianza artificiosa hizo la impresión que esperaba; pero el rey antes de explicarse, quiso examinar por sí mismo si estas sospechas eran fundadas, y sus observaciones par-

ticulares le hicieron conocer muy luego que Benserade y el Duque de Longueville aborrecian á la Montespan. Por otro lado le contaron algunos discursos imprudentes que habian tenido contra su persona el uno y el otro. Entonces el rey les retiró el favor que hasta aquella época les habia dispensado; y la Montespan, queriendo probar que ella era la única causa de su desgracia, se quejó de ellos á todo el mundo, afectando el tratarlos con la altivez mas imperiosa. Tenia prometido á Lauzun emplear todo su valimiento para conseguirle un asunto de mucha importancia; pero Lauzun se habia enternecido por la partida de la Duquesa, y esto bastó para no conseguirlo, en el momento mismo que iba á despacharse favorablemente. Esta conducta tan violenta inspiró á todos los cortesanos un terror y un respeto que los redujo al silencio. Detestaban el carácter de la Montespan; pero no se atrevian ni á quejarse ni á criticarle, y muchas gentes intriguaron para reconciliarse ó aproximarse á una *favorecida* que se habia hecho tan temible. La Duquesa manifestó en esta

ocasion todo el espíritu que la amistad presta siempre á una alma bella, hablando al rey con fuerza y energía á favor de sus amigos. Este tuvo buen cuidado de ocultarla el verdadero origen de aquella desgracia; pero se quejó de la ligereza de sus discursos, manifestando una firme resolucion de no volverles jamas su antiguo favor. “¡Ah! (le dijo la Duquesa), ese sentimiento no es vuestro: os lo han inspirado; ¡pero qué ascendiente no debe tener sobre vos la persona que puede alterar hasta este punto vuestra equidad natural!” Esta reflexion, que al rey pareció atrevida, le ofendió tanto que se detuvo para responderla; mas tomando la palabra la dijo: “Vos solamente en el mundo podeis hablarme así: bien veis que teneis siempre sobre mi corazon el mismo imperio, y vivid segura que ninguna otra lo tendrá jamas semejante.” Esta respuesta gustó tanto á la Duquesa, que la pareció una explicacion que declaraba los sentimientos del rey contra la marquesa de Montespan: no olvidó éstas cortas palabras, pues siempre se la venian á la memoria, y mientras mas las co-

mentaba mas se persuadia á que el rey (como se lo habia creido) la conservaba en el fondo del alma el mismo amor, y que no pudiendo estimar á la Montespan acabaria por romper con ella.

Sin embargo Benserade, que despues de algunos años empezaba á sentir la necesidad que tenia de descanso y libertad, se disgustó enteramente de la corte, luego que vió habia perdido el favor del rey, á quien amaba con extremo; porque no se le podia amar á medias. Benserade habia adquirido el año anterior una casa de campo en Gentilly, y resolvió retirarse á ella con el ánimo de no volver mas á la corte, y sin dilacion ejecutó su proyecto: luego que llegó á ella, y muy firme en su resolucion, hizo grabar sobre la puerta de su gabinete estos cuatro versos:

A Dios fortuna y honores,
 á Dios amor fementido,
 que á olvidar aquí he venido
 vuestros pèrdidos favores.

La Duquesa creyó deber á la amistad de Benserade en aquel lance una prueba clara de la suya; y así marchó al dia si-

guiente á Gentilly á su misma casa, diciéndole que iba á estar en su compañía seis semanas, persistiendo en esta resolución, como lo verificó, á pesar de cuantas reflexiones la hacía este amigo acerca de lo que debía temer estando tanto tiempo separada de la corte.

Concluido este tiempo volvió á ella la Duquesa. El rey habia aplaudido públicamente la prueba de amistad que ésta acababa de dar á Benserade desgraciado, porque este príncipe amaba seguramente semejantes acciones. A su llegada á Versalles supo la Duquesa extrañas novedades. Mr. de Montespan, despues de inútiles tentativas para llevarse á su muger, habia hecho mil locuras extravagantes, y el rey acababa de desterrarlo. Esta primera accion tiránica causó mucha admiracion en Versalles, y una grande indignacion en París. La Duquesa tuvo entonces una nueva pesadumbre, y acaso la mas sensible que hasta aquel momento habia experimentado, oyendo universalmente vituperar al rey con justicia. Olvidaron todos en este lance cuán ridículo era, y poco

digno de estimacion por su carácter y conducta Mr. de Montespan, y ya no fue á todos los ojos sino un marido ultrajado y tratado con indignidad, y todo el mundo enternecido de su suerte no vió mas, en la víctima del despotismo, que una persona la mas interesante. La Duquesa desolada, determinó hablar al rey sobre ello. Esta muger tan tímida cuando solo se trataba de ella; esta muger siempre pronta á sacrificarse á la voluntad del rey, no tuvo necesidad de vencerse para hacerle oír la voz de la verdad, pues encontraba en su corazon y en el exceso mismo de su amor toda la fortaleza que necesitaba. Dió, pues, cuenta al rey en el momento de todo lo que pensaban en París sobre el destierro de Mr. de Montespan. El rey no interrumpia jamas á los que le hablaban particularmente, aunque fuesen desagradables las cosas, y aun las personas á quienes escuchaba. Este príncipe que en público imponia tanto respeto, no manifestaba facha á facha sino serenidad y dulzura, y una paciencia inalterable. No descaba mas entonces sino animar, é impo-

nerse bien en lo que le representaban. Permitia que se explicasen con calor, que alzasen la voz, y le contradijeran, fuese con el deseo de justificarse de una falsa imputacion, fuese con el designio de instruirle, ó con el de darle algunos avisos útiles: de modo que con intenciones puras y buena fe, se estaba seguro de captar su atencion, de obtener su benevolencia, y de lograr una decision favorable (1). Escuchó tranquilamente á la Duquesa, y cuando hubo acabado de hablar, respondió con embarazo, que debió castigar la insolencia inaudita de Mr. de Montespan, añadiendo que no lo habia desterrado sino por dichos y acciones tan extravagantes, que cualquiera otro soberano en su lugar habria manifestado mucho mas rigor. "Es cierto (dijo la Duquesa) que él ha hecho locuras inconcebibles; pero la locura interesa á todo el mundo cuando es causada por un sentimiento de honor, y por un amor legítimo." "Mr. de Montespan (la respondió el rey) no es un hombre es-

(1) Memorias de San Simon y de Bussy.

timable, y no ama á su muger, y ha mucho tiempo que tiene intencion de separarse de ella." "Eso lo ignora el publico" (le respondió la Duquesa). "¿Qué importan los vanos discursos del público?" (la replicó el rey). "Vos sois su señor (le dijo la Duquesa); pero él es vuestro juez, y vos mismo le habeis dado el derecho de ser severo. Las primeras acciones heróicas de los reyes lejos de servir de excusa á las debilidades, son garantes de lo succesivo, y empeños tomados solemnemente á la faz del universo, de marchar siempre con paso firme por un camino tan glorioso. Sus virtudes son promesas, y sus ejemplos tienen mas fuerza que las leyes; y así no pueden desmentirse sin ser perjuros, y sin conspirar contra su propia autoridad. Concedid, pues, la admiracion dolorosa que debe experimentarse al ver en vos un raptor, y el opresor del hombre á quien arrebatáis á un tiempo su esposa y su honor! ¡ Ah, no es á vos á quien yo acuso de una accion semejante: no, bien segura estoy de ello; vuestro corazon la condena y la reprue-

ba: gracias al cielo, todo el vituperio cae sobre la marquesa de Montespan!" "Yo la justificaré" (dijo el rey con tono irritado). "No lo conseguireis (le replicó la Duquesa), porque conocen demasiado vuestro caracter y el suyo, y este último golpe ha puesto el sello al aborrecimiento que la tienen. Yo misma; yo la aborrezco, por último; ella es causa de las primeras murmuraciones que se oyen contra vos. Yo disculparia su perfidia para conmigo; pero jamas la perdonaré el haber debilitado la admiracion universal con que antes érais mirado! ¡Róbeme á mí vuestro amor, siempre que á vos no os arrebatéis el de vuestros vasallos, pues yo puedo sufrir y morir tambien sin quejarme! ¡Ah (prosiguió arrojándose á los pies del rey): sacrificadme, consiento en ello; pero no sacrificéis vuestra gloria. ¡Conservad ese tesoro inestimable de los héroes, que es el único motivo de orgullo, y el solo consuelo que me queda: levantad el destierro á Mr. de Montespan! ¡Luisa, la pobre Luisa os lo pide!" Pronunciando estas palabras, bañaba con tiernas lágrimas las rodillas del rey. Al

arrojarse á sus pies se la desataron sus hermosos cabellos, y la caían sobre la espalda. Este desorden, aquel llanto, su postura y su belleza, que parecia hecha para penetrar el alma, y á quien el dolor y las lágrimas la hacian incomparable; todo en este momento produjo en el rey un recuerdo que la inconstancia misma no habia podido desterrar de su memoria, porque sentimientos mas sólidos que el amor perpetuaban su duracion. Los rasgos ligeros del amor no se imprimen profundamente; pero la admiracion y el reconocimiento dejan señales indelebles. ¡ El rey creyó ver á la Duquesa en el cementerio de Chaillot! Contemplaba enagenado aquella persona adorable, que parecia adornada todavía con todos los atractivos y gracias de la inocencia, y veía á un mismo tiempo su víctima y la que habia adorado! Este cuadro le volvió la ilusion de sus primeros sentimientos; y la ternura y compasion reanimaron todos sus remordimientos, y confuso, penetrado y fuera de sí, no pudo detener las lágrimas; levantó á la Duquesa estrechándola en sus brazos, y diciendo con

vóz cortada: "voy á firmar el indulto de Mr. de Montespan.!" "¡Dios clemente! (exclamó la Duquesa): ¡yo obtengo al fin de vos este esfuerzo generoso!" "Sí (la dijo el rey apretándola la mano): sí: ¡vos no me hablareis jamas en vano! ¡Esa voz tan dulce y tan amable será siempre escuchada!" "Yo no os dejaré jamas" (dijo la Duquesa con un movimiento apasionado. "Prometédme" (la dijo el rey). "Yo os lo juro (le respondió), y desde este momento todo lo disimularé: yo seré dichosa: yo tendré presente esta sesion, y nada podrá turbar mi reposo y mi felicidad." "Voy á obedeceros (la dijo el rey): voy á firmar el indulto de Montespan; mas por vos, sí, únicamente por vos, y no por hacer cesar discursos temerarios, que no podian dejar de irritarme." Diciendo esto salió el rey dejando colmada de alegría y felicidad á la amable Duquesa. En este primer transporte escribió á Benserade, y le dirigió la carta por un correo de gabinete, la cual decia así:

*¡Oh, amigo, volved! todo está mudado.
Yo soy dichosa; volved. ¡Qué revolucion!*

¡Yo lo sabia, yo os lo he dicho, que él mismo se engañaba! ¡Este era un error de imaginacion; mas no de su corazon! ¡Ah, creedlo, él es siempre el mismo, y yo lo he hallado todo entero! ¡Amigo! los censores del público eran injustos; Mr. de Montespan ha hecho cosas que merecian el mas severo castigo; el rey no ha querido sino castigar su insolencia; él debia hacerlo, y no obstante le llama, porque jamas tuvo intencion de prolongar su destierro. ¡Cuán grande es, cuán sensible! Ya no me echareis mas en cara mi timidez, pues le he hablado con un atrevimiento que me espanta cuando pienso en ello. ¡Lo creeríais? yo llegué á arrebatarme hasta el punto de hacerle reconvençiones amargas sin fundamento. ¡Pero con qué dulzura y con qué bondad me escuchaba!

Vos sabeis como oye, y que nadie ha sabido apreciar jamas como él las razones y el celo, ni oir la verdad y acogerla mejor. ¡Tiene tantas luces y tanta rectitud! Y con toda esta brillante gloria que le rodea, qué hombría de bien y qué sencillez

natrual y magestuosa no tiene! Le admiran, le adoran: ¿pero no veis, amigo mio, que jamas han hecho bien su elogio? Siempre falta algo tierno y esencial á sus alabanzas, y es porque no lo conocen bien. Yo me consuelo pensando que él será alabado dignamente por los hechos, por la historia, y por la grandeza que imprime en este siglo, que sin duda la posteridad llamará el suyo. Sí, como se dice el siglo de Augusto, nuestros descendientes dirán algun dia el siglo de Luis el Grande. ¡Cuánto necesito hablar con vos, amigo mio, para deciros bien que jamas ha estado conmigo tan tierno, ni tan profundamente conmovido! Venid pues, vos le hallareis tambien, aunque os habeis ido sin explicaros con él: esta es, amigo, una falta en que habeis caido, sin la cual él os habria detenido, pues os quiere, y no lo dudéis. Todo el mundo os compadece y os echa aquí menos, y nada puede reemplazaros cerca de mí.

Benserade halló en esta carta tanto candor y credulidad, como entusiasmo y amor;

y sobre la marcha la respondió con su ingenuidad natural lo siguiente:

Permitid, madama, que yo me quede en mi soledad. Mi afecto es aquí menos sospechoso que en donde os hablais. Esta idea me hace mas amable el retiro al cual me he consagrado. Bien segura estais de que yo tomaré siempre mucha parte en vuestra felicidad; pero antes de daros el parabien por la que me pintais, quisiera saber si la Montespan se ha retirado y ha partido. Mientras permanezca en Versailles no viviré tranquilo. Esta inquietud os parecerá si no odiosa, á lo menos bien grosera; dignaos traer á la memoria que tengo cincuenta y cuatro años, y que he pasado mas de treinta en la corte.

Despues de la lectura de esta carta, la Duquesa se encogió de hombros diciendo: "demasiado cierto es que nadie (excepto yo) conoce al rey!" Sin embargo, éste, fiel á su promesa, firmó sin detencion el indulto de Mr. de Montespan, y ademas le ofreció cincuenta mil escudos, que tuvo la bajeza de aceptar. El rey volvió á ver á la Mon-

tespan, y renovó todo el amor que un tierno recuerdo acababa de suspender. No se acordó de la escena que habia pasado entre él y la Duquesa, sino para arrepentirse de haberla manifestado tanta sensibilidad. Temió no hubiese creído que obtendría el sacrificio de la Montespan, y resolvió no dejarla esta ilusion: con este pensamiento, y sobre todo porque se hallaba disgustado, no fue al otro dia á su casa, lo que la sorprendió dolorosamente. El dia que se siguió á aquel fue por la noche, pero acompañado de Lauzun y de Beringhen. Estuvo con un aire frio y distraido hasta el momento que llegó la Montespan: entonces se animó, se manifestó amable; pero sin mirar una vez siquiera á la Duquesa. La Montespan por su parte se portó del mismo modo, sin hacer caso de ella, ni observar tampoco los simples miramientos y atenciones que exige la política; antes al contrario, ni la dirigió la palabra jamas, ocupada únicamente del rey con afectacion, y hablándole á menudo al oido con aire misterioso y maligno.

La Duquesa confundida, solo se espan-

taba de la conducta del rey, porque no podía concebir en qué consistía una mudanza tan repentina como aquella. Sus tiernas y humildes miradas buscaban en vano las del rey, porque éste las temía, y por lo mismo las evitaba siempre. Cuando se iba se levantó la Duquesa para seguirle, con el ánimo de decirle una palabra en la puerta; pero la Montespan poniéndose en medio de los dos dijo con un tono de bufonada á la Duquesa, "yo me encargo de acompañar al rey, y hasta la galería de los príncipes." (este era su alojamiento en palacio). Al oír esto, el rey se echó á reír y marchó. La Montespan le siguió, y la desgraciada Duquesa se quedó en pie en la puerta hecha una estatua (1). Conociendo el rey desde este día, que la Duquesa podía argüirle de inconstante, ingrato é inconsecuente, emprendió aquella especie de retiro (tan fatal en los príncipes) causado por un embarazo insuperable. Embragado de amor por la Montespan, decidido

(1) Han modificado mucho los rasgos imprudentes de la Montespan con la Duquesa. Véanse las memorias de aquel tiempo.

á no sacrificarla, no estimándola, pero arrestrado de su hermosura, señoreado por sus mismos vicios, por sus arrebatamientos en todo género, por su audacia y su picante malignidad, tomó el partido, no de romper enteramente con la Duquesa, sino de tener con ella ciertos miramientos públicos; y así dejó totalmente de verla á solas, y ademas, en vez de ir á su casa todas las noches con sus favorecidos, no iba ya sino una ó dos veces en la semana. Los demas dias iba públicamente á casa de la Montespan, la que por irrision convidó á la Duquesa á ir á su pequeña tertulia, diciéndola que allí veria al rey. Aquella muger sin principios y sin pudor desplegaba el fausto mas chocante: daba fiestas y grandes cenas: recibía á los ministros, y se hacia temer: tomaba, no obstante el desprecio público, todo aquel exterior de consideracion que dan siempre en el mundo un lujo prodigioso, el favor del soberano, el gusto de la intriga, y sobre todo el poder de hacer mal. No se mezclaba en los negocios políticos, ni el rey lo habria tolerado, porque se ocupaba demasiado en ellos para

concederla esta especie de imperio. Fuera de sus regalos particulares (y casi siempre sin saberlo el rey) ella se contentaba con obtener una multitud de gracias subalternas, no por ganar amigos, sino para enriquecerse. Pensaba que los partidarios de una clase ínfima en la corte no sirven de nada á la *querida* de un rey, que no puede jamas hallarse sostenida de la opinion y aprecio público; y así cuando llegaba el caso no servia á nadie sino vendiéndole sus oficios. Acumulaba riquezas, no pagaba nada; de tiempo en tiempo hacia que el rey satisficese sus deudas, y oscurecia á la reyna con su magnificencia. A su turno lisonjeaba y engañaba á sus amigos, y los sacrificaba á menudo con una palabra para divertir al rey. Hacia temblar á sus enemigos, á quienes perdia alegremente llenándolos de insolencias; desconcertaba á las gentes austeras con su arrogancia, y así no era menos terrible su genio satírico que su favor: nadie se atrevia á tratarla con sequedad, porque el doble temor que inspiraba parecia respeto; y se lisonjeaba de haber restablecido (así lo decia)

todos los derechos y privilegios de una *favorecida*, que la Duquesa habia dejado caer en el olvido.

Mientras la Montespan aseguraba su favor con tanto orgullo é insolencia, el palacio de Birón estaba desierto. La infeliz Duquesa experimentaba en algun modo con admiracion suya, que su dolor no era tan agudo como debia tenerlo: en una conducta tan clara, y en unos proceder tan poco dudosos no veía sino un enigma inexplicable. Siendo el rey evidentemente injusto é ingrato, todo era para ella, sin embargo, un misterio incomprendible. Lloraba en silencio, y esperaba la explicacion de este arcano, diciéndose á sí misma: "al fin me hablará: es preciso oírle antes de condenarle." Este estado de abatimiento animó á Lauzun para descubrir un proyecto que meditaba mucho tiempo habia. Redobló su frecuencia en casa de la Duquesa, y acabó por ofrecerla su mano. Esta señora lo escuchó con una sorpresa dolorosa, y una sola cosa la admiró en esta proposicion por ser hecha por el favorecido mas íntimo del rey. "¿Estais cierto en que éste

(le respondió con las lágrimas en los ojos) no me ama ya, y que me renuncia sin remedio?" Lauzun perfectamente tratado por la Duquesa, á causa de su intimidad con el rey, se habia lisonjeado de que no lo desecharia; pero luego que se vió despreciado de ella, sus enemigos se aprovecharon de este suceso para ridiculizarlo: esta accion fue tanto mas reprehensible quanto sabian que no era el amor su estímulo. Lauzun tenia mil negocios embrollados y deudas inmensas, y le criticaban haber querido sacrificar el honor al mas vil interes. La Montespan, que lo aborrecia, le preguntó delante de muchas gentes, cuánto tiempo habia que estaba enamorado de la Duquesa; "desde el momento que vos habeis sido su confidenta y su amiga íntima" (la respondió Lauzun). Esta respuesta picante no inquietó á la Montespan, que jamas queria comprender lo que la disgustaba, pero que jamas olvidaba. "Vos probareis (dijo ella) que no es imposible, como lo suponen, ocultar una gran pasion, porque nadie ha conocido la vuestra." "Al fin (la dijo Lauzun), de ningun modo era necesario que yo

estuviese enamorado de la Duquesa para casarme con ella." "¿Pues qué motivo habríais tenido entonces?" (le dijo). "¡Cómo (exclamó Lauzun), obtener la preferencia de la única persona de vuestro sexo á quien el rey ha amado hasta ahora verdaderamente...!" Esta proposicion perdió á Lauzun; pero salvó su honor. El entusiasmo excusa, ó todo lo repara cuando se aviene con el caracter y los sentimientos que se han manifestado siempre. La Montespan confundida y sin respuesta por la primera vez de su vida, juró en el fondo de su alma vengarse de él con escándalo. Ya se sabe que ella aguardaba siempre la ocasion de hacerlo con tanto disimulo como paciencia, y se sabe tambien con qué perfidia y buen suceso llegó á satisfacer á un tiempo sus antiguos resentimientos y su ambicion.

El duque de Longueville, con sentimientos mucho mas interesantes que los de Lauzun, no fue mas feliz que él. Ofreciendo á la Duquesa el casarse con ella, la propuso dejar para siempre la corte, y devolver al rey todos los dones que la habia obli-

gado á aceptar. "¡Cómo! (le dijo la Duquesa enternecida) ¿vos me amais todavía?" "¡Ah, jamas he dejado de adoraros!" (la respondió). "¡Ay de mí! (exclamó la Duquesa) ¿es posible que seais vos el único hombre capaz de constancia?" Despues de esta exclamacion tan inocente, el duque cortado, estuvo algunos momentos sin hablar palabra, y luego renovó sus instancias; pero la Duquesa las rehusó con estimacion, aunque con aquella firmeza fria que no deja esperanza alguna. El duque penetrado de sentimiento se separó de la corte, y se mantuvo mucho tiempo sin volver á ella.

La Duquesa, que apenas veía al rey, y que en el espacio de tres semanas no habia podido decirle una palabra en secreto, conoció al fin que habia perdido, no solo todos los derechos del amor, sino tambien los de la amistad. Benserade y el duque de Longueville, como que no estaban en la corte, hacian que á esta infeliz Duquesa no la quedase en ella ni un solo amigo verdadero; bien que en este momento no los echaba tanto menos como en cualquiera otro. Ella sabia

hasta qué punto hubieran culpado al rey si hubieran sido testigos del modo cruel con que la trataba. Mientras se ama no se puede, sin despedazarse el corazón, quejarse á los otros del objeto de su inclinacion: disimular sus agravios, dar una interpretacion favorable á sus palabras y acciones mas vituperables, y cuando no pueden disculparse dar á entender que ciertas razones secretas las justifican; en fin, defender con persuasiva elocuencia, ó con una destreza ingeniosa: estos son los artificios irreflexionados tan naturales, que todos tienen por instinto y de primer movimiento, y con la mayor franqueza de carácter.

La Duquesa se admiraba y gemia lejos de todos, y desde que se halló sola no cesaba de llorar. Cuando conseguia distraerse algun tanto su corazón se resentia. Una mañana, sentada en frente de un retrato del rey, pintado por Rigaud, y de una semejanza perfecta, fijó sus ojos en aquel cuadro, y dijo: "¡véase, pues, todo lo que me queda! ¡Ah! incesantemente perseguida por esta imagen idolatrada, no necesito mirarla para

verla siempre! ¡Oh tú, cuyas facciones anuncian la bondad y la dulzura, cómo puedes tratarme con tanta inhumanidad! No es amor el que te pido, sino amistad: ¿podrás rehusármela? Tú me has hecho prometer el no dejarte jamás, ¿y ha sido esto para desterrarme de un modo mas cruel? ¿Qué soy aquí sin tí, y en qué vendré á parar sin verte, estando tan cerca de tí? No tienes muchos pasos que dar para acercarte á mí, ¿y me abandonas y me olvidas? ¿No estoy en esta estancia donde habitas, sino para oír hablar de tu inconstancia, y ser testigo de ella? ¿Qué has hecho, pues, de aquel corazón generoso y sensible que sedujo el mio? No; ¡tú eres el que no me conoces, y no puedes ser inhumano! ¡Yo no te conozco ya, y este es mi mayor tormento! ¡Si supieras lo que sufro; si jamás hubiera podido pintarte el exceso de mi amor, tú vendrias á enjugar mis lágrimas, y á consolarme con tu confianza! ¿Es por ventura mi ternura la que temes? ¡Ah! ¿no sabes tú que sin participar de ella puedes todavía dejarme satisfecha? No exijo de tí sino que no me huyas

y me escuches. ¡Ven, ven, á lo menos para saber cómo se ama: léjos de mí no lo sabrás jamas! ¡Ah, ven, no me dejes apagar-me y morir, cuando puedes reanimarme con una palabra, con una mirada!"

En medio de estos tristes pensamientos jamas tuvo la idea de dejar todavía la corte. Ya no esperaba ni admirar ni mover al rey con esta accion, ni ser llamada tampoco: y así queria mas bien morir de dolor á su vista, que alejarse de su inmediacion, sin llevar la esperanza de dejarle justos sentimientos. Para dispensarse de oir la voz de la razon, se repetia, que habia prometido al rey no dejarle; como si los tratamientos que recibia no la exonerasen bastantemente de una promesa semejante. El desaliento producia en ella el efecto aparente de la resignacion; y así sufría las humillaciones mas inauditas, abandonándose á su destino, á fin de no combatir una pasion que habia tomado sobre su alma tan funesto imperio.

Escribió al rey, únicamente para quejarse de que solo le veía en presencia de testigos: sus reconvenciones eran dulces y

moderadas; pero el amor se manifestaba en cada palabra de su carta. El rey queria sin duda conservar siempre á esta muger interesante, cuya dulzura angelical y carácter generoso admiraba; pero su nueva pasion no le permitia divisar la tranquilidad, sino luego que la Duquesa se hallase enteramente curada del amor que le tenia: persuadiéndose á que entonces la volveria sin esfuerzos toda su confianza, y que ella sería para él la amiga mas estimada y mas perfecta: y creyó por lo mismo que era necesario á su mútua felicidad quitarla hasta el mas débil rayo de esperanza. Con esta idea, y para desembarazarse de una vez de toda sujecion, tuvo valor de escribírselo sin ningun rodeo: añadiéndola, que jamas la tendria ya la pasion que sentia por otra, y conjurándola á que se limitase á la amistad, único sentimiento que desde entonces podia concederla.

Aunque parece que esta respuesta no debia decir nada nuevo á la Duquesa, la causó no obstante el mayor dolor y sorpresa, porque esta declaracion aniquilaba toda esperanza de atraer al rey, y él mismo ha-

bia firmado aquella cruel é irrevocable sentencia. ¡Aquellos cuyo corazon ha sufrido saben la enorme diferencia que hay entre el temor mas bien fundado, y la certeza positiva!

La Duquesa quedó tan abatida con este último golpe, que no la fue posible volver á escribir al rey. Hizo cerrar su puerta, y pasó doce dias sola absolutamente. El rey envió á saber de ella, pero no fue, temiendo en extremo el verla. La Duquesa herida mortalmente salió al fin de aquel insoportable peso. La indignacion, sin desprenderla de aquel funesto lazo, la dió una especie de fiereza. "Él me despreciaría mas todavía (se decia) si supiera que despues de tales procedimientos tengo la indigna debilidad de nutrir y conservar aún una pasion tan desgraciada! ¡Conservemos á lo menos su amistad!" Esta última idea sostuvo su valor: hizo reflexiones sobre su situacion: formó un nuevo plan de conducta, y esto la sirvió de un cierto consuelo. Cuando se llega al colmo de la desgracia, la indolencia y la inaccion conducen á la desesperacion; y nada consuela enton-

ces tanto como un proyecto extraordinario ó violento que ocupe la imaginacion, y sobre todo que imponga la necesidad de obrar.

La Duquesa resolvió dejar toda especie de fausto, vivir con la cuarta parte de sus rentas, y dar lo restante á los pobres. En veinte y cuatro horas vendió los pocos diamantes y alhajas que tenia, á excepcion de aquellos preciosos brazaletes, primer don del rey. Despidió la mitad de sus criados, asegurándoles pensiones: concluyó de prisa un cambio en el cual dió las ricas tapicerías de sus salas, y todos sus muebles magníficos, por otros menos caros y mas sencillos. Quitaron de los salones las arañas, candeleros de brazos, y casi todos los espejos, y solo se conservaron los retratos del rey. Haciendo todo esto satisfacía su verdadero gusto. Aquella alma tan noble y tan bienhechora habia despreciado siempre el lujo; pero no pensaba sin una cierta alegría interior, que esta sencillez haria acordar al rey la repugnancia que en otro tiempo habia manifestado para recibir sus dones; y la moderacion con que los habia disfrutado. "En

fin (ella se decia) el rey comparará estas habitaciones con las de la Montespan, y reflexionará, á pesar suyo, la enorme diferencia que hay entre nuestros caracteres!" Cuando todo el palacio estuvo trastornado ya, escribió al rey. Esta carta era corta, porque la Duquesa estaba fresca, razonable, y habia empleado mucho tiempo en meditarla. En ella decia al rey, que despues de haber examinado muy bien su corazon, no hallaba ya en él sino los sentimientos que apetecia, y que se lisonjeaba de que tendria la bondad de ir á su casa sin embarazo, supuesto que de allí en adelante le vería con serenidad.

Este laconismo y esta tranquilidad sorprendieron al rey, y en este caso la admiracion va siempre mezclada con una especie de resentimiento secreto. Se sabía que el duque de Longueville, interesante por la constancia de su amor, habia hecho instancias á la Duquesa para que aceptase su mano: se sabía que éste debió proponerla la renuncia de todos los bienes que tenia del rey; y aunque dejó broncamente á Versailles, algunas personas suponian no obstante

que la Duquesa le habia dado su consentimiento, y que no habia marchado tan precipitadamente sino para terminar ciertos negocios, y hacer varios otros preparativos relativos á esta boda. Todas estas ideas se acumularon en la exaltada imaginacion del rey, hirieron su orgullo y lo turbaron. Por primera vez, despues de mucho tiempo, se representó bajo sus verdaderos rasgos á esta muger hermosa que habia sacrificado, y la vió tal como ella era, jóven, bella, tierna y hecha para inspirar un afecto tan fiel como el que el duque le conservaba. El amor propio reanimó entonces una especie de arrepentimiento: aquel corazon tan tierno y tan delicado que habian hecho pedazos, y desechado, fue casi apreciado luego que pensaron que al fin se escapaba, y que lo habian perdido. Con estas disposiciones interiores hizo decir el rey á la Duquesa que iria solo á verla á las siete de la noche. La Duquesa reunió todas sus fuerzas para recibirle con serenidad: y á fin de contenerse con mas seguridad hizo que la acompañase su hija madamisela de Blois. Esta idea la

sugirió la de hacer el último sacrificio, al cual no habria podido resolverse sin el deseo que tenia de admirar y conmover al rey, y fue dar á su hija los brazaletes que tanto estimaba, y con una opresion inexplicable se los puso. Al entrar el rey en el palacio de Biron quedó espantado de la mudanza que advirtió en él por todas partes, y pensó en aquel momento, que aquel sacrificio de todos sus donativos anunciaba el casamiento de la Duquesa con el duque de Longueville. Para justificar á sus propios ojos la inconsecuencia del enojo que sentia, creyó que debieron consultarle sobre todo aquello: y así esta supuesta falta de respeto le pareció inexcusable, porque estaba irritado principalmente contra el duque.

Luego que llegó al salon, madamisela de Blois corrió á arrojarse á sus brazos, y casi al mismo instante le enseñó los hermosos brazaletes que acababa de regalarla su madre. El rey excesivamente herido y confirmado en sus sospechas, se volvió hácia la Duquesa y la dijo: *Confieso, madama, que todo esto me admira.* Pronunció estas palabras con

una gravedad y una alteracion, que hicieron saltar de gozo á la Duquesa. Hubo un momento de silencio, durante el cual el rey examinó el salon enteramente mudado. Tomando la palabra la Duquesa, dijo: "he regalado estos brazaletes á uno de los objetos que mas amais: ¿no fue este su primer destino?" "Sin duda (respondió el rey), y por esa misma razon debísteis guardarlos. ¿Pero se os puede preguntar y pedir la razon (prosiguió diciendo) de la extraña mudanza que aquí veo?" "Yo quiero vivir (le dijo la Duquesa) de hoy en adelante en un retiro absoluto, y todo este fausto me era inútil; vos sabeis que siempre me ha desagradado." "En vez de una respuesta tan vaga, yo esperaba una confianza." El rey pronunció estas últimas palabras con un cierto tono de ironía, y con una sonrisa forzada. "¿Cómo?" (dijo la Duquesa espantada). "¿Por qué, pues, (replicó el rey) quereis hacerme de ello un misterio? Se asegura (continuó avergonzado) que os casais con el Duque de Longueville." "¿Y vos lo habeis creido?" (le respondió la Duquesa). Entonces sacó ésta de la faltriquera

una carta del Duque escrita á ella al partir de Versalles, y se la dió al rey, que la leyó al instante.

Esta carta lo desengañó, y al mismo tiempo resfrió su imaginacion, porque ya no habia otra victoria que ganar. Es verdad que admiró la conducta de la Duquesa, pero se tranquilizó. Sin embargo, la Duquesa habia observado su turbacion y su disgusto, y creyó que siguiendo el plan de vida que se habia propuesto, volvería con el tiempo á hallar lo que habia perdido. El rey prometió ir á verla como antes, y cumplió su palabra durante algun tiempo; pero casi siempre iba con él la Montespan, que léjos de hallarse embarazada con el contraste que formaba su magnificencia con la extramada sencillez de la Duquesa, tuvo sobre él mil chanzas y burlas pesadas. Decia que la Duquesa solo pensaba en singularizarse; y que ella queria agradar y atraer gentes á su casa, pues aunque su cálculo era mas comun, valia mas que el de la Duquesa.

La única persona de la corte que no contemporizó jamas con la Montespan, fue ma-

dama Enriqueta, indisputada con ella desde el retorno de la Duquesa principalmente. Esta princesa llena de fiereza, y naturalmente sincera, no pudo soportar los modos altaneros de la Montespan, y mucho menos sus sátiras picantes; y así la trató con un aire de distraccion é indiferencia que tocaban en desprecio: y para ajarla mas se acercó á la Duquesa manifestándola un interes que la enterneció. Estas dos amables personas se volvieron á tratar, se conocieron mejor, y se amaron.

El rey, que meditaba la conquista del Franco-Condado, ejecutó este proyecto en medio del invierno. Una inquietud naciente y terrible distrajo entonces á la Duquesa de sus disgustos particulares, y del tormento de los celos, pues solo pensaba en los peligros que iban á rodear al rey. Sus inquietudes se disiparon bien presto, porque esta nueva guerra solo fue para el rey una carrera rápida, como que en tres semanas conquistó aquella hermosa provincia, y la paz fue el dichoso fruto de tan brillante expedicion.

Durante esta campaña solo escribió una vez el rey á la Duquesa un billete muy cor-

to y muy frio. La Montespan recibió cinco ó seis correos, alabándose de ello, y sobre todo con su rival, so pretexto de darla noticias del rey y del ejército, y dió grandes fiestas para celebrar la paz. La Duquesa fue secretamente á buscar y socorrer pobres, y libertar prisioneros. Parece que la gloria y la fortuna prestan al espíritu y al caracter una cierta independéncia, que rara vez se tiene sin ellas. La vanidad que inspiran no permite ya disfrazarse ni contenerse. La prosperidad no siempre corrompe, pero siempre descubre lo que verdaderamente somos. Los héroes y los afortunados que parecen mudados por los sucesos favorables y las riquezas, no han hecho mas que quitarse una máscara engañosa que les incomodaba. La dicha da atrevimiento, y la adversidad reprime, y esto es porque el hombre necesita freno, y la escuela severa de la desgracia es para él la mas provechosa.

El rey en medio de los elogios y transportes universales que excitaban su nueva victoria y la paz, se manifestaba siempre generoso, clemente, y sensible al amor de

sus pueblos: pero se entregó sin sujecion á su gusto por la magnificencia, por las fiestas, y á su pasion por la Montespán. La Europa entera le llenaba de alabanzas, y en toda ella resonaban sus elogios. Si hubo alguna exageracion entre la multitud prodigiosa de panegiristas, á lo menos no se vió en ella nada vil ni ridiculo: el reconocimiento la hacia respetable, y tanta grandeza y felicidad la autorizaban. La historia debe ser severa, porque la verdad no debe ocultarse: pero los contemporáneos, y sobre todo los buenos vasallos de los buenos reyes deben ser reconocidos. ¿Hay derecho por ventura para juzgar rigorosamente a los bienhechores? La admiracion pública es la recompensa de los grandes hombres: no se la envidiamos, pues les cuesta bastantes trabajos.

El rey quiso dar todavía el espectáculo del Circo. Los tiempos se habian mudado mucho. El rey no llevaba en su escudo el emblema tierno de la rosa entreabierta; pero estaba adornado con los colores de la Montespán. Uno de los amigos de ésta compuso una divisa, que sobre fondo azul llevaba una es-

trella de brillantes guarnecida de una multitud de estrellitas de plata con estas palabras: *Por la mas brillante y la mas bella.* Esta divisa, poco lisonjera para las otras bellezas de la corte, no ofendia sin embargo las reglas generales de lo galante. El espíritu caballeresco autorizaba alabar á su señora á expensas de todas las bellezas del universo. Otras costumbres han producido sobre esto acertados manejos; pero mientras no se amaba sino á una sola muger, se hacia una especie de profesion pública de no admirar ni celebrar sino á ella. La inconstancia no es cosa nueva; pero entonces no la sospechaban. Los hombres amaban con ilusion, y así nada que fuese mejor podian exigir de ellos.

Durante esta fiesta, la pobre Duquesa, tristemente encerrada en el palacio de Birón, se acordaba con dolor de aquellas otras tan ingeniosas de las cuales ella habia sido el objeto. ¡Qué asombrosa mudanza, y cómo comprenderla si cuando descendia al fondo de su corazon despedazado, hallaba allí todavía todo el amor que causó sus extravíos! Despues de este dia, en su presencia mis-

ma no disimuló ya el rey sus sentimientos, y solo distinguía y obsequiaba á su rival.

La Duquesa aguantó esta conducta mas de un año con una paciencia inalterable: ya habia perdido la esperanza de atraer al rey; pero la sostenia el pensamiento de que ella le daba pruebas de una deferencia sin ejemplo, á la cual á lo menos hacia el rey justicia. Esta infeliz víctima no gozaba ya sino de la opinion que suponía tendria éste de sus sentimientos. "Él no me ama ya, pero sabe que nadie en el mundo (se decia) le amará jamas como yo. El tiempo y el reconocimiento me volverán algun dia su confianza y su amistad, y aunque no sea sino en la vejez tendré todavía sobre la tierra algunos instantes de felicidad." Un suceso inesperado trastornó su alma y aniquiló sus resoluciones. Cuidaba la Duquesa mucho tiempo hacia de una familia compuesta de la viuda de un caballero de su provincia, y cinco hijos, á quienes hizo venir de la Turena para establecerlos en su inmediacion. Con este motivo fue á Paris á buscarles una casa en el arrabal de san Marcelo, y alquilarla para

ellos, y vió una cuyo jardin tenia una puerta de comunicacion con el de la casa contigua: bajó á él, y apenas hubo entrado quando vió venirse hácia ella por la puerta de comunicacion un niño de tres años, hermoso como un serafin, y tomándole en brazos y mirándole con atencion quedó pasmada de su semejanza con el rey, quando una muger de cuarenta y mas años, de una fisonomía agradable y noble, vino tambien del otro jardin, y se arrojó á él con un aire inquieto. Esta muger era madama Scarron. La Duquesa la conoció, aunque nunca la habia hablado; porque varias veces la habia encontrado en las galerías de Versailles, y sabia que era muy amiga de la Montespan. “¿De quién es este niño?” (la preguntó la Duquesa con una voz trémula, mirándola atentamente y poniendo el niño en el suelo). Madama Scarron se puso como una grana, no la respondió nada, hizo una profunda cortesía, tomó el niño de la mano, cerró la puerta del jardin y desapareció. Pasmada la Duquesa de admiracion, preguntó á los dueños de la casa, y supo por ellos que mada-

ma Scarron no era conocida allí con semejante nombre: que esta dama pasaba por tia de aquel niño que cuidaba mucho, y que vivia muy retirada sin recibir á nadie. Este misterio singular, la semejanza del niño, y la estrecha amistad de madama Scarron con la Montespan, iluminaron á la Duquesa, y la hicieron conocer enteramente la verdad. Al punto adivinó que aquella era tambien madre, y que el niño que acababa de acariciar era de su rival y del rey. Este descubrimiento la afligió casi tanto como si en aquel momento hubiera sabido la infidelidad del rey. De nuevo la asaltaron los celos, como amante y como madre, y sobre todo por aquella semejanza perfecta, que sus hijos no tenian con el rey. "¡Ah (exclamaba), no basta que esta muger artificiosa y pérfida me haya arrebatado el corazon del rey, sino que arrebate tambien á mis hijos la ternura de su padre! ¡A lo menos este afecto estará ahora dividido! ¡Qué orgullosa debe estar con este hijo, cuya fisonomía ofrece ya una semejanza tan gloriosa y tan amada, y que dispondrá tan naturalmente todos

los corazones á adorarle! ¿He podido yo misma dejar de sentirlo así, y podré todavía mirarle sin enternecerme? ¡Dichoso niño! ¡y los míos no acordarán sino mi vergüenza, porque solo se parecen á su madre desgraciada!" El corazón de la Duquesa estaba demasiado herido para poder sofocar un dolor tan vivo. Después de haber escrito al rey que ya no tenía amor, había perdido el derecho de quejarse: pero sin embargo ella rompió é hizo todas las reconvenciones que puede inspirar la pasión. El rey la escuchó con una fría sorpresa, y la acusó de caprichosa é inconsecuente. Esto era nada todavía; pero una palabra imprevista, una palabra abrasadora salió de su boca, y fue decirle "que ella no le había amado jamás." A este golpe inaudito de ingratitud quedó asombrada la Duquesa sin voz y sin responder. El trastorno entero del mundo no la hubiera causado tanto espanto, ni una sorpresa tan terrible; y pálida, inmóvil, miraba al rey con ojos asombrados. Si al instante no se enmienda un grande agravio, comunmente se agrava; y cuando no se quiere expiar ni reconocer su

injusticia, se lleva á su colmo, no por un verdadero endurecimiento, sino por una especie de desesperacion, ó mas bien cólera causada por el remordimiento mismo: entonces no somos inaccesibles á la compasion; bien al contrario la repelemos con enfado, y á veces con dureza, porque nos despedaza.

“¡Cómo! (dijo en fin la Duquesa con una voz entera) ¿no os he amado yo?” “No (la respondió el rey): yo no he podido triunfar nunca de vuestros escrúpulos.” “Es verdad que mis principios me eran mas gratos que mi vida, y yo os los he sacrificado” (le contestó la Duquesa). “Jamás me habeis amado” (volvió á decirle al rey). “¿Luego me he vencido por ambicion?” (le replicó). Esta expresion en boca de una persona tan noble y desinteresada desconcertó al rey; pero no podian confundirle sin irritarle. “No (repuso): la ambicion no domina los caracteres sin energía.” “¡Con esta máxima (le dijo la Duquesa) os lisonjeais de disculpar la vil, la insaciable codicia de la que me preferís!” “La marquesa de Montespan ha merecido mi afecto (la replicó el rey) por una pasion

verdadera.” “¿Mas tierna que la mía?” (le preguntó la Duquesa). “Mil veces mas real” (la respondió). “¡Ingrato! (exclamó esta infeliz) ¿podeis proferir esa mentira inhumana, que todos vuestros recuerdos desapruedian? ¿Queréis arrebatarme todo consuelo? ¡Deshonrada y privada de vuestro amor, aun no estaba despojada de todo, porque á lo menos pensaba que no os seria posible comparar los sentimientos de otra á los míos; y ahora tenéis la crueldad de decirme que esa muger sabe amar mejor que yo! ¿Luego todos los sacrificios que os he hecho se perdieron? ¿Luego fue para vuestros ojos insensibilidad el haber consentido recibir en mi casa á la muger que me ha vendido? ¿Su altanería, su arrogancia, sus caprichos, que he tolerado con tanta prudencia; todo esto lo tenéis en nada? ¡Yo he vencido mi aborrecimiento, reprimido mis resentimientos, devorado mis celos, ocultado mi dolor y mi amor, sin excitar vuestro reconocimiento ó vuestra compasion. Virtud, reputacion, amor propio, orgullo, reposo, todo, todo os lo he sacrificado; y hé aquí el premio que recibo! ¡Ab, ¿no era

mejor desterrarme de vuestra vista? ¡En el fondo de un desierto habria podido quejarme sin sujecion, y yo me diria todavía: en vano busca en otra el amor que yo le tengo! ¡Cómo! ¿esta pasion tan profunda y tierna no ha sido suficiente para enseñaros á conocer el amor? ¿Podeis estar satisfecho de un corazon, cuya codicia y vanidad son sus pasiones dominantes? Vos no habeis podido perder la memoria de mi ternura, sin olvidar tambien como se ama. ¡Ah, jamas, jamas mi rival os lo acordará!” A estas reconvencciones tan fundadas, el rey no respondió sino vagamente y con un frio laconismo: tenia demasiadas faltas para enternecerse. Esta sesion le incomodaba cruelmente, y la terminó con cierta especie de autoridad, suplicando á la Duquesa le excusase en lo sucesivo semejantes inútiles y desagradables escenas. “Sí (le respondió esta desgraciada señora, enjugando sus lágrimas), sí: yo guardaré en adelante un eterno silencio: nada mas tengo que deciros.”

Esta última injusticia hizo una impresion terrible en el corazon noble y generoso de

la Duquesa. No nos desprendemos en un momento de una pasión á la cual nos entregamos sin reserva por espacio de diez años; pero cuando nos la pagan con una ingratitude, llega un término en que agitado el corazón conoce su locura, y este es un principio de mejoría. Por primera vez formó la Duquesa un proyecto mucho mas esforzado que el de huir: prometiéndose desterrar de su corazón un amor tan funesto: como habia sufrido tanto á causa de su sensibilidad, habia llegado á tal exceso de desgracia, que para formarse la idea de una perfecta tranquilidad en el mundo, no podia imaginar ya sino una indiferencia absoluta. En este pensamiento habia mas verdad, que en el que nos persuade á que un sentimiento apasionado puede por sí solo proporcionar la dicha; pero qué fuerza no se necesita para arrancar del alma una pasión violenta y fija en un solo objeto! Es menester desechar la esperanza que tan facilmente renace cuando se ama: es preciso volver á abrir uno mismo todas las heridas de su corazón, acordándose, para curarse, de todo aquello que se quisiera po-

der olvidar; es preciso despojarse de toda preocupacion, renunciar la indulgencia, y juzgar con rigor los procederes y las acciones que siempre se habian interpretado favorablemente; en fin, romper la costumbre, y dedicarse mucho tiempo á no pensar sino en lo que desespera, á no obrar sino con esfuerzo y contra todas sus inclinaciones. Véase, pues, lo que cuesta el recobrar la razon. ¡Cuan menos penoso es el conservarla siempre!

La Duquesa repasaba con amargura todos los procederes inexcusables de rey: entonces pensaba que la seria fácil desprenderse de él: ¿pero cómo lo habia de conseguir viéndole mas admirado que nunca? Todo mantenía su gloria: aquellas artes que amaba, la pintura, la música y la poesía, le debian todo su lustre, porque él era en cierto modo su creador: no se podia dar un paso en Versailles, en Marly ni en Paris, sin encontrar testimonios de su grandeza, de su gusto y de su magnificencia. Versailles desplegaba todas sus maravillas: su salon y su soberbia galería se ennoblecian tambien con

los trofeos de sus victorias (1): los deliciosos bosques de Marly se formaban, y la mecánica acababa de producir una obra maestra para regarlos y hermosearlos (2). El talento de Le Notre, animado de la protección del rey, daba á la capital un jardín magestuoso: la religion bendecia al soberano en los templos que él habia reedificado, reparado y enriquecido: las ciencias (gracias á sus beneficios) se perfeccionaban: acababan de construir el observatorio, y mientras que ponian los cimientos de los Inválidos, la arquitectura preparaba un palacio digno de ser habitado por los soberanos de la nacion francesa. La columnata del palacio del Louvre se levantaba: el genio poderoso que presidia á este reyno vivificaba é ilustraba á toda la Francia: habia restablecido la disciplina militar: inspiraba al célebre Vauban para defender y poner á cubierto sus conquistas: hacia florecer el comercio y la agricultura abriendo canales inmensos; y

(1) Pinturas de Lemoine, y de Lebrun.

(2) La ingeniosa máquina de Marly.

creaba una marina respetable: formaba nuevos caminos: poblaba los obradores de Tours y de Leon de operarios diestros: fundaba colonias; y en fin afinaba las costumbres y las modales, embelesaba la sociedad, y perfeccionaba para siempre la lengua que servia para celebrar todos estos prodigios, y que debia al fin hacerse universal.

¿Cómo, pues, podia la Duquesa resfriarse para con aquel que hacía tantas cosas maravillosas? El entusiasmo público destruía en ella la obra de la razon. “¡Ah! (decia) sin duda me ha agraviado; ¿pero siendo yo francesa, podré dejar de adorarle?” Sin embargo, alguna vez se persuadía á que le amaba menos, y se aplaudia: pero una mirada suya, una palabra que interpretaba á su gusto, la volvía toda su sensibilidad natural: entonces se entregaba á sus dulces ilusiones, como si hubiera hecho un feliz descubrimiento, no sirviendo todo esto despues, sino para hacerla tocar con mayor amargura los mas justos motivos de disgusto y de dolor. Al fin conoció el tormento de los celos: no solamente su rival se hallaba adorada del

rey, sino que éste creía que nadie le amaba como ella. La Montespan usurpaba á un tiempo el corazon del rey, y su reconocimiento! ¡Qué crueles reflexiones, qué doloroso arrepentimiento para la infeliz Duquesa!

Aunque el rey dejó de amarla, no perdió sin embargo el ascendiente que el amor le daba sobre ella, pues conservaba sobre su corazon y sobre su espíritu todos sus antiguos derechos, y su indiferencia misma como que le daba otros nuevos. La Duquesa no tenia ya la confianza que inspira la certidumbre de agradar; aquella dulce igualdad que una union recíproca establece siempre, no existia ya entre ambos, y así medía ella la distancia enorme que la separaba de él. Hasta entonces su respeto á aquella gerarquía suprema, que solo la producía admiracion y entusiasmo, ahora era para ella una especie de abatimiento: el rey, sin querer, mudaba insensiblemente de tono con ella: la Duquesa intimidada, y sobre todo desalentada por la desgracia, se dejaba dominar del temor y de la humillacion; y na-

da es capaz de reanimar el espíritu de una alma grande, cuando penetrada de arrepentimiento sufre la pena de una falta irremisible. Mientras mas sentimientos elevados se tiene, mas abáten las penas: estas son las resultas tarde ó temprano de las pasiones criminales. La violencia entonces sería un descaro vil: solo á la inocencia y á la virtud pertenece elevarse y brillar en las desgracias, porque ellas solas son las que pueden dar dignidad á los infortunios. Pero el vicio, despojado de la ilusion de la fortuna, vuelve al polvo: los reveses lo acaban de manchar y hacer odioso á todos; y el último grado del desprecio se une siempre á la vergonzosa compasion que inspira.

Disponiéndose el rey para hacer un viaje á sus nuevas conquista hácia Dunkerque y Lila, confió el motivo á la Duquesa. Esta prueba de estimacion y confianza la llenó de alegría, pues nada indemniza del amor sino la confianza, porque este es un sentimiento diferente, que puede tambien ser exclusivo, y es posible lisonjearse de que una rival preferida no lo obtenga. El rey que-

ria desprender la Inglaterra de la Holanda; Madama Enriqueta se hallaba encargada secretamente de esta negociacion, y el viage del rey ocultaba el misterio. La pompa y la magnificencia de los antiguos reyes asiáticos no igualaba á la brillantez y suntuosidad de aquel viage. Treinta mil hombres precedian ó seguian á la marcha del rey: los unos destinados á reforzar las guarniciones de las plazas, los otros á escoltar la familia real, y algunos á allanar los caminos. El rey llevaba á la reyna, á las princesas, y á las mas bellas damas de la corte, y en este número iban la duquesa de la Valliere, y la marquesa de Montespan. El rey derramaba por todas partes liberalidades excesivas, como que el oro y las piedras preciosas se prodigaban á cualquiera que tenia el mas mínimo pretexto de hablarle. Madama Enriqueta se embarcó en Calais, y Carlos II su hermano la esperaba en Cantorbery. En medio de las fiestas que hubo con motivo de esta nueva visita, la princesa tuvo la gloria de concluir el tratado proyectado, que

trajo firmado (1), y volvió triunfante á Saint-Cloud.

En la flor todavía de la juventud y de la hermosura, en el mas alto grado de distincion, ocupando el segundo lugar en un poderoso imperio, se prometia una larga carrera tan brillante como ilustre; ¡y no veía la tumba entreabierta adonde tantas esperanzas, al parecer bien fundadas, iban á sepultarse para siempre! Un mal repentino la redujo de golpe al último extremo de la vida: conoció su peligro, y que era forzoso morir dentro de breves horas; y desprendiéndose valerosamente de todas las ilusiones que la rodeaban, se arroja enteramente á los poderosos brazos de la religion. El rey corre á ella; la Duquesa de la Valliere espantada, embargada de terror y de pesadumbre, viene tambien á Saint-Cloud: entra en el cuarto de Madama, y ve á esta princesa, bella todavía, pero pálida, moribunda, desgñada, apoyándose en el pe-

(1) Siglo de Luis XIV.

cho de madama de La Fayette, deshecha en lágrimas, con un Crucifijo que miraba atentamente. Bossuet estaba en pie á la cabecera de la cama, y toda la magestad de la religion parecia esparcida en el semblante respetable de aquel prelado augusto. Se esperaba en silencio y temblando la exhortacion que meditaba, y que iba á hacer. La sala estaba llena de amigas de Madama, y de personas afectas á su servidumbre. De golpe se estremecen todos y se hincan de rodillas, y Bossuet dice: *¿Qué somos, cristianos? ¡pensémoslo bien! ¿Qué viene á ser nuestra existencia? Decídnoslo, oh muerte, porque los hombres demasiado soberbios, no querrán creerme. ¡Oh eterno Rey de los siglos! vuestro Ser eternamente inmutable, ni pasa, ni se muda, ni se mide; ¡y véase aquí que habeis hecho mis dias mensurables, y mi substancia no es nada delante de vos (1)! ¡Oh Dios! (lo repito) ¿qué somos nosotros? Si echo la vista delante de mí, ¿qué espacio infinito donde no me hallo! Si la*

(1) Salmo 38.

vuelvo atrás, ¡qué caos espantoso donde ya no existo! ¡y qué poco lugar ocupo yo en este abismo de los tiempos! ¡Yo soy arrebatado con tanta rapidez, que pienso y me parece que todo me huye y todo me desaparece! Todo huye en efecto; y mientras estamos aquí reunidos, y creemos ser inmóviles, cada uno adelanta en su carrera, cada cual se aleja sin pensarlo de todos los objetos de sus aficiones terrenas, pues cada uno marcha insensiblemente á la última separacion (1).

A la vista de esta imagen tan viva y verdadera tembló la duquesa de la Valliere, mirando al rey con los ojos bañados en lágrimas. Su alma se conmovió tan fuertemente que se entró de prisa en una pieza inmediata, no siendo dueña de contener su grande conmocion: despues pasó al gabinete de tocador de Madama, y arojándose en una silla, dijo: "¡Dios mio, qué cuadro! ¡Esta princesa tan bella, tan jóven, tan brillante ayer, y esta mañana todavía, se mue-

(1) Sermon de Bossuet.

re y va á desaparecer para siempre!" Diciendo esto la Duquesa dirigió la vista á un tocador magnífico que estaba en frente de ella: "¡Ah, (dijo) no ha muchas horas que este espejo ha reflectado aquel rostro amable donde brillaba toda la frescura y lozanía de la juventud y la salud! ¡y ahora está cubierto con las sombras de la muerte!" Al decir esto se enjugó las lágrimas que hilo á hilo corrian de sus ojos, y sus miradas se dirigian ácia el tocador, sobre el cual vió un billete cerrado para ella: lo toma temblando, lo abre, y ve que estaba escrito aquella misma mañana, encargándola que fuese á la noche á Saint-Cloud para asistir á la fiesta que contaba dar. "¡Oh qué fiesta! (exclamó la Duquesa) ¡qué se verá en ella gran Dios! ¡En vez de una iluminacion brillante, cirios mortuorios! ¡En la sala preparada para el baile, un atahud!" El billete acababa con estas palabras: *venid temprano y me hallareis sola: tengo proyectos importantes que me ocupan vivamente, y quisiera comunicároslos.* ¡Proyectos! (exclamó la Duquesa): ¡qué locura es formarlos pa-

ra la misma noche del día en que se existe todavía en todo el brillo de la juventud! ¡Desgraciada princesa! ¡qué frívolos, y puede ser culpables, te parecerán ahora á la vista de la eternidad aquellos *proyectos importantes* para tí esta mañana!" En este momento vinieron á decir á la Duquesa que Madama iba á recibir la Extrema-Uncion. Al instante entró en su cuarto, donde se hallaba y hablaba todavía Bossuet; y conmovido y tocado vivamente su corazón dejó á Saint-Cloud llena de reflexiones saludables, que bien presto produjeron en ella una admirable y heróica revolucion.

¡Madama Enriqueta de Inglaterra murió al fin á las cinco de la mañana! La Duquesa oyó la oracion fúnebre de esta princesa, que pronunció Bossuet. Su entusiasmo bien fundado hácia este incomparable orador, la empeñó á oír sus sermones, y no se cansaba de admirar el espíritu y la elocuencia con que hablaba al rey contra la guerra y las conquistas; y delante de los cortesanos contra el orgullo y la ambicion. Un día no pudo menos de estremecerse la

Duquesa oyéndole exclamar: ¡Sí, sí, yo iré á vosotros, oh pecadores, con toda la fuerza, toda la luz, toda la autoridad del evangelio (1)! Puso entonces mas cuidado; pero su corazón temblaba, y palpitó cuando Bossuet pronunció estas palabras: *Una luz repentina y penetrante brilló á los ojos de Magdalena: una llama pura y celestial empieza á encenderse en su corazón: una voz se eleva en el fondo de su alma, que la llama con gritos repetidos á la penitencia* (2). Oyendo la Duquesa estas palabras, junta las manos, levanta los ojos al cielo, y prorrumpe en lágrimas. Vuelta á su casa, y meditando aquel pasage, exclama: "¡Oh luz brillante y terrible, yo no cerraré ya mas los ojos por no verte! ¡Oh voz divina, tan largo tiempo despreciada! ¡háblame, sí, háblame que ya te escucho! ¡Ah, muy bien sé qué sacrificio vas á prescribirme! pero yo no puedo dejar de amar sin un prodigio: yo te lo pido ¡oh Dios de bondad! pues que tu po-

(1) Sermón de Bossuet. (2) Idem.

der no tiene límites. Arranca, Señor, de mi corazón este amor culpable que lo agita y despedaza : la entereza, la razón, la ingratitude misma no pueden triunfar de él ; las penas, las amarguras, no saben inspirarme valor bastante para desecharle ; yo me he acostumbrado al dolor, y necesito una fuerza sobrenatural para dominarme á mí misma ! ¡Solo la religion podrá prestármela!

Poco tiempo despues de la muerte de Madama conquistó el rey una parte de la Holanda, y habiendo llegado ya á la cumbre de la gloria y de la prosperidad, recibió el sobrenombre de *grande*. Algunos dias antes de su retorno á Versailles, la mariscal de Bellefonds convidó á la Duquesa para ir á Paris á asistir á la profesion de su hija mayor, que debia verificarse al dia siguiente en el convento de carmelitas de la calle de Santiago. Esta renuncia del mundo, aquel desden magnánimo de la fortuna y las grandezas no era raro en aquel tiempo, aun entre las jóvenes del más alto nacimiento ; entonces se reunian todos los parientes y los amigos

para asistir á semejantes solemnidades, que la devocion hacia tan interesantes (1). La Duquesa fue á dormir á Paris á casa de la Mariscala, y aunque no la queria mucho, sin embargo desde algun tiempo tenia gusto en tratar á esta familia, cuya cabeza era el hombre mas virtuoso de la corte. El mariscal de Bellefonds agregaba á una devocion y piedad perfectas, grandes talentos militares, y un espíritu superior: tenia, como todas las personas ilustradas y religiosas, principios austéros é inflexibles, y una indulgencia inagotable: conocia la situacion de la Duquesa; y movido de sus calidades naturales, de su dulzura, y hasta de su pasion culpable que tantas penas la costaba, la compadecia; y despues del favor ruidoso de su rival la distinguia mucho. La Duquesa lo estimaba muy de veras, y se sentia inclinada á entregarle toda su confianza.

La Mariscala la llevó á las Carmelitas, cuyo convento no conocia la Duquesa, y

(1) El Mariscal tenia una hermana y una hija Carmelitas.

desde luego se dirigieron á la iglesia. La Duquesa amaba á madamisela de Bellefonds, la cual á veinte y dos años, con la devoción mas ferviente, tenia todas las gracias de su edad: la Duquesa movida y turbada con la ceremonia solemne que se preparaba, no podia entrar en la iglesia sin una conmocion que se aumentaba á medida que iba acercándose á ella. A la vista del coro de las religiosas, una memoria antigua pero muy viva se la presentó en su agitada y confusa imaginacion. Perdió el color creyendo reconocer la iglesia que habia visto en otro tiempo en aquel sueño misterioso, que aún tenia presente. Allí habia á cada lado el mismo número de sillas, los mismos adornos góticos, los vidrios de colores, y la misma forma de ventanas; la tribuna misteriosa debia estar colocada sobre la puerta: vuélvese la Duquesa y la descubre. La reja estaba entreabierta, y la Duquesa fuera de sí esperaba ver la figura magestuosa que en su sueño la presentó aquel velo mas blanco que la nieve.— Se figura que oye repetir aquellas palabras: *solo aquí encontrarás el*

reposo y la tranquilidad, y ya no es esto para ella una ilusion ó una prediccion vaga y confusa, sino una invitacion real y ejecutiva del cielo que se declara y explica, á la cual es preciso obedecer. La idea de un prodigio eleva y exalta su alma y la llena de entusiasmo; pero no por eso se halla menos oprimida con el pensamiento repentino y terrible de una eterna separacion. La infeliz Duquesa experimentó todo el horror que podia causarla la proximidad de una muerte repentina y cierta, cuyo asombro solo podria suavizarlo la fe mas ardiente, y todos los consuelos de la religion. “¡Dios me llama con una voz imperiosa! (dijo): el instante doloroso llegó al fin: ya no hay dudas, ya no hay incertidumbres; pero tengo todo mi amor. ¡Oh Dios! (exclamó como arrebatada): yo no te inmólo un sentimiento debilitado, sino la pasion mas viva, que jamas te he sacrificado!” Al decir estas palabras se desmaya y cae pálida y como muerta en los brazos de la mariscala de Bellefonds (1). ¡Llévanla á la

(1) La Duquesa creyo en efecto reconocer la igle-

sala de comunidad, vuelve en sí, y todo su valor se reanima viendo á madamisela de Bellefonds, aquella jóven interesante, que sin motivo ninguno de arrepentimiento ni pesadumbre iba á pronunciar con tanta alegría y serenidad unos votos irrevocables! La Mariscala no reflexionaba jamas las cosas que no comprendia al instante, contentándose con juzgarlas singulares ó ridículas, y no pensaba mas en ellas: y así habia prestado poca atencion á las palabras extraordinarias que la Duquesa habia proferido antes de perder el sentido; pero á las religiosas las tenian bien suspensas, y por lo mismo preguntaban vivamente á la Mariscala, qué significaba aquello; y ésta las respondió simplemente, que la Duquesa era en extremo *vaporosa*. Así llamaba á todas las personas delicadas y sensibles.

La hora prefijada para la ceremonia llegó, y volvieron á la iglesia: la atencion y ternura de la Duquesa fueron inexplicables: se identificaba con la que renunciaba para

sia que habia visto en sueños. Véase el compendio de su vida á la cabeza del discurso de Bossuet.

siempre el mundo, los placeres y las pasiones: su corazón latía con violencia cuando madamisela de Bellefonds pronunció sus votos, y ella hacia interiormente el mismo juramento.

No se forma una resolución repentina de semejante importancia sin experimentar la necesidad de explayar el corazón; se gusta naturalmente de confiar una cosa extraordinaria, porque esta es una cierta satisfacción para el amor propio, que se conserva todavía aun cuando se renuncien todas las otras. La Duquesa eligió por primer confidente al mariscal de Bellefonds, que la aconsejó viera y consultara á Bossuet, y así lo hizo secretamente. El candor de la Duquesa estaba conocido, y Bossuet no dudó de su sinceridad. Sin embargo, vió en ella tanta pasión, tantos sentimientos despedazadores, y que la resolución que tomaba era tan inesperada con semejantes disposiciones, que creyó indispensable hacerla muchas objeciones: á todo respondió llorando, pero con firmeza; y después de una larga sesión, Bossuet

no exigió mas de ella, sino que se examinase y reflexionase seis meses todavía, sin comunicar á nadie su proyecto: así se lo ofreció, y así se lo cumplió. Esta resolución la costó mucho, porque deseaba ardentemente instruir al rey de ella, para gozar de antemano de su sorpresa y admiracion; pero se venció y fue fiel á su promesa.

Mas silenciosa y mas humilde que nunca, despreciada de la Montespan, y desatendida del rey, soportaba con una sublime paciencia la indiferencia de éste, y los desdenes, altanerías y caprichos insultantes de aquella. Su dulzura habia tomado un caracter de paz y de resignacion, que parecia insensibilidad; al fin creen generalmente impasibles á los que saben sufrir largo tiempo con constancia, y se dispensan de la compasion, cuando debian agregarla la admiracion y el asombro. La religion daba á la Duquesa una fortaleza que la sorprendia: su alma sensible y generosa se elevaba sin trabajo hácia el Ser Supremo, manantial inagotable de bondad,

de amor y de clemencia; y su arrepentimiento léjos de ser amargo, ya no era mas que un sentimiento consolador que la aseguraba el perdon: por lo mismo gozaba hasta de los pesares involuntarios de su desgraciada pasion, porque en el sacrificio que hacia de ellos tenia el premio. Soportaba con serenidad los disgustos y las penas de su situacion, porque iba á expiar sus faltas, desprenderse de la vergüenza, y substraerse á la esclavitud de la corte: no conservando ya esperanzas, no la atormentaban los celos; y desprendida de pasiones violentas, si el amor la enternecia, á lo menos su corazon no se trastornaba con los movimientos tumultuosos del odio y del resentimiento, que antes experimentaba.

Uno de los efectos de la piedad viva y sincera es libertarnos de las frívolas pesadumbres causadas por la ambicion, ó por la vanidad siempre inquieta y seductora. En estando desengañados de lo que son los falsos bienes de esta vida, casi todos los intereses de ella pierden su valor aparente: las pérdidas, las equivocaciones, y las contra-

riedades, no hallan ya presa en el corazón, y entonces se posee la verdadera filosofía cristiana. Las bagatelas no agitan el espíritu; se conoce toda la puerilidad del orgullo: no se tienen vanas pretensiones: somos indulgentes, porque hemos sondado profundamente nuestro corazón, y nos aplicamos cada día mas á mirarnos sin ilusión, á juzgarnos, no solo sin parcialidad, sino con el mayor rigor: ¡y quién, si se examina con severidad podrá ser intolerante! estamos serenos porque no tenemos ya incertidumbres, somos guiados por una regla invariable, animados de grandes pensamientos, sostenidos por esperanzas sublimes, y en fin gozamos una felicidad inestimable, cual es la de estar siempre de acuerdo con nosotros mismos, y arrojarlos hácia el objeto de nuestros deseos con la seguridad y certeza de encontrarle. ¡Dichosa carrera donde la emulación no puede jamás producir los celos, donde aquellos que nos aventajan, lejos de excitar nuestra envidia, obtienen de nosotros la mas sincera veneración! ¡donde se camina

sin conocer las rivalidades, seguidos y admirados de los mas débiles, y constantemente animados por los mas esforzados y valientes!

Los seis meses de reflexion y de examen prescritos por Bossuet á la Duquesa, los empleó ésta en ejercicios de piedad y de penitencia. Sin embargo tenia algo de misteriosa, porque no queriendo descubrir todavía su proyecto, es de inferir que temeria la tuviesen por hipócrita. De todas las humillaciones que traen consigo los largos extravíos, es la mas cruel no poder dejar el vicio sin que nos acusen y sospechen de artificiosos y falsos: por esto al volver á la virtud, los partidos extremos, como que no dejan dudas, cuestan menos que las resoluciones moderadas. La Duquesa se habria avergonzado si la hubieran encontrado ó sorprendido en sus devociones particulares, y experimentaba la mas viva impaciencia por decir públicamente que iba á entrar Carmelita. Un dia que se hallaba sola con el rey, se determinó por último á declararle su intencion; pero lo hizo con

la mayor turbacion, y la pena mas grande del mundo. El rey la escuchó con sorpresa, y manifestó enternecerse, al mismo tiempo que la Duquesa se deshacia en lágrimas: entonces el rey combatió un desig-
nio tan extraordinario; pero con una debilidad de expresion que enjugó prontamente las lágrimas de la Duquesa, la cual respondió con un tono firme, "que su partido estaba tomado hacia mucho tiempo, y de un modo inalterable." El rey reflexionó un momento, y despues la dijo "que á lo menos eligiese un convento menos austero, ofreciéndola la mas rica abadia de la Francia." "¡Ah, (exclamó entonces la Duquesa) ¡cómo podria yo conducir á las otras, despues de haberme perdido yo misma (1)! ¡Ay de mí! cuando me entregué á vos no fue ciertamente la ambicion la que me obligó; ¿lo habeis pues olvidado? ¿Y podria yo renunciándoos concebir todavía ideas de vanidad, de gloria y de dominacion?" El rey no insistió mas sobre el asun-

(1) Sus propias palabras.

to; pero exigió formalmente de ella la promesa de quedarse todavía un año en la corte. Vióse obligada la Duquesa (aunque contra su voluntad) á acceder á una autoridad que jamas habia sabido resistir. Pero desde aquel dia, temerosa de hacerse ridícula si desistia de su religiosa resolucion, anunció públicamente su retiro, y el designio irrevocable que habia formado de entrar en las carmelitas.

A excepcion del mariscal de Bellefonds, todos sus amigos se affigieron, y lo movieron todo para hacerla mudar de resolucion. Esto fue para la Duquesa un motivo mas de disgusto é impaciencia, oyendo repetir continuamente las vulgaridades tan comunes contra la vida religiosa: y la costaba indecible trabajo hacerles entender á todos ellos, que desde mas de seis meses tenia consumada aquella resolucion, y que por consiguiente tenia tambien hechas todas las reflexiones que la hacian presentes. El celo de la amistad no la excusaba ninguna trivialidad de las que pueden decirse sobre este asunto, y así se vió obligada á soportar

el disgusto de oír en particular á cada amigo, y á muchas personas indiferentes combatir su vocacion con los mismos argumentos, y casi siempre en los mismos términos. Benserade corrió á Versalles, únicamente para hablar á la Duquesa sobre un proyecto como el suyo, que lo habia dejado enteramente sorprendido. La dijo entre otras cosas, "que sin tomar un empeño semejante, podia vivir tan arreglada como en un convento; y que debia quedarse en el siglo para edificarlo." "¡Ah, (respondió): despues de lo escandaloso de mi vida, seria para mí una horrible presuncion el creerme capaz de edificar á los otros!" (1)

La conversion de la Duquesa interesó á todo Paris, é hizo poca sensacion en la corte, porque generalmente no fue creida: los unos dijeron simplemente que ella no tendria jamas valor á los 28 años de hacer semejante sacrificio; los otros pretendieron que solo anunciaba tan extraña resolucion para enternecer al rey, con la esperanza

(1) La Duquesa dió en efecto esta respuesta.

por este medio de reanimar sus primeros sentimientos; y esta fue la secreta opinion de la pérfida Montespan; pero se guardó muy bien de manifestarla: y así aparentó creer perfectamente en esta ocasion la sinceridad de un rival que aun temia, á fin de acostumbrar al rey ó esta idea, y á fin tambien de hacer mas dificil, ó á lo menos ridicula, la retractacion de la Duquesa.

Esta sin embargo, insensible á todos los discursos de los cortesanos, sacaba cada dia mas fuerzas de las conversaciones de Bossuet. ¡Qué impresion no debian hacer las sublimes exhortaciones de este grande hombre en aquella alma noble, sensible y tan bien preparada con sus penetrantes remordimientos y sus crueles penas! La Duquesa escuchaba con ansia aquella voz poderosa que tantas veces animó la virtud, hizo temblar el vicio, y despidió rayos contra la impiedad: aquella voz, órgano augusto de la verdad, que jamas se oyó sin fruto y sin admiracion. La Duquesa se dejaba guiar enteramente de sus consejos, y de los del mariscal de Bellefonds: escribia todas las no-

ches á este último, cuando estaba en París, y una de sus cartas terminaba así: *Dios es tan bueno, que de mil modos me da consuelos infinitos, y cada momento me inflama tan fuertemente su amor, que ahora mismo deseo con ansia entregarme á él sin reserva. ¡Qué gracias! ¡y por donde las he merecido yo? ¡Ah, sin duda este sacrificio entero que de mí exige, no bastará para satisfacer sus beneficios y reparar mis ofensas! ¡Siento sin embargo que á pesar de la enormidad de mis culpas, el amor tiene más parte en mi sacrificio, que la obligacion que tengo de hacer penitencia!* (1)

Tenia esta señora despues de algunos años un género de vida tan solitario, que sin hacer nada singular podia consagrar todas las mañanas á la meditacion y devocion. No obstante, de tiempo en tiempo iba á la corte. Un dia que el rey iba á caza con muchas gentes pasó por delante del palacio de

(1) Carta histórica á la que nada se ha mudado, Véase la vida de madama de la Valliere, que precede al discurso de Bossuet sobre su profesion.

Biron, y parando en él, propuso á la Duquesa el ir á esta cacería, que no seria mas larga que un paseo: la Duquesa consintió en ello, y subiendo distraida al primer coche que se presentó, se halla con madama Scarron frente á frente, y vió delante de ella al rey y á la Montespan en una calesa (1). En este momento necesitó toda la humildad cristiana para sufrir una situacion semejante; porque era bien extraño para ella verse en público en seguimiento del rey y de su rival, y al lado de una persona subalterna, y confidente de la Montespan. ¡Qué léjos estaba entonces la Duquesa de pensar que esta muger obscura, protegida de su rival, debia vengarla algun dia, y reynar legítimamente en Francia!

La Duquesa callaba; madama Scarron tomó la palabra, y habló con tanta gracia y oportunidad, que sacó á la Duquesa de su tristeza, y consiguió también que se agradase de ella. Bien presto vino á parar la conversacion en el proyecto de retiro, y

(1) Histórico. Véanse las memorias de Maintenón.

madama Scarron desaprobó sobre todo la elección del convento de las carmelitas. "¿Cómo podreis acostumbraros (la dijo) á semejantes austeridades?" "¡Ah, madama (la respondió la Duquesa, señalando á la calesa del rey): si en el convento encuentro algunas penas, no tendré mas que hacer, sino acordarme de todas las que estas dos personas me han hecho sufrir!" (1)

La condesa de Themine, aquella amiga fiel de la Duquesa, la escribió conjurándola á que prefiriese al convento un retiro en la Turena: añadiendo que dentro de pocos meses iria á buscarla, esperando se la llevaria con ella; y la Duquesa la respondió lo siguiente:

Vuestra amistad, mi amada condesa, no mira mas que el rigor en mi sacrificio; pero no ve ni sus consuelos ni sus ventajas. ¡Ah! ¿qué me importa dejar el mundo que aborrezco, y las diversiones que me fatigan? Yo me consagro á la oscuridad; pero ¿cuánto debo aborrecer la celebridad

(1) Memorias de Maintenón.

que me corre y llena de dolor? ¿Qué mérito puedo tener en abrazar la pobreza, cuando siempre he despreciado el fausto y las riquezas? Aun antes que la religion me hubiese acabado de ilustrar, mi situacion y mis extravíos han debido preservarme de la sed de los falsos bienes: la brillantez, la fortuna y los honores, solo fueron manchas para mí. En el seno de la opulencia y de las grandezas humanas, suspiraba por el olvido, y envidiaba la humilde mediocridad. Solo he hecho un sacrificio: él es inmenso, es cierto, pues dejo para siempre lo que amo. Por este esfuerzo podreis conocer cual será el sentimiento que me mueve. La sola razon me prescribia el desprenderme de este objeto. Pero despues de haber triunfado de una pasion semejante ¿qué seria de mí sin la devocion y el arrepentimiento? ¿Qué triste victoria seria la mia, si en ella no ganase mas que una insípida indiferencia! ¡Ah, este corazon tan sensible puede por fin sin extravío amar sin medida, y fijarse con seguridad! ¡Oh, qué reposo se en-

cuentra en entregarnos con todo el ímpetu de la imaginacion y toda la energía del alma á un objeto Soberano que no puede volvernos las espaldas ni engañarnos! ¡Qué deliciosas son mis meditaciones! Nada es ilusorio en la virtud; todo es real, y todo es durable en la felicidad que nos procura; sus bienes y sus gozos no se agotan, y la costumbre y la perseverancia aumentan su valor: sí, solo la religion puede endulzar la amargura ó el horror de los recuerdos mas crueles!: ella borra lo pasado, hermosea lo presente y encanta lo futuro.... Lo futuro! ¡ah, yo no lo miraba sino con terror, y gracias al cielo ya no es tan terrible para mí! He rasgado el velo funesto que me lo ocultaba, y ahora lo veo y lo contemplo con delicia; y todos mis deseos, todo mi afan es prepararme por la misericordia de un Dios, á quien tan ingrata he sido, un glorioso inmortal destino. ¡Grandes de la tierra, víctimas desdichadas del tiempo que os devora, obrad, atormentaos por los frívolos intereses de un momento; que, léjos de

quiero pasar el resto de mis dias, yo expiaré de una vez las faltas y la ociosidad de mi vida pasada! Yo no abusaré mas de las facultades de mi entendimiento y de mi corazon; no profanaré mas mi sensibilidad, ni obraré ya sino por un motivo razonable y bienhechor, y no seré activa sino para el bien. Estado respetable, en el cual me veré obligada para conformarme con la ley general á no hablar sino para alabar á Dios, ó para servir á mis compañeras, no trabajar sino para los altares ó para los pobres, no velar sino para cantar alabanzas al Eterno, ó para asistir á las enfermas. ¡Oh Dios mio! entonces gozaré de la existencia que os debo, emplearé dignamente todos vuestros dones, y no podré envanecerme. La religion cristiana casi parece un prodigio en el mundo, y en el claustro es un simple deber: en este solamente, con la perfeccion de la conducta, puede conservarse la paz, la virtud y la verdadera humildad.

Vos os admirais de que yo pueda renunciar la dicha de vivir con mis hijos:

¡ah, mi misma ternura para con ellos bastaría para afirmarme mas y mas en mi resolucion! Estos queridos pedazos de mi corazon no se avergonzarán de su madre, porque ésta lo habrá reparado todo, y así mereceré su estimacion. Mis errores no corromperán á mi hija, porque hará juicio por mi sacrificio, de mis pesares y remordimientos; yo saco partido de una gran falta para darla una leccion la mas expresiva. Consagrándome á Dios adquiriré todos los derechos de la maternidad, y sin estar á su lado avergonzada, instruiré su juventud desde el fondo de mi soledad; solo corriéndome, me atrevo á hablarla de la virtud en este palacio: pero en mi celda la trazaré sus deberes con firmeza y autoridad. ¿Necesitaré acaso decirle que el amor y la pompa de las grandezas del mundo no consuelan de la pérdida de la inocencia? Aquella reja que debe separarme para siempre del mundo, aquel velo sagrado que va á ocultarme á todos los ojos, serán mas persuasivos que los discursos mas elocuentes. Asegurada de que algun

ella se lastimará de mí mi hija, me parece que la quiero mas, y que me pertenece mas. No hay duda en que de seis meses á esta parte no puedo mirar á mis hijos sin enternecerme profundamente. Pero si el partido que tomo no fuera penoso ¿cómo podria reconciliarme con el Cielo y conmigo misma? Yo he dado el mayor escándalo, y debo á la Europa entera el ejemplo de una grande y pública expiacion. Sí: yo me privaré de ver ú oír los objetos de mi afecto. Uno hay que jamas volveré á ver; su nombre no saldrá mas de mi boca, y poco me costará el guardarle un silencio eterno. ¿Qué ganaré en elegir un convento menos austéro? ¿no llevaré á él la misma sujecion? ¿me será permitido hablar allí de él? Pero en todos los instantes podré pedir al cielo por su felicidad, su reconocimiento y su gloria, con todo el fervor de una dulce confianza. ¡ Ah, cuán consoladora y sublime es la caridad cristiana, pues nos prohíbe el olvido, y por la memoria y los votos nos une todavía á los

objetos mismos de quienes la religion nos separa.

No me compadezcáis, amiga mia; pensad en los males de que mi retiro me libra; pensad que la ingratitude no me hará ya derramar lágrimas, y que cuando yo no me dominaba á mí misma era cuando merecia vuestra compasion. ¡Cuánto me han hecho sufrir la vergüenza, el amor y los celos, y qué desagradable me era pensar que todos los que reverenciaba, y todos aquellos cuyos sufragios ambicionaba, debian despreciarme! ¡Qué cosa tan dulce es salir de un largo abatimiento, volver á ganar la estimacion perdida, y obtener la aprobacion de aquellos á quienes no se ha cesado jamas de admirar! ¡Ah, yo debo gemir por mis faltas hasta el sepulcro; pero ya no estoy en la clase de las mugeres despreciables: mi historia no autorizará el vicio: interesará á todos los corazones sensibles y virtuosos, porque no verán en ella sino debilidad producida por pasion mas funesta y mas fecunda en pe-

nas y desasosiegos; y que todos los consuelos, una victoria gloriosa, y la paz del alma, son los felices frutos de un noble y heróico arrepentimiento. A Dios, amada amiga de mi corazon. Venid, que os espero con impaciencia. ¡Qué placer experimentaré al volver á veros! Ya no me avergonzaré á vuestros ojos, porque la enmienda de mi vida justificará á vuestra fiel amiga = Luisa de la Valliere.

Este escrito explicaba con sencillez la paz interior que empezaba á gozar la Duquesa: como en su conducta no habia afectacion, y no hablaba mas de su designio, se creyó generalmente, al cabo de algunos meses, que habia mudado de parecer: el mismo rey lo pensó, y se alegró de ello, porque al fin apreciaba siempre á una amiga tan completa. Desde algun tiempo, por varios sucesos que habian ocurrido, y lo habian ilustrado acerca del caracter de la Montespan, se habia resfriado mucho en el amor que la habia tenido: pero no adquiria de nuevo por la Duquesa aquella pasion que la tuvo en otro tiempo: porque un amor apagado con difi-

cultad vuelve á encenderse: pero el disgusto que le causaba la Montespan, aumentaba mucho la estimacion que tenia á la Duquesa, y parecia que redoblaba y renovaba toda la amistad que la habia profesado.

Sin embargo el tiempo pasaba y la Duquesa vió en fin espirar el plazo de un año exigido por el rey. Excepto Bossuet y el mariscal de Bellefonds, nadie pensaba que la Duquesa se hallase en la víspera de su partida. Pidió secretamente una audiencia particular á la reyna, y obtuvo el correspondiente permiso para ir á palacio al anoche- cer: y sabiendo que el rey no pasaría aque- lla noche á su casa, contaba partir la mis- ma noche. Era esto en el mes de mayo, y á las nueve, vestida de un paño burdo y negro, y la cara cubierta con un velo, fue á pie á buscar una silla de manos á la plaza, y en esta humilde disposicion se hizo conducir á palacio, y encontró á la reyna sola en su gabinete. Al entrar, se levanta el velo, y descubre un rostro cubierto de lágrimas: se acerca temblando, y juntando las manos se pone de rodillas delante de la reyna dicién-

dola: "yo vengo á implorar un generoso perdon: ¡ah, Señora, no me lo negueis, y no me repelais! ¡De aquí á algunas horas estaré para siempre encerrada en el convento de las carmelitas!" A estas palabras la reyna íntimamente enternecida, la levanta y abraza estrechamente. "Oh (exclamó la Duquesa) bien sé que no es desde este momento desde cuando me considero reconciliada con la virtud." Al pronunciar estas palabras abre una puerta, y entra el rey, que se queda inmóvil al ver á la Duquesa en los brazos de la reyna: en aquel momento pensó que ésta recibia de aquella el último á Dios, y se sobresaltó, porque veía la víctima que él habia sacrificado próxima á sepultarse para siempre en el claustro mas austero, y la veía todavía en toda la brillantez de la juventud (1). La Duquesa se habia encendido al verle, y sus lágrimas, el vivo color encarnado que resaltaba en sus mexillas, el velo del cendal, y el hábito negro, que tambien realzaba su hermosa blancura, todo prestaba

(1) Entonces tenia 28 años.

en este instante á su belleza una brillantez sobrenatural. Comtemplándola el rey, creyó que su admiracion y sorpresa las causaban sus remordimientos, y jura en el fondo de su alma no dejarla partir: esto era obtener de ella una segunda victoria: el amor propio tuvo tal vez tanta parte en esta resolucion repentina, como la ternura y compasion.

La Duquesa no pudo librarse de un movimiento de alegría á la llegada del rey, porque contaba no volveria á verle jamas: lo miró con la mas dolorosa ternura; pero al punto, aplicando su boca á la mano de la reyna, y apretándola contra su corazon, dijo: "A Dios Madama" con un tono tierno y sin embargo firme. Proferidas estas palabras, hizo una inclinacion profunda, y salió precipitadamente.

Esta aparicion del rey habia causado en el corazon de la Duquesa un trastorno involuntario, que su razon no podia superar, y entró en el palacio de Biron (eran las diez de la noche) agitada, temblando, y sobre todo espantada de una emocion que ella mis-

ma se reprendia vivamente: buscaba modo de distraerse, disponiendo por su propia mano todos los preparativos de su viage. Sus domésticos instruidos al fin de su resolucion, obedecian llorando, y la Duquesa no oía á su rededor sino gemidos y sollozos; y á pesar de repetirles, para calmar su afliccion, que á todos les dejaba asegurada una suerte feliz, el reconocimiento entonces aumentaba mas y mas su pesadumbre: solo la contestaban con suspiros y sollozos, y la Duquesa mezclaba sus lágrimas con las que hacia derramar, celebrando en secreto tener un pretexto de enternecerse y de llorar. A las diez y media se oyó entrar un coche en el patio. “¡ Ah, Dios mio (exclamó pálida la Duquesa): vos quereis que yo sufra todavía una prueba cruel! ¡ Pues dignaos, Señor, de sostener mi espíritu!” Diciendo esto se levanta maquinalmente como si hubiera querido huir: en este instante salen apresuradamente sus doncellas, y anuncian al rey. La Duquesa cae en una silla, y el rey se adelanta; pero ya no era aquel príncipe indiferente despues de tan largo tiempo, y tan

frio todavía la víspera : sus miradas , su porte , su expresion , el eco mismo de su voz , todo estaba mudado , todo en él acordaba á la Duquesa un tiempo que ella queria olvidar , y todo la representaba aquel atractivo que la habia seducido ! ¡ El rey estaba enternecido , suplicante ; tenia toda la delicadeza , toda la dulzura atractiva y tímida que dan la incertidumbre y la esperanza ; y así comenzó declarando que jamas habia concedido su consentimiento para un proyecto cuya sola idea le causaba horror , añadiendo que él lo habia esperado todo de la *amistad* , y de un año de reflexiones . “ Dejadme (prosiguió) , abandonadme , supuesto que no podeis volver á hallar reposo sino á expensas de mi felicidad ! Yo os dejo la libertad de afligirme , y de hacer desgraciada mi vida ; pero no os permitiré el correr á la ruina de la vuestra : elegid otro retiro ; vivid lejos de mí ; pues así lo quereis ; pero vivid libre . ” “ ¡ Ah ! ¿ lo podría yo ? (le dijo la Duquesa) . ¿ Me sería posible estar á un tiempo separada de vos , y ser dueña de mis acciones ? Yo no soy ya mia : he jurado consumir mi sacrificio , y vos lo sabeis , y yo no

hago traicion á mis juramentos." "Ese juramento (la dijo el rey) es nulo, es inhumano: ¿teneis acaso el derecho de abreviar vuestros dias? Vos no soportareis un género semejante de vida." "¡Ah (le respondió) yo he soportado sin morir vuestra mudanza!" Entonces la dijo: "¡no tengais la crueldad de echarme en cara, en este momento de dolor que os deja bien vengada, mis agravios!" "Las austeridades que os espantan (continuó la Duquesa) no son penosas para mí, porque estoy acostumbrada á ellas." "¿Cómo?" (la dijo el rey). "Venid á convenceros, dignaos seguirme" (instó la Duquesa). Diciendo esto se levanta, saca una llave atada á la cintura, se acerca á una puertecita, abre con mano trémula, y entra el rey en un gabinete misterioso que presenta á sus ojos espantados el aspecto de una celda de carmelita. Allí habia por todo adorno un ataúd que formaba una cama, una silla de paja, y una mesa de madera ordinaria, sobre la cual pendia un Crucifijo, estaba una calavera, una lámpara, y los evangelios. Apenas puso el pie la Duquesa en este hu-

milde santuario de la religion, formado por su piedad, cuando recobró todo su espíritu; no la quedó de un afecto demasiado tierno todavía sino la sensibilidad que puede aumentar precio á la victoria, y no la debilidad que la hace dudosa ó insufrible. “¿Dónde me conducís? (exclamó el rey penetrado de dolor, de admiracion y de piedad) ¿Será posible que en un parage semejante haya de pasar su vida la mas interesante de todas las mugeres? ¡Cómo! tanta juventud, tantos encantos de dulzura y de virtud, han de quedar sepultados en esta espantosa soledad! ¡y yo! he de ser la causa! ¿Quereis, pues, abandonándome, dejarme los remordimientos de los tiranos mas implacables?” “¡Ah, (repuso la Duquesa) no tengais remordimientos semejantes: yo soy dichosa, no con aquella dicha fugitiva y fragil que no se disfruta sino temblando, que se escapa con rapidez, que jamas puede renacer, y que no deja en el fondo del alma sino pesares amargos y heridas; sino con una dicha inalterable, la cual crece con el tiempo! ¡Ah, nadie ha podido hasta ahora definir esta fei-

cidad tan pura, que es como precursora de la que gozan los bienaventurados en el cielo! ¡Ella es la única que produce á un tiempo todos los transportes del alma, y toda la dulzura de una serenidad perfecta! ¡Quién puede desconocer la esencia del amor divino al ver sus efectos sobrenaturales! ¡Él exalta el alma y la sosiega; él la inflama y la modera; él la contenta plenamente, excitando en ella un deseo ardiente que no puede quedar satisfecho en esta vida; él triunfa de la naturaleza, dando atractivo á los objetos mas sombríos y mas terribles! ¡Él hermosea los desiertos, aniquila la muerte, y nada es para él la imagen de la destruccion de nuestro ser! Sí: todo lo que aquí me rodea, lejos de inspirarme ideas lúgubres, solo me habla de una dichosa inmortalidad; y ese ataud, que os causa horror, ¡con qué placer, despues de un año, me sirve de lecho cada noche! ¡El terrible remordimiento no ha velado jamas sobre esta cama: yo considero que los ángeles la rodean, y duermo dulcemente bajo sus alas protectoras!”

Mientras la Duquesa hablaba con toda la

energía que puede dar un sentimiento profundo y sublime, el rey conmovido y asombrado la escuchaba, y la miraba con una especie de enagenamiento inexplicable: jamas la habia hallado tan bella, tan noble y tan interesante, y así exclamó: “¡Oh amiga, no me abandoneis! Quedaos para dar á la corte el ejemplo de todas las virtudes: quedaos para mudar mi corazon, y purificarlo: aquí podreis vivir como en un claustro; yo no os pido mas que una amistad de hermanos, y estoy pronto á sacrificaros el ídolo que por mi desgracia y ligereza nos ha desunido! ¡Consentid en quedaros junto á mí, y en un cuarto de hora recibirá la marquesa de Montespan la orden de dejar la corte sin remedio y sin dilacion! Hablad, angel de mi vida; decid una palabra, y voy transportado de alegría en este mismo instante á firmar el destierro de vuestra enemiga. A esta oferta inesperada se sobresaltó la Duquesa, y mirando con atencion al rey, le dijo: “¿y consentiríais en separaros para siempre de la marquesa de Montespan?” “¡Ah, no lo dudéis (respondió el rey); nada me será cos-

tosos por conservaros!” “¡Ay, Dios mio! (exclamó la Duquesa poniéndose de rodillas, y levantando las manos al cielo): ¡Dios mio! Dios mio! ¡Ahora es cuando puedo esperar que me perdonareis, porque os ofrezco un verdadero y digno sacrificio! ¡Ah (prosiguió volviendo la cabeza hácia el rey, y cubierto su rostro de lágrimas), orad conmigo, para que nuestros corazones confundidos en otro tiempo por una pasión culpable, se encuentren ahora reunidos por la virtud en este último á Dios; para que lleve conmigo la dulce memoria de algunos instantes de una ternura mútua, sin delito y sin debilidad! ¡Ah, orad conmigo!” La Duquesa pronunció estas palabras con una dulzura, y una expresión tan celestial, que el rey no pudo contener las lágrimas, ni tuvo fuerza para responder. La Duquesa levantó los ojos el cielo, y con la acción mas patética, dijo: “¡Dios de bondad! yo os confío su felicidad: que su trono decorado con todo el esplendor de la gloria humana, se vea rodeado en adelante de toda la magestad de la religión: que su alma grande, digna de conoceros, se eleve

hasta vos: que llegue á ser el apoyo augusto, y el defensor de la fe; y que al fin conozca que lo que es tan grande, tan consolador y tan útil, no puede ser una ilusion! ¡Oh, árbitro soberano de nuestros destinos! ¡velad sobre este reino, y sobre el héroe que lo gobierna: que la fama de sus virtudes y sus hazañas llegue tambien hasta mí; y que solo este rumor sea el único venido del mundo que pueda interrumpir el silencio de los claustros! ¡Oh, que yo lo oiga siempre, y nada habré perdido, y nada tendré que sentir!....”

Despues de esta súplica, hecha con tanto fervor, quedó algunos instantes absorta la Duquesa en una profunda meditacion, despues de la cual enjugándose las lágrimas, se levanta, se arrima al rey, y le dice con una voz encantadora, pero entera: “¡Es preciso separarnos! ¡Os dejo mis hijos, y yo me aparto de vos sin inquietud! ¡No nos acordemos desde hoy de nuestros errores sino para detestarlos; pero conservemos con delicadeza la admirable memoria, y la santa amistad que preside á nuestro último á Dios!” A estas palabras, el rey deshecho en lágri-

mas, hincó una rodilla delante de ella, y cogiéndola una mano, la dijo: "Dejadme, dejadme rendir este último homenaje á la única muger que he amado! ¡ Ah, por mi desgracia no he sabido apreciaros sino en el momento que os pierdo para siempre! ¡ Ya no tengo ni el derecho, ni la esperanza de reteneros! ¡ A vuestra alma era necesario un sentimiento celestial: á Dios! ¡ Llenad vuestro sublime destino! ¡ Yo os admiro demasiado para compadeceros; pero mi alma, ¡ ah, Luisa! sí, mi alma y mi corazon quedan despedazados de sentimiento y de dolor! ¡ El cielo estará sin duda en los lugares que habiteis; allí llevareis la virtud, la sensibilidad, y allí encontrareis la paz! ¡ Y yo privado de vos me veré perseguido de una memoria que me rasgará el corazon! ¡ A Dios, vos partís, vos lo renunciáis todo; pero yo solo soy á quien sacrificáis!" Al pronunciar estas palabras aplicó el rey los labios á la mano de la Duquesa, y levantándose y arrojándose hácia la puerta, desapareció. Con el pañuelo en los ojos atravesó las salas del palacio, y al llegar al pie de la escalera se paró, y di-

jo al ayuda de cámara de confianza que habia bajado alumbrándole, que al dia siguiente fuese á palacio, pues le hacia la gracia de agregarlo al servicio de su persona; y que á todos los demas criados les señalaba proporcionadas pensiones para que se mantuviesen, encargándole le llevase una lista de todas las personas pobres á quienes tuviese noticia socorria su ama la Duquesa.

¡El rey se fue, y la Duquesa prosternada en la celda oyó salir el coche del palacio de Biron para no volver á entrar en él jamas! Con este ruido, que resonó dolorosamente en su corazon, interrumpió su oracion exclamando: "¡esto es hecho, yo no le volveré á ver jamas sino en la eternidad! ¡Me parece que el universo entero acaba de aniquilarse á mis ojos! ¡Antes de dejar el mundo, este no existía ya para mí, y sus placeres, sus ilusiones y sus esperanzas acababan de desvanecerse, quedándome solo la verdad, que á pesar de su austeridad durante estos cortos dias de destierro, parece dulce y consoladora cuando se busca de buena fe, y se abraza voluntariamente; pues

solo es espantosa para las almas irresolutas ó viciosas!" Diciendo esto se levanta, y mirando atentamente su ataúd, dijo: "¡aquí se terminan todos los sufrimientos humanos! Aguardemos un instante, y una paz inmutable sucederá á tantas agitaciones."

Esta reflexion calmó el desorden de su corazon, y por algunos momentos estuvo callando con los ojos fijos en su lecho fúnebre. A la vista de este respetable objeto, las pasiones se aniquilan ó enmudecen. A las dos de la noche estuvo todo dispuesto: entonces pasó al cuarto de su hija, acercóse á su cama, y mirando atentamente aquella hermosa criatura, derramó un diluvio de lágrimas. "¡Tu despertar será doloroso (dijo) y tú preguntarás en vano por tu madre, que estará en un asilo pacífico, al abrigo de todos los peligros que van á rodear tu juventud! ¡Ah, yo voy á refugiarme al puerto, y á tí te dejo en medio de las borrascas! ¡Oh hija mia, tú sabrás temerlas, cuando yo te pinte todo lo que he sufrido! ¡En este palacio te he ocultado mis lágrimas y mi vergüenza; pero en mi celda te abriré este corazon ma-

ternal, y verás sus profundas heridas; verás, sí, que una varonil expiación puede cicatrizarlas, pero no borrar sus señales! ¡A Dios, amada hija de mi alma....! ¡ay de mí! ¡Conozco que debo llorar tu nacimiento; pero Dios me manda amarte y bendecirte, y sentirte también! ¡El dolor que experimento al dejarte tiene cierta dulzura, porque á lo menos es legítimo! ¡A Dios: haga el cielo que seas menos sensible, pero mas dichosa que tu infeliz afligida madre!” ¡Pronunciando estas últimas palabras, dejó caer las cortinas de la cama, y salió del cuarto hecha un mar de lágrimas! Entró un momento en su oratorio, y tomó la cruz de cristal de roca que recibió en otro tiempo de su madre, único adorno que quiso llevar consigo, y seguidamente encargó á su ayuda de cámara de confianza el repartimiento de la suma que habia destinado á los pobres, y que llevase á varios de ellos contratos ya hechos de rentas vitalicias: también dejó, con cartas escritas de su puño, algunos diamantes á sus íntimos amigos; y despues de haber ejecutado así ella misma esta especie de testamen-

to, pasó á su salon, donde de orden suya estaban juntos todos sus domésticos ; pidióles perdon del grande escándalo que les habia dado, y les hizo sobre esto la mas tierna y religiosa exhortacion. Cumpliendo de este modo sus deberes, se animaba, y sentía renacer progresivamente todas sus fuerzas ; en fin, al amanecer abrazó á todas sus doncellas desconsoladas y llorosas, y arrancándose de sus brazos salió diciendo: "¡ Gracias al cielo que me hallo desembarazada de todos los bienes frágiles que la fortuna puede quitar, y de los cuales la muerte nos depoja!" ¡ al fin recobro la paz del alma, y este tesoro inestimable no nos lo puede quitar! Sin embargo subió al coche con alguna alteracion. Sus criados la habian seguido hasta el pie de la escalera, y sus gritos y sus llantos la conturbaron: entonces hizo seña al cochero de que anduviese, y marchó. ¡ Mil memorias confusas pero dolorosas la oprimieron el corazon al salir del palacio; pero apartó las que debia desechar, fijando su pensamiento en su hija, y sus lágrimas volvieron á correr! En el momento que entró

en el camino de París, vió el palacio, y tembló; y apartando prontamente la vista de aquel objeto, bajó el resorte de aquel lado. Iba sola en su carruaje, con dos caballos alquilados, y un criado sin librea, y no llevaba del palacio magnífico que acababa de abandonar sino su ataúd (que queria colocar en su celda) atado y cubierto como si fuera un cofre á la trasera del carruaje.

Al cabo de una hora de viage miró al campo, admiró la frescura y belleza de los árboles floridos, y esta vista la causó algun sentimiento: suspiró, y este fue un á Dios á toda la naturaleza. Luego, levantando los ojos al cielo, dijo: "allí es donde yo debo fijar mis miradas, y allí desde hoy se dirigirán todos mis deseos! ¡Este cuerpo mortal no será sobre la tierra sino una sombra: mi alma engrandecida y exaltada se desata de esta vida para gozar antes de tiempo de su espiritual naturaleza, y de su inmortalidad! Rompe los lazos que la aprisionan, franquea el espacio que la separa de su origen, que es el aliento de Dios, se arroja hácia su seno, y allí reposa: la fe la descubre lo que la mise-

ricordia del Altísimo la promete en la eternidad; y el amor la hace poseer ya el bien de los bienes, que es amar á su Criador sin medida! Estos cristianos pensamientos la confortaron y elevaron sobre sí misma. Con tan santas disposiciones llegó al monasterio á las seis de la mañana, y la superiora, á la cabeza de la comunidad, vino á la puerta á recibirla. La Duquesa se arrojó á sus pies diciéndola: *Madre, he hecho siempre tan mal uso de mi libertad, que vengo á entregárosla para no volver á tomarla!* (1). Condujéronla á la iglesia, y luego que salió de ella fue al instante á hacerse cortar sus largos y hermosos cabellos, los cuales envió á sus hijos. A favor de su celo abreviaron las pruebas que ordinariamente preceden á la entrada en el noviciado, y eligió para tomar el hábito de novicia el tercer domingo después de la pascua de Pentecostés, que fue aquel año 1674 el 2 de junio, día en que la iglesia propone á los fieles la parábola del buen pastor que trae sobre sus hombros la

(1) Sus propias palabras. *Tomos tomæ volæ* (1)

oveja descarriada; que fue el texto del sermón, predicado por el obispo de Aire, á causa de que Bossuet y Bourdaloue estaban ausentes. La Duquesa tomó el tierno nombre de *Sor Luisa de la Misericordia* (1). Durante el año de noviciado, con su piedad, con su fervor y su profunda humildad, asombró la Duquesa á la misma santidad; y las piadosas carmelitas se la propusieron entre sí como modelo de la mas perfecta penitencia.

El 4 de junio del año siguiente profesó la Duquesa, y toda la corte asistió á esta solemne ceremonia, que inmortalizó Bossuet con el discurso mas elocuente. La ilustre penitente se manifestaba por última vez; ya no podian ni envidiarla en el mundo, ni aborrecerla: se la vió con admiracion como ella era linda, modesta, y esforzada, y jamas habia parecido tan interesante y tan noble; su fisonomía llena de atractivo y de dulzura, habia vuelto á adquirir toda la serenidad de la inocencia, y toda la dignidad de la virtud. La reyna la dió el ve-

(1) Todos estos pormenores son históricos. (1)

lo negro, y la Duquesa se puso de rodillas para recibirlo: solo entonces se la vió levantar los ojos con timidéz hácia la reyna, y su mirada humilde y suplicante parecia que imploraba todavía el perdón que habia ya obtenido. La reyna la abrazó con el mayor afecto, y la Duquesa bajó respetuosamente la cabeza, vertiendo dulces lágrimas. Todos los corazones de los circunstantes se enternecieron, y esta ternura subió de punto todavía porque Bossuet habló como solia.

Despues de la ceremonia entró la reyna en el convento, y estuvo mas de media hora encerrada con la Duquesa, y al separarse de ella la prometió iria á verla con frecuencia: empeño que cumplió exactamente hasta que murió.

La Duquesa dedicada enteramente á Dios, se condujo sin violencia: y en medio de tantas austeridades volvió á adquirir su primer caracter, y á seguir su propension natural á la virtud. Con la paz del corazon recobró enteramente la salud; y á pesar de su delicada complexion, vivió mas de treinta años en aquel monasterio, tan amada co-

mo reverenciada de su hija, que era ya princesa de Conti, en cuyos brazos terminó dulcemente la vida. Su muerte ofrece un espectáculo sublime: su alma purificada se desprendió de sus despojos mortales sin violencia para recibir el premio glorioso de su generoso sacrificio, y de sus largos trabajos.

FIN.

NOTA.

El traductor ha creído del caso, para justificar el título de *Heroína* que da á la duquesa de la Valliere, copiar aquí lo que de su conversion y penitente vida, despues de haberse separado del siglo, y profesado en el convento de carmelitas de Paris, donde murió, nos dice el diccionario de Moreri, que es lo siguiente:

“La conducta de la duquesa de la Valliere en la corte fue siempre muy prudente; nunca abusó de su crédito, y siempre se valió de él para hacer cuanto bien pudo. Tocada de la mano poderosa del Omnipotente intentó muchas veces retirarse, y finalmente lo efectuó, habiéndose retirado al convento de las carmelitas del arrabal de Santiago en Paris, donde vistió el hábito, y tomó el nombre Sor Luisa

de la Misericordia, y profesó en el capítulo interior del monasterio, segun costumbre de dicha orden, á 3 de junio de 1675, y el dia 4 le puso la misma reyna solemnemente el velo negro. Quería servir en el convento por lega; pero no consintiendo en ello las superiores de la casa, pidió á lo menos el permiso de ayudar á las hermanas legas en las penosas funciones de su estado, y se lo concedieron. Maceró su carne con ayunos á pan y agua, con cilicios, &c. haciéndolo todo con licencia de las superiores, no pudiendo éstas negársela por lo apretado de sus vivas y continuas instancias. Levantábase todos los dias dos horas antes que las demas monjas, empleando este tiempo en orar delante del Santísimo Sacramento, sin que la estorbara tan penosos ejercicios lo mas rigoroso del invierno. Un año, para

honrar la sed de Jesucristo pendiente de la Santísima Cruz, como tambien para expiar el gusto sensual con que habia bebido licores, hizo propósito un dia de Viernes Santo de no beber ni una gota de agua, y continuó esta austeridad mas de tres semanas; y en adelante pasó tres años enteros sin beber mas de medio vasito al dia. Toleró la muerte de su hermano, á quien amaba tiernamente, y la de su hijo el almirante de Francia, con tanta constancia, que no dió señal alguna de exterior sentimiento, respondiendo á los que la aconsejaban aliviase su dolor con algunas lágrimas: *Todo lo hemos de sacrificar: sobre mí sola tengo yo de llorar.* Pidió muchas veces á la reyna, que á menudo la visitaba, la hiciera pasar á algun convento de los mas pobres de la Orden, y de los mas remotos: pero nunca se lo concedió.

Finalmente sus continuas austeridades le acarrearón violentas enfermedades, que siempre toleró sin quejarse. La misma víspera de su muerte se levantó todavía á las tres de la mañana á rezar delante del Santísimo Sacramento: pero habiéndola desamparado las fuerzas en el camino, se la administraron los Sacramentos, y murió en 7 de junio de 1710, á los 66 años de su edad, y el 36 de su profesion monástica. Se le atribuyó siempre un Opúsculo piadoso muy estimado, intitulado *reflexiones sobre la misericordia de Dios.*»

En la misma librería de Hurtado donde se vende esta obra, se hallarán también las siguientes:

Vida y hechos de Estebanillo Gonzalez, hombre de buen humor, compuesta por él mismo, nuevamente corregida y enmendada en esta última impresion: 2 tomos en 8.º en pergamino á 10 rs.

Memorias de Blanca Capello, Gran-duquesa de Toscana, para la historia de la virtud, en la humilde y alta fortuna; por don Antonio Marques y Espejo: 1 tomo en 8.º en pergamino á 10 rs.

Disertacion Apologética del estado religioso, compuesta por dos jurisconsultos del parlamento de Paris, traducida al castellano por don Arias Gonzalo de Mendoza: 1 tomo en 4.º en pasta á 20 rs.

Viage de un filósofo á Selenópolis, corte desconocida de los habitantes de la tierra, escrito por él mismo, y publicado por D. A. M. y E. un tomo en 8.º en pasta á 8 rs.

Catecismo ó exposicion breve de la doctrina cristiana compuesto por el P. Gerónimo de Ripalda, de la compañía de Jesus, añadido el órden de ayudar á Misa, cuatro tratados muy devotos y otras oraciones muy provechosas y útiles para la salud espiritual, por el P. Ignacio Martinez, de la misma compañía: 1 tomo en 8.º en pasta á 6 rs.

Historia de los templos de los paganos, de los judíos y de los cristianos; escrita en frances por el abate Ballet, cura párroco de Gif,

y predicador de S. M. Cristianísima: traducida al castellano por el mismo que ha traducido las instrucciones generales en forma de catecismo del P. Francisco Amado Pouget: 2 tomos en 8.º en pasta con una lámina á 16 rs.

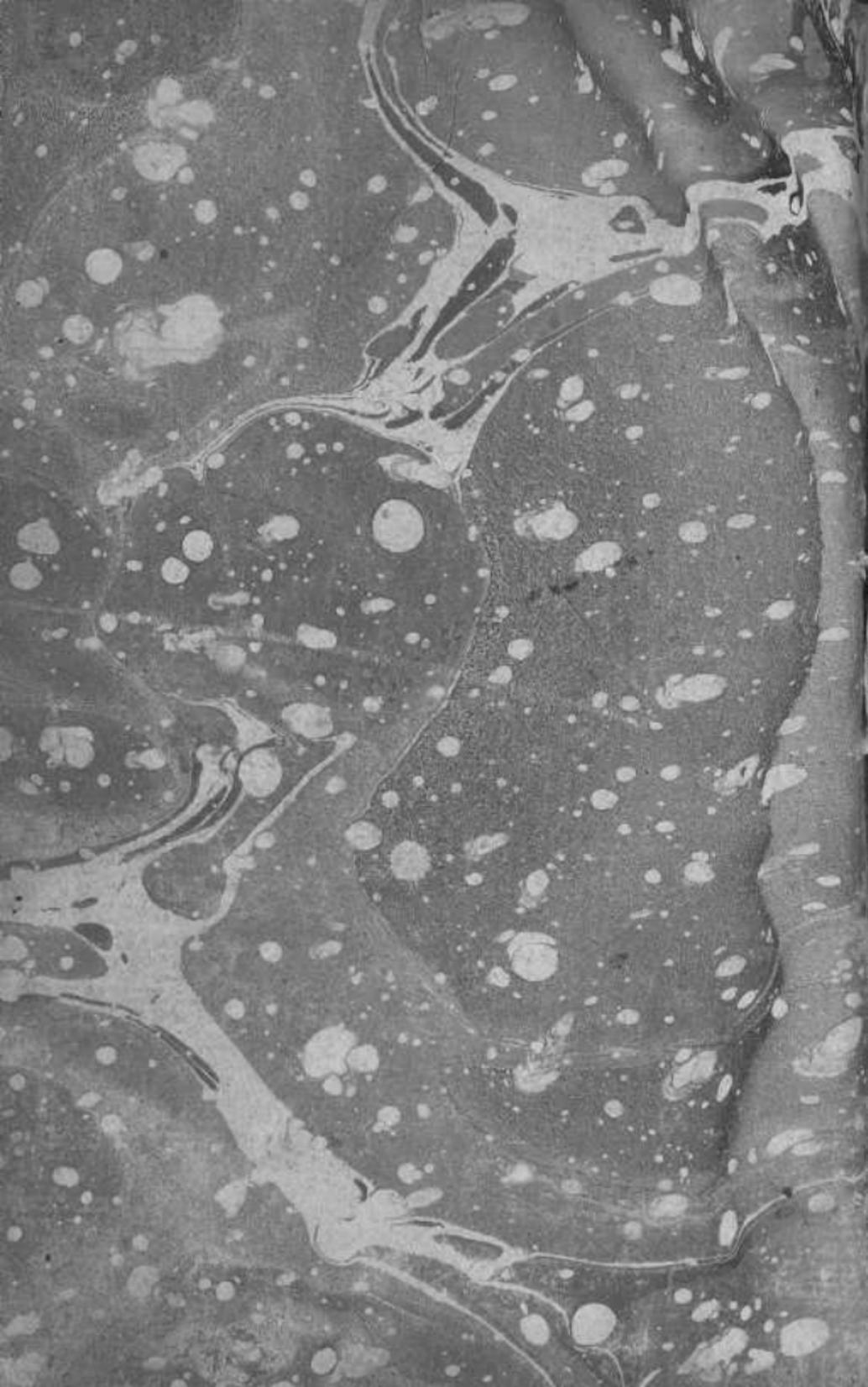
Diccionario Feyjoniano, ó compendio metódico de varios conocimientos críticos, eruditos y curiosos, utilísimos al público, para quien le dispuso por orden alfabético el doctor don Antonio Marques y Espejo, presbitero, colector de la real casa de Recogidas de esta corte: dos tomos en 8.º en pasta á 20 rs.

Ejercicio Cotidiano de diferentes oraciones, para todos los dias, y para antes y despues de la confesion y sagrada comunión, con un ejercicio cristiano para la santa Misa, el ofrecimiento del santo rosario, trisagio y gozos de la Santísima Trinidad, dolores y gozos de san José, y responsorio de san Antonio, con otras varias oraciones y devociones, recopilado de varios autores por don Manuel Martín, adornado con 28 estampas finas: en tafilete á 38 rs., en pasta fina á 20 rs., id. en pasta regular á 16, y sin estampas á 8 rs.: un tomo en 8.º

Catecismo Histórico, ó compendio de la historia sagrada y de la doctrina cristiana para instrucción de los niños, con preguntas y respuestas, y lecciones seguidas para leerlas en las escuelas: compuesto por el Abad Fleuri, traducido del frances para utilidad de la tierna juventud: un tomo en 8.º en pergamino á 4 rs., y en pasta 6.

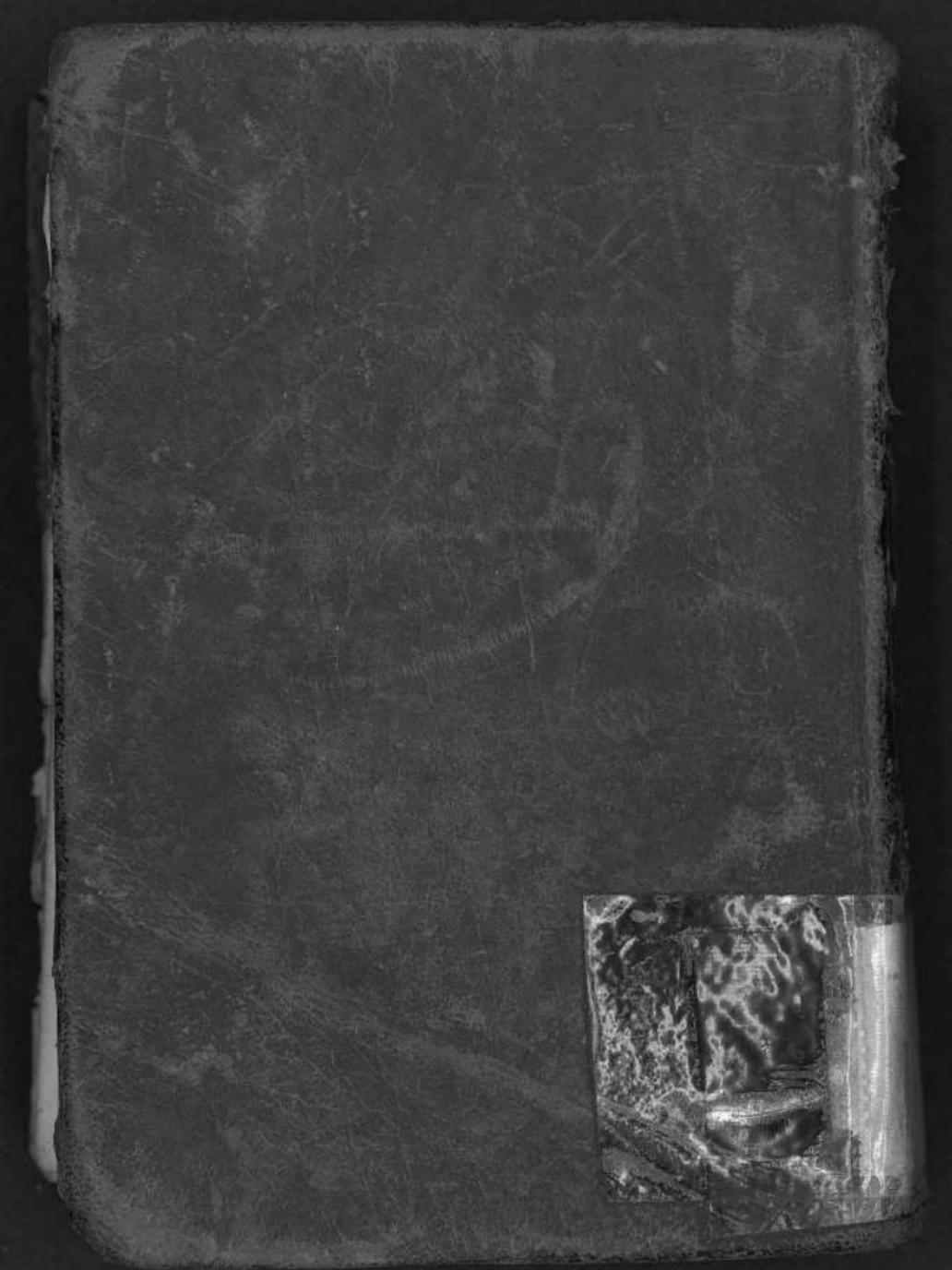
12. 3. 1919

12 3 4 5 6 7 8 9 10



14







I A

HEROLINA



5566